



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

ESCUELA NACIONAL DE TRABAJO SOCIAL

**LOS FUNDAMENTOS TEÓRICO METODOLÓGICOS
DEL TRABAJO SOCIAL A TRAVÉS DE SU
CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN TRABAJO SOCIAL

P R E S E N T A :

CRISTIAN URBALEJO LUNA



**DIRECTOR DE TESIS:
ADRIANA ORNELAS BERNAL**

Ciudad Universitaria, Ciudad de México, 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicatoria

A Luz María, Hugo e Itzel, a quienes a veces no entiendo del todo y los miro desde un caleidoscopio de sentires. Quienes se extrañan de mis actitudes y mis andares, mis acercamientos y alejamientos, pero en todo momento su presencia es calidez.

A todxs los Urbalejo y todxs los Luna, quienes aparecen y desaparecen como luces de luciérnaga, como novela de Tolstoi en donde por ser tantos y tan muchos hombres y mujeres, no puedo recordar sus nombres, pero al menos sí sus múltiples y variadas andanzas.

A Juanito y a Lalito, quienes ya engrosan las filas de esas amistades recurrentes. Con íntimo placer les dío por curiosear y escuchar mis desvaríos, los múltiples desvelos y las frustraciones. A la larga se acostumbraron y ya están curados de espanto.

A Carla, Alí, Michel, Diego, Wendy, a esas viejas amistades de la secundaria y el CCH, cuando nos sentíamos invencibles y leíamos textos anacrónicos a altas horas de la madrugada. A este presente en el que sentimos que hemos madurado y la vida aún nos sigue recordando lecciones sobre humildad y paciencia.

A Porras, Ornelas, Toño Mendoza, Claudia Valadés, quienes con más cúmulo de experiencia me han mostrado que hay otras formas de pensar, de vivir, de ser y no morir en el intento. Ser como Sísifo puede convertirse en un ínfimo placer.

A Jazmín, a su pasado y el mío, a toda esta larga cadena de sujetos y sujetas que nos han acercado en el presente, que nos han hecho rayar en la locura de quienes no se conforman con el mundo tal cual lo ven y se vuelven estetas a través de la poesía, la prosa, la narrativa y la catarsis de la danza y el teatro.

Pero, sobre todo, a quienes día con día luchan contra la bestia, contra la titánica maquinaria del poder y sin resignarse, dicen no a la mentira, el chantaje, el oportunismo, al doble discurso. A quienes resisten las guerras por el petróleo, a las familias de desaparecidos que resisten a la incertidumbre, a los y las torturadas que se reconstruyen y desafían al torturador. Al mundo, al sentido, al goce, a la alegría, a la tristeza.

A ti lector, por darte la oportunidad de llegar hasta el final de este cúmulo de letras que espero te hagan sentido y sí lo hacen y sales al mundo a comparecer por el oprimido, por el pobre, por los sin techo, por los desplazados, los injustamente presos, por quienes no tienen ya nada que perder, entonces este trabajo habrá valido la pena...

ÍNDICE

Introducción.....	4
Capítulo 1: Trabajo Social Tradicional.....	10
1.1 Objeto de estudio- y objeto de intervención.....	12
1.2 Metodología.....	29
1.3 Referentes teóricos.....	41
Capítulo 2: Trabajo Social Reconceptualizado.....	51
2.1 Objeto de estudio y objeto de intervención.....	52
2.2 Metodología.....	62
2.3 Referentes teóricos.....	79
Capítulo 3: Trabajo Social Contemporáneo.....	98
3.1 Objeto de estudio y objeto de intervención.....	100
3.2 Metodología.....	117
3.3 Referentes teóricos.....	123
Conclusiones.....	134
Fuentes de información.....	144

Introducción

¿Por qué elaborar un trabajo de tesis sobre los fundamentos teórico-metodológicos del Trabajo Social? ¿Acaso aún es necesario continuar con las investigaciones relacionadas con este tema? Si bien podría parecer repetitivo o redundante, la claridad sobre lo que es y hace el Trabajo Social aún no está del todo establecida. En el Trabajo Social Contemporáneo se ha trabajado por construir metodologías y acercamientos teóricos que nos sitúan en este debate.

¿Por qué insistir en este debate? Desde nuestra perspectiva, porque existen múltiples lecturas de lo que es o lo que le atañe al trabajo social como disciplina y como profesión, sin embargo, algunos trabajos realizados al respecto aún se interseccionan con trabajos sociológicos o revisionismos del avance e influencia de la sociología en la disciplina, como si esto fuera en sí el Trabajo Social. El problema no es servirse de la sociología u otras disciplinas, sino desdibujar al Trabajo Social al momento de retomarlas. Parece ser que algunos autores se han tomado esta situación a la ligera, pensando que como la profesión es “eminente práctica”, no tiene gran importancia la construcción teórica disciplinar sino las metodologías, como si éstas fueran independientes de las teorías.

Henos entonces aquí, a 100 años de la obra de Richmond *Diagnóstico Social*, nos encontramos todavía reflexionando sobre qué es el Trabajo Social. Los cambios sociales y la situación social contemporánea nos sitúan frente a nuevas exigencias de actuación como profesionales. La falta de claridad sobre este punto acarrea problemas a largo plazo, como es el que otras profesiones con marcos teórico-conceptuales mucho más definidos y trabajados por investigadores y profesionistas comiencen a incursionar en espacios de actuación que como profesión nos habíamos comprometido a atender.

¿Cuál es la pertinencia del Trabajo Social en un mundo como el actual?
¿Sabremos posicionarlo frente a otras disciplinas que se están adecuando a las necesidades actuales, humanas y sociales?

La revisión de nuestra trayectoria teórico-metodológica no debe ir, a nuestro juicio, por el camino de revisar algunas de las corrientes sociológicas que han sido citadas por autores de Trabajo Social, sino más bien, pensar en lo que de hecho han expresado y cómo han construido metodológicamente sus propuestas. Podríamos hacer un compendio de lo que es la teoría general de sistemas o el materialismo histórico y nos sería útil, pero solo como marco de referencia, por lo que es necesario reconocer que nuestra historia está marcada por la peculiaridad con la que dichos discursos se asumen en la práctica, se discuten, se nombran y después cómo se plasman en las diferentes metodologías. Ello nos enriquece, pues nos sitúa no solamente en el discurso en sí mismo, sino en la manera en la que se direcciona, y nos permite identificar las dificultades que representa construir desde la mirada de otras disciplinas.

No es de extrañar que muchos libros sobre Trabajo Social dediquen un capítulo o al menos una sección a hablar sobre la historia de la disciplina, a intentar justificarla y situarla en su pertinencia actual. ¿Qué tanto otras disciplinas requieren hacer este ejercicio para legitimarse a los ojos del lector? Es decir, cada escritor debe convencer al lector de que el trabajo social es una disciplina, que tiene una historia y que es necesaria para la sociedad. No creemos que esta justificación tenga que hacerse en cada nuevo libro o cada nueva investigación. ¿Qué se requiere para ello? A nuestro parecer es necesario sentarnos a discutir y conciliar, llegar a acuerdos en torno a un objeto de estudio y de intervención desde donde podamos afirmar con seguridad quiénes somos y hacia a donde vamos. Ello no va en detrimento de la multiplicidad de propuestas que puedan surgir sobre la manera en que el Trabajo Social actúa y participa en lo social, al contrario, sienta las bases para no caminar en terrenos pantanosos en donde retrocedemos y avanzamos constante y difícilmente.

Es preciso aclarar que ello tampoco pretende demeritar el trabajo que realizan miles de profesionistas en todo nuestro país y América Latina. Creemos necesario que, precisamente, se retomen las experiencias sobre lo ya hecho para proponer la dirección que la disciplina tomará a partir de las experiencias de profesionales que

realizan su actividad profesional fuera de lo que hasta ahora se ha escrito. Sin embargo, no podemos teorizar sin sentar las bases de los fundamentos teórico-metodológicos que sustentan a la disciplina a lo largo de su construcción histórica.

Aquí presentamos un recorrido por algunos postulados de autores de cada una de las configuraciones y cómo han ido construyendo sus discursos, sus aspiraciones, sus maneras de concebir la disciplina, de diferenciar epistemológicamente un objeto de estudio o un objeto de intervención, algunos otros incluso estableciendo fines teleológicos sobre el devenir del Trabajo Social. Con ello presentamos también un reflejo de nuestras propias prácticas, nuestros aciertos profesionales y también nuestros desaciertos, todo ello con el afán de que la historia no se siga repitiendo acríticamente y descontextualizada de la realidad social.

Investigaciones consultadas nos muestran la disparidad que existe en la conceptualización de lo que es el Trabajo Social, la disparidad al momento de definir una postura teórico-metodológica, dejando esta última a la intuición o la *buena fe*. Una disciplina y un compromiso profesional requieren más que las opiniones que se hacen pasar por argumentos científicos. Tampoco podemos hacer pasar nuestro conocimiento general de filosofía y sociología como parte del bagaje teórico de la disciplina, como si esto estuviera plenamente integrado en nuestra manera de hacer Trabajo Social.

El presente trabajo busca, ante todo, despertar un debate necesario no ya sobre las temáticas relacionadas con el quehacer profesional, sino volver sobre la disciplina misma. Las problemáticas sociales deben servir también como un medio para evaluar la construcción y solidez disciplinar, de lo contrario, corremos el peligro de abordarlas superficialmente y tan sólo ofrecer paliativos que no dan paso a alternativas de solución viables, válidas y necesarias.

Sin duda, la presente investigación no se agota en este trabajo de tesis. En él faltaron muchos autores por ser revisados, dado que por la extensión de la investigación no era posible atender a autores que no representan los discursos hegemónicos de cada una de las configuraciones. Aún queda pendiente descubrir esos otros discursos no-hegemónicos que igualmente pueden ofrecer puntos de

vista o perspectivas no incluidas en este trabajo. Los argumentos para defender las tesis expuestas a continuación están dados después de cada una de las citas. Sin duda, un ejercicio interesante y poco realizado en el gremio de trabajo social es la hermenéutica discursiva de los autores que nos precedieron, lo cual también puede enriquecer la manera en la que entendemos y construimos la disciplina.

Como gremio que somos, debemos exigirnos una mayor rigurosidad teórico-metodológica; desmitificar la idea de que esta rigurosidad nos alejará de la intervención es una necesidad actual. Es imperativo pensar en los problemas de nuestras sociedades contemporáneas para darnos cuenta de que es tiempo de reconfigurar lo que asumimos como ya dado hasta el día de hoy.

Antes de comenzar con el desarrollo del presente trabajo es importante que se reitere cómo entendemos el término configuración: Las tres configuraciones del trabajo social (tradicional, reconceptualizado y contemporáneo) aunque surgen en un momento histórico determinado, sus postulados no se agotan con éste¹, por tanto, cuando se habla de alguna de ellas debe entenderse que estas maneras de concebir el Trabajo Social aún son vigentes, en tanto que la manera en que los profesionales analizan y actúan tiene mucho que ver con las concepciones que postulan estas configuraciones. Es importante recalcar que, aunque los y las profesionales asuman un discurso o no asuman explícitamente coincidir con alguna de estas configuraciones, la manera en la que elaboran el discurso y su práctica y de lo que es el Trabajo Social está influenciada por estas tres configuraciones. Entendiendo que cada configuración es un movimiento interno en el pensamiento en el Trabajo Social. Movimientos que tienen su propia lógica interna y que no se agotan en una línea establecida en el tiempo. Esta falta de consciencia sobre la manera en que se construyen los discursos tiene como consecuencia la mezcla indiscriminada de posturas que algunas veces incluso se contraponen.

Una manera de entender las configuraciones podría ser a la manera que Hegel en la *Fenomenología del Espíritu* entiende el movimiento de la conciencia en la que existe un primer movimiento de la conciencia al aprehender el mundo. Sin

¹ Ver el texto de Ornelas y Brain (2016). *Aportes al Trabajo Social Contemporáneo*.

embargo, después existe una negación del primer objeto de la conciencia, lo cual provoca que esta se exija a sí misma el modificar la idea que se tiene del primer objeto, dando como resultado un nuevo objeto para la conciencia, el cual contiene tanto al primer objeto, como su propia negación. Este movimiento no es necesariamente histórico lineal, sino que encuentra sus diferentes movimientos en las posturas del sujeto cognoscente. Es así como la configuración reconceptualizada surge a partir de la negación de la configuración tradicional, aun cuando se contiene en la primera como movimiento de la conciencia de los sujetos-profesionistas y sucede de igual forma para el trabajo social contemporáneo.

La investigación de Ornelas y Brain (2015) *“Influencia de las producciones teórico-metodológicas de Trabajo Social en la formación de trabajadores sociales en la Escuela Nacional de Trabajo Social: El caso de la práctica comunitaria, periodo 2005-2015”*², pone de manifiesto esta situación. Por una parte, está el discurso que se asume como parte de un constructo teórico metodológico, y por otro en la práctica y al momento de intervenir se pone de manifiesto que la visión corresponde a otra configuración, al contener elementos muy notorios de otras configuraciones en la manera de abordar el análisis social, a la disciplina y las funciones que este cumple en el ámbito profesional. A manera de hipótesis, podemos decir que esto se da a causa de no comprender este movimiento interno del pensamiento dentro de nuestra propia disciplina.

La citada investigación es relevante en tanto que devela que conceptos y categorías que se utilizan en las configuraciones permean los diferentes discursos que se construyen en cada una. La manera en que utiliza el lenguaje tiene un impacto que no siempre es reconocido por el mismo sujeto que lo enuncia. Así mismo, los intereses y las direcciones en las que se busca construir en cada una de las configuraciones son múltiples. Hay visiones contrapuestas, y especialmente en la configuración contemporánea, las maneras de concebir la disciplina entran en diálogo y debate. Como dice Zemelman (2011): Por lo tanto, si los hombres construyen la historia, y hay muchos hombres y colectivos que tienen intereses

² También la investigación de las mismas autoras *Valoración y Percepción del Trabajo Social: un acercamiento a las áreas de la salud y la asistencia social* (2014) apuntala a este mismo hecho.

diferentes, entonces la historia se construye de una manera contradictoria, se construye en muchas direcciones, a veces simultáneamente (p. 23)

Los diferentes discursos que se construyen desde la disciplina van apareciendo, ganando fuerza, a veces perdiéndose un poco en la historia y otras resurgiendo. De ahí la importancia de ubicar dichas configuraciones dentro de las ciencias sociales. De esta manera, podremos saber a qué necesidad responde una cierta manera de construir un discurso sobre la realidad y el contexto que se vive en cada una de las mismas.

Como ya se mencionó, hoy día hay trabajadores sociales que sin saberlo recuperan discursos de alguna de las configuraciones sin reflexionar las implicaciones que puede tener el retomar una cierta forma de concebir la disciplina y sus posibilidades. Estos universos teórico-conceptuales sitúan también los límites que el sujeto mismo que ejerce la disciplina se establece para sí mismo. De esta manera, aquel sujeto que se sitúa desde la configuración tradicional, al menos predominantemente, establece para sí una serie de limitaciones desde donde puede actuar o reflexionar la realidad social. La necesidad de comprender la historia que ha dado origen a las ideas de las distintas escuelas de pensamiento³ del trabajo social no solamente pasa por un recorrido histórico con fechas y el situar cuando se creó un plan de estudios o se fundó una escuela en algún país. La historia de las ideas tiene una trascendencia difícil de situar linealmente.

Dicho lo anterior, el presente trabajo debe ser entendido bajo esa lógica. No deben verse la correlación de conceptos tomados de las ciencias sociales y las implicaciones que ello tiene en el constructo teórico metodológico de una configuración como agotado en el momento histórico en que los textos de Trabajo Social fueron escritos, sino que tienen una actualidad y vigencia.

³ No es sencillo saber si nombrar a los diferentes campos discursivos que existen actualmente en la disciplina puede llamarse escuela de pensamiento, en tanto que las diferentes propuestas teórico-metodológicas no están del todo unificadas. Se puede pensar que estas escuelas están configurándose y ganando fuerza.

CAPITULO 1: Trabajo Social Tradicional

La configuración denominada tradicional se caracteriza por ser el primer momento de desarrollo de la disciplina como tal, tanto en su aspecto teórico como metodológico. Aquí se construyen los primeros fundamentos que darán forma y coherencia a una práctica social que ya se realizaba empíricamente. Esta primera configuración es tanto temporal como trans-histórica, es decir, aunque los autores que comienzan a definir el Trabajo Social se circunscriben en una época histórica determinada, sus maneras y formas hacen eco aún hoy día.

El contexto del surgimiento de la profesión tiene que ser visto a la luz de la creación de los Estados-nación modernos que, con una lógica de organización y administración de la vida social y económica de las sociedades, comienza a establecer los programas de asistencia social para responder a las necesidades que el sistema económico, por sí sólo, no puede resolver. Podemos trazar este surgimiento histórico desde la Revolución Francesa (1789-1799), proceso que trastoca las relaciones de producción y que conforma el orden social administrado por los Estados como hoy los conocemos. Como bien lo describe Esquivel (2014):

Junto a ello, las fracciones dirigentes del Estado debieron ingeniar la creación y asignación de puestos públicos (y por ende técnicos y profesionales), las normas y regulación del comercio de las mercancías, la forma en que se establecía el orden y supervisión de la división social del trabajo en las diferentes áreas (agrícola, manual, minera, comercial, industrial y portuaria) (pp. 93-94)

Es precisamente este nuevo orden el que posibilita la aparición de un técnico que intervenga en la situación social. Otro momento histórico que será esencial para el surgimiento de la profesión es la Primera Guerra Mundial. Richmond escribe *Diagnóstico Social* en 1917, y afirma que las asistentes sociales⁴ ya realizan

⁴ No hemos situado a James Addams como pionera del Trabajo Social ya que sus escritos no contienen una intencionalidad de establecer una disciplina. Su trabajo más cercano y descriptivo de la labor de lo que ella llama "visitador caritativo" se encuentra en: Addams, Jane. "*The Subtle Problems of Charity*," *The Atlantic monthly*. Volumen 83, Número 496 (febrero 1899) pp. 163–179. En este texto la autora habla de las dificultades que los "charity visitors" encuentran al momento de hacer su labor caritativa. Sin embargo, continúa siendo importante el análisis de estos textos que pudieron servir como antecedentes a Richmond,

labores de asistencia pública. Estas primeras formas de asistencia se dan en el contexto de la situación social que se genera a partir de la devastación provocada por la guerra, tanto económicas, sociales, políticas como interpersonales.

Con ello, se sigue una línea ideológica para buscar el “orden y el progreso” que haga posible el equilibrio social, como reza el lema positivista; para que la sociedad continúe con su *normal* funcionamiento, lo cual permitiría a Europa recuperarse después de la guerra. En este sentido, el acercamiento del Trabajo Social con el Estado se vuelve fundamental para encontrar maneras de intervenir en la sociedad, con los individuos, para la resolución de problemáticas sociales que van surgiendo. Y así, una combinación de la manera de proceder de las asociaciones religiosas - pues en ellas se educaron algunas asistentes sociales- y una combinación de positivismo y racionalidad científica, encuentran en ese entrecruzamiento el nacimiento de una nueva disciplina. (Esquivel, 2014)

Las asistentes sociales que trabajaban en asociaciones religiosas -no hay que olvidar que Richmond colaboró en la *Charity Organization Society* (COS) en 1889- buscaban desde la idea del “amor al prójimo” resolver las “dificultades sociales” de la época. Esta experiencia de trabajo con diferentes tipos de población será lo que dará pauta para organizar ese conocimiento empírico en lo que más tarde será una disciplina, que por su particularidad se distingue de otras que enfatizan el análisis teórico, como la sociología.

Esta primera configuración se caracteriza por retomar algunas de las corrientes filosóficas y sociales de la época, tales como el positivismo, el funcionalismo, y las teorías psicoanalíticas del momento. Serán estas mismas corrientes las que busquen dar los primeros sustentos teóricos y metodológicos para una acción social que en lo empírico ya tenía una materialidad en la COS y otras organizaciones de asistencia pública, pero que no daba cuenta de su propio actuar, ni de las razones de porqué, ni cómo se realizaba. Esto lo admite Richmond (2001) cuando asegura que:

quien explícitamente busca establecer un método a la luz de la ciencia positiva de este tipo de visitas domiciliarias.

...ha sido puesto en práctica el servicio social de casos individuales mucho antes de la época, todavía reciente, en que se empezaron a formular los principios y los métodos (p. 11).

Es esta autora quien busca construir un ordenamiento teórico y metodológico de esta práctica que los asistentes sociales -primera denominación de la disciplina- ya venían realizando. Este momento se inserta en una realidad y en un contexto, que en ocasiones no ha sido adecuadamente estudiado en la contemporaneidad⁵. Así mismo, Richmond busca construir ese objeto disciplinar, mediante el establecimiento de “los principios y los métodos” para dar un sustento científico al Trabajo Social. Esta búsqueda encuentra su razón de ser, en tanto busca direccionar a la naciente disciplina más allá de las intuiciones empíricas de las asistentes sociales en su acción cotidiana. Hablar de principios adquiere una relevancia que requiere de una construcción teórica y epistemológica coherente, que sea capaz de dar sustento a la razón de ser de dicha práctica. La legitimación discursiva a través de principios que hagan de la práctica asistencial una práctica avalada por la ciencia es una de las preocupaciones de los autores de esta configuración, como Richmond y Fink, que se esfuerzan en establecer una metodología.

1.1 Objeto de estudio y objeto de intervención

La necesidad de comenzar a fundamentar teóricamente tenía como propósito mejorar la práctica de las asistentes sociales⁶ que habían ganado espacios importantes en el trabajo con la población, a nivel individual, y su relación con lo que en esos momentos se denominó el “medio social”. La construcción epistemológica y su vinculación con los primeros acercamientos teóricos de una disciplina son complicados, ya que, como señala Habermas (1988):

⁵ En este sentido, es necesario perfilar un estudio hermenéutico de los textos que dieron origen al Trabajo Social. Las interpretaciones que se hacen de Richmond no han sido actualizadas, toda vez que el análisis que se puede hacer de ella y otros autores de esta configuración es una tarea pendiente. El reencuentro con estos textos puede arrojar más luz sobre los orígenes de la disciplina, y de los vicios teórico-metodológicos que cargamos hoy día.

⁶ Entendemos como asistente social a quien realiza una práctica empírica previa al establecimiento de una disciplina y trabajadoras sociales a quien realiza una práctica direccionada a raíz del impulso teórico-metodológico de Richmond.

Si la construcción formal de la teoría, la estructura de los conceptos, la elección de categorías y modelos no puede atenerse ciegamente a las reglas abstractas de una metodología general, sino que, como hemos visto, han de estar cortadas de antemano al talle de un objeto preformado, la teoría no puede ponerse en concordancia sólo a posteriori con una experiencia que en tal caso sólo puede ser una experiencia restringida (p. 24).

Prescindir de una metodología general, construir un objeto de estudio que aún no se vislumbra claramente, así como la influencia de otras disciplinas en el discurso, dificultan la elección de categorías adecuadas al momento de elaborar los diferentes discursos de esta configuración. El objeto preformado que es la asistencia social está ahí, existe de por sí y encuentra su lugar en tanto se percibe como socialmente necesaria, pero aún no puede explicarse a sí misma el porqué, ni el cómo. El análisis de dicho objeto de estudio pasa por varios filtros: unos de los cuales son el positivismo y el funcionalismo, pero precisamente la experiencia factual requiere también de la creación de nuevas categorías que no se encuentran en otras disciplinas. La autora de *Diagnóstico Social*, en reiteradas ocasiones, busca hacer frente al peligro de una “metodología general” alejada de su dimensión práctica, y al mismo tiempo, intenta evitar que esta última dé por sentado la construcción teórica. Por ello, la “epistemología del Trabajo Social”⁷ se verá enfrentada a múltiples nudos discursivos que en otras configuraciones tratarán de ser desatados de diversas formas.

Para afianzar la construcción de un nuevo cuerpo teórico era necesario voltear la mirada hacia el objeto de estudio y el objeto de intervención. Si esta práctica ya era un hecho, había que analizarla en todas sus dimensiones para encontrar sus posibilidades y sus limitaciones. Los últimos capítulos de *¿Qué es el trabajo social con casos individuales?* evidencian estas limitaciones cuando se presentan múltiples ejemplos de la labor de las asistentes sociales y las repercusiones sociales que tiene, por citar un ejemplo, el trabajo infantil. Las singularidades de los diferentes espacios donde se desenvuelve la asistencia social no pueden ser

⁷ Aunque en múltiples ocasiones se ha dado en llamar epistemología del Trabajo Social a algunos escritos, debemos ser cuidadosos, pues hablar de una epistemología propia de la disciplina no es un asunto sencillo, dada la dificultad de definir objetos de estudio y de intervención.

reducidas a sus propias particularidades, sino que se deben analizar desde las coincidencias, la existencia de una disciplina y un método, que como ya se mencionó, tampoco puede ser general. El punto de arranque es la búsqueda del objeto de estudio de la disciplina, a la par que se busca definir al trabajo social mismo.

El primer objeto de estudio que podemos ubicar en esta configuración es el estudio del individuo y su relación con el medio social al que pertenece. Este acercamiento al individuo tiene la particularidad de que, contrario a la ciencia positiva o el psicoanálisis, el enfoque está en el individuo con relación al medio social y no al revés. Muchos de los casos que analiza Richmond tienen como eje el éxito que tuvo el asistente social al *reintegrar* a un individuo, perteneciente a una familia, a su “medio social”, pero siempre en tanto individuo inserto en una sociedad. Ella misma explicita:

... preparándose para otras formas del servicio social, tales como el trabajo de barrio, las encuestas sociales o la preparación de reformas sociales buscan comprender mejor cuáles son las múltiples condiciones sociales desfavorables que afectan la vida individual (Richmond, 2001, p. 26).

Las tareas a las que se abocan las asistentes sociales de la época son diversas: visitas domiciliarias, atención asistencial para la obtención de un beneficio social, asesoramiento a miembros de una familia, etc. Como se mencionan en el párrafo citado, tienen como prioridad la comprensión de “la vida individual”. Sin embargo, como puede notarse, las afectaciones no son emocionales, sino producto del entorno social. En este sentido, el fin es la comprensión de las “condiciones sociales” que podrían afectar al individuo en su vida cotidiana.

No es poca cosa que estos esfuerzos plantearan no tanto analizar los problemas sociales como tal, sino más bien al individuo mismo en relación con esas problemáticas. Ese análisis minucioso y pormenorizado se evidencia en tanto que los primeros constructos metodológicos de la profesión atraviesan inevitablemente los testimonios particulares. Tenemos entonces que siempre se nos presenta una serie de casos, con tantas particularidades, que es difícil poder establecer alguna

coincidencia aparente entre ellos. Esto pone de manifiesto las primeras brechas metodológicas. Como se ha mencionado, Richmond emprende la búsqueda de similitudes en el proceder en casos que se asemejan poco, pero que tienen en común el *quehacer* de las asistentes sociales. La autora sitúa los objetivos del trabajo social de la siguiente manera:

El servicio social de casos individuales es el conjunto de métodos que desarrollan la personalidad, reajustando consciente e individualmente al hombre a su medio social (Richmond, 2001, p. 67).

Aquí se destaca la necesidad de tener métodos específicos de trabajo social para intervenir, que desde esta configuración será lo que distinguirá al trabajo social de otras disciplinas, en tanto que la asistente social no se encarga de la salud del paciente, tampoco de su condición psíquica ni de su situación legal. Se trata aquí de servirse de los conocimientos de estas disciplinas, pero no para imitar sus medios y mucho menos sus fines. Hay un punto medio en donde se entrelazan, y en donde la trabajadora social tendrá su oportunidad para intervenir en pro de *adaptar al individuo a su medio social*. ¿Qué es entonces lo que hay que entender como objeto de estudio y objeto de intervención del trabajo social tradicional? Por un lado, tenemos el estudio del individuo con respecto a su entorno social y por el otro, las afectaciones en su vida cotidiana, mediado por una serie de métodos y técnicas que nos acercan a lograr dicha “adaptación” del individuo a la sociedad.

La manera de hacerlo la explica Brown (1933), pues ella plantea con claridad que la trabajadora social debe acercarse al medio e indagar cuáles son los factores que han llevado al individuo y a la comunidad a sufrir dichas “afectaciones” y lo problematiza de la siguiente manera:

Cuando a la trabajadora social de casos se le pide ayuda para la solución de estos problemas, ella busca aprender de los individuos afectados y de aquellos que mejor los conocen, los factores de sus propias vidas, en sus historias familiares, y en sus

alrededores que al combinarse los han hecho las personas que son y los han llevado a la situación en la que ahora se encuentran. (p. 20)⁸

Estos factores son parte del objeto de intervención de la trabajadora social que aspira a tener éxito en la resolución de las problemáticas relacionadas con los “males” individuales y comunitarios, en tanto que sitúan la mirada en los aspectos sociales del individuo que hay que analizar. Así se entiende que dichos elementos son síntomas de una serie de factores que combinados ocasionan las “afectaciones” para el individuo. Este enfoque de causa-efecto plantea así una visión lineal que explica lo que sucede y por qué y, a su manera, anuncia que si se omite el estudio de estos factores volveremos a caer en el inmediatez y la intuición, situación que se intenta superar.

De igual manera el enfoque es individual: la historia familiar y personal, los alrededores -refiriéndose al entorno social- y el aprendizaje particular del individuo, pero lo que sí está claro es que la mirada está puesta sobre la relación del mismo con ese entorno que lo afecta, positiva o negativamente.

La dificultad que plantea el texto de Brown (1933) es que medios y fines terminan por confundirse. Ella propugna la autonomía de pensamiento y acción con miras a fortalecer el carácter y el desarrollo de la personalidad de acuerdo con los objetivos planteados. Aparentemente, la influencia de la psicología trastoca el discurso de la autora cuando atribuye el objetivo de su acción social al cambio de conducta y comportamiento en el individuo. El discurso se da en un vaivén entre dar más importancia a la conducta y el comportamiento del individuo y no a su relación con el problema al que se ve enfrentado. Esta situación no es predominante, pero a la autora se le dificulta explicitar si la finalidad es la transformación de la conducta individual o el mejoramiento de los programas rurales, en donde la comunidad se convierte en un actor central. Desafortunadamente la segunda propuesta pierde

⁸ “When the case worker is asked to help in the solution of these problems, she seeks to learn from the individuals concerned and from those who know them best, the factors in their own lives, in their family histories, and in their surroundings which have combined to make them the people they are and to bring them into the situation in which they find themselves.”

fuerza dado que no hay una delimitación conceptual ni metodológica de lo denominado *comunitario*.

Es importante entender que el trabajo social situado en el momento histórico que da nacimiento a la configuración tradicional coexiste con varias disciplinas consolidadas en el ámbito de la salud, las ciencias sociales y la supremacía del positivismo como paradigma. Las consecuencias de esta situación serán: primero, la notoria influencia de la medicina, la psicología y el psicoanálisis en los discursos de la configuración; segundo, el enfoque positivo de la metodología de Richmond y sus sucesores, así como también la intensa preocupación de la relación del individuo con su entorno social.

Para dar cabida a una nueva disciplina social era necesario buscar diferenciarse de las demás disciplinas, no solamente por su actividad, sino también por sus fines y sus métodos. El trabajo social comienza a perfilarse como una disciplina que a través del estudio del individuo y su entorno social busca “remediar” situaciones desfavorables para el individuo. Pero el enfoque está en el individuo, no tanto en el entorno social y, de igual forma, las técnicas y métodos están pensados para atender al individuo sin ocuparse del entorno. Esta falta de cuestionamiento no es total pues hay algunos momentos en que, tanto Richmond como Brown, se preguntan y cuestionan por los entornos sociales en los que los individuos están insertos. Richmond inclusive afirma que las reformas sociales son necesarias, pero estos argumentos no son centrales ni se desarrollan a profundidad y regresan siempre a la discusión del individuo y aunque también se da cabida a la crítica de una estructura social desigual, ésta es aún exánime.

Como dice Habermas (1988), una ciencia social crítica debe plantear sus propios problemas internos a partir del objeto de estudio al que se aboca. Esto no sucede aún en esta configuración, en tanto que el primer acercamiento al individuo es el de concebirlo como un ser desadaptado, en quien recae la responsabilidad de las “afectaciones” que tiene, y no tanto en el entorno social que las provoca. Esta mirada centra la situación del individuo con respecto a las afectaciones, a su desadaptación, a su incapacidad de desarrollarse normalmente en la sociedad y

desde la cual las asistentes sociales serían las portadoras de “soluciones” pensadas también, individual y particularmente.

Los asistentes sociales de la primera configuración, en su propia temporalidad, buscaban que la construcción del corpus teórico-metodológico partiera de una epistemología fundada desde el objeto disciplinar mismo. No podía entenderse el trabajo social como una simple práctica social, auxiliar de otras disciplinas, sino como una capaz de realizar sus propios fines con sus propios medios. No bastaba con pensarlo como un mero instrumento auxiliar de los hospitales, del trabajo barrial, de las instituciones educativas, porque entonces sus propios fines dependerían de los fines de agentes externos. Es cuando se plantea que la construcción de los fines debía acaecer de una necesidad y de un planteamiento propio. La preocupación en torno a ello se caracteriza así:

Es fácil sentirse satisfecho de los resultados del servicio social, si nos conformamos con los primeros síntomas de mejoramiento o si juzgamos estos resultados desde un solo punto de vista la vida en conjunto pensando constantemente en el bienestar permanente del individuo y de la sociedad (Richmond, 2001, p. 62)⁹.

El “bienestar permanente” del individuo y de la sociedad parecería ser el fin último al que aspira la intervención del trabajo social tradicional. Sin embargo, el vaivén que se da entre el enfoque individual y las esporádicas referencias a la sociedad, no permiten atribuir una definición precisa del denominado “bienestar permanente”. No basta con ser auxiliar de la condición física o psíquica, ni tampoco de la situación legal del individuo, sino buscar su “bienestar” como el de la sociedad. De tal manera que pretender lograr esto requiere de un estudio exhaustivo de la sociedad -labor realizada por los sociólogos de la época- y, sin embargo, dicho estudio se convierte de nuevo en medio para la readaptación individual. De esta manera, los métodos y las técnicas estarán igualmente supeditados a este fin, en la búsqueda del *social welfare*, que no es tanto un cambio de perspectiva, sino la

⁹ La palabra *welfare* en el original está más relacionado con los sistemas de asistencia social que con el bienestar social como hoy lo entendemos. Por eso mismo, el *social welfare* debe ser entendido como la capacidad del estado de brindar asistencia social.

búsqueda del bienestar de la sociedad a través de la atención individuo por individuo.

Brown (1933) busca ampliar la relación de la trabajadora social con el individuo, a través de explicaciones y descripciones de su labor como la siguiente:

Cada persona a la cual la trabajadora social consulta contribuye a su versión del problema existente y es su tarea el juntar toda esta evidencia y usar su habilidad especial en discernir el meollo del problema y las fortalezas y debilidades de las personas involucradas (pp. 20-21)¹⁰.

Este esfuerzo particular explicativo se ve truncado en el momento en que dicha “habilidad especial” (*special skill*) no es desarrollada como categoría o concepto. Sin embargo, la recopilación de evidencia es un tema que Richmond también desarrolla y que encuentra un símil con la descripción de Brown, como se verá más adelante. El discernimiento -al igual que la inferencia- es la herramienta cognitiva que permitirá ver más allá del problema aparente y profundizar en la situación del individuo. Este hilo conductor nos llevará a tender un puente entre lo que conocemos, la información que la realidad social arroja como objeto de estudio y que después se subordinará a las formas y técnicas utilizadas para “discernir” el problema existente, que es la finalidad del libro de la citada autora.

Esto permitiría un mayor desarrollo metodológico en el futuro quehacer de las asistentes sociales, a tal punto que su labor requerirá de una intervención especializada y profesional, más allá de pensarse como una acción espontánea e intuitiva. La disciplina se encuentra en un punto medio entre estos dos tipos de acciones. Sin duda, para lograr dar el paso definitivo a la especialización se requería preguntarse por la forma en que se construía la idea de la asistente social. La pregunta no termina de responderse y esta situación llega a su punto neurálgico cuando Richmond busca diferenciar las labores específicas del psiquiatra o del médico, en contraste con las de la asistente social:

¹⁰ “Each person whom the social worker consults contributes his version of the existing problems and it is her task to assemble all this evidence and to use her special skill in discerning the heart of the trouble and the strengths and weaknesses of the people involved.”

Es cierto que el servicio social de casos individuales se ha ocupado y seguirá ocupándose de las cuestiones relativas a la restauración de la independencia económica individual, a la salud y la higiene personal, así como a los problemas complejos de higiene mental, todos terrenos que tienen una relación directa con la personalidad. Pero como cada uno de esos terrenos representa una especialidad, y a veces una especialidad que requiere conocimientos profesionales distintos, el servicio social de casos individuales no se identifica con ninguno de ellos (Richmond, 2001, p. 66).

Es decir que, aunque no se identifica con ellos, aún depende de estos en gran medida. La autora sabe que esa dependencia no puede romperse a menos que las asistentes sociales se ocupen de tener muy en claro qué son, por qué hacen lo que hacen y en qué deberían de poner sus esfuerzos de intervención. La relación del individuo y la sociedad está entonces estrechamente ligada a una necesidad también de la disciplina misma de encontrar sus propios fundamentos, con ayuda de las ciencias sociales y de la salud, pero con una clara intención de partir de ahí para construir una teoría independiente. Esta es la forma entonces de comenzar a diferenciar las funciones del asistente social frente a las de otras profesiones. Esta intencionalidad no se concreta del todo, pues será constante, por ejemplo, el confundir el estudio del individuo y su relación con lo social, con estudiar la personalidad del individuo, función específica de la psicología y no del trabajo social.

El hecho de que la pregunta surja en este primer periodo y se comience a disponer de ella como piedra angular, es el primer indicio de una necesidad de dar ese salto epistemológico¹¹. Un ejemplo de ello lo encontramos en el libro de *¿Qué es el trabajo social de casos individuales?*, escrito por Richmond en 1922, donde los ejes metodológicos se explicitan como la comprensión de la individualidad y el medio social (subordinado a la primera) y la acción directa. Esta última entendida no como una práctica espontánea, sino consciente e intencionada. Así mismo, la relación de

¹¹ Es importante resaltar que este salto epistemológico tiene que ver con la relación sujeto-sujeto en las entrevistas, la forma de entender la sociedad como medio y al individuo como parte esencial de la misma. El acercamiento a la población y la transformación de los sujetos sociales en materia de estudio, a diferencia del sociólogo que solo estudia a la sociedad como totalidad.

las asistentes sociales con los individuos estará marcada por la necesidad de comprender las “afectaciones” generadas por la relación individuo-sociedad para después proceder a la intervención, con métodos y técnicas que permitan *remediar* dichas “afectaciones”.

Las situaciones sociales que conciernen tradicionalmente al trabajo social son variadas y responden a una forma de problematizar la realidad social. Los problemas no existen por sí mismos sin alguien que les atribuya la condición de problema y, por tanto, no existe una esencia estática. Brown (1933), en su contexto específicamente rural describe los espacios de problematización de la disciplina de la siguiente manera:

El trabajo social de casos se preocupa por los problemas de las familias y los individuos que están afectados por la enfermedad, la muerte, el desempleo, la desertión, la delincuencia, desacuerdos entre marido y mujer, y otras dificultades entre miembros de la familia o entre individuos y la comunidad¹² (p. 20).

Por tanto, es de suma importancia comprender el contexto en el que dicha problematización se lleva a cabo. De igual manera, la idea del “bienestar” tanto del individuo como del medio social donde se desenvuelve se hace latente de nuevo. Esta preocupación no es, evidentemente, sólo una preocupación inquisitiva o de investigación, sino que tiene como horizonte el poder actuar sobre dicha situación para *remediarla*. Brown se preocupa por las situaciones que afectan al individuo como son la enfermedad, la muerte, el desempleo, etc. pero concluye que todas estas “dificultades” están atravesadas por un elemento social. Una vez problematizado este elemento social, se da paso a pensar el método para poner fin a esa condición.

Este ejercicio epistemológico se muestra como el único camino para conformar una disciplina con sus claros límites y espacios de acción social y profesional, pero los pioneros en esta tarea apenas están encontrando la forma de hacer ello posible. La labor del trabajo social encuentra en otras disciplinas su apoyo porque convive con

¹² “Social case work is concerned with the problems of families and individuals who are in trouble because of sickness, death, unemployment, desertion, delinquency, disagreement between husband and wife, and other difficulties between members of the family or between individuals and the community”

ellas en su cotidianeidad y además sirve como “auxiliar” en el tratamiento de los individuos. Utilizo aquí la palabra “tratamiento” con el propósito de ilustrar hasta qué punto se da la influencia de las ciencias de la salud en el discurso de esta configuración. Sin embargo, todos estos conceptos que, de alguna forma, son prestadas de otras disciplinas, comienzan a encontrar su propio camino y sentido en trabajo social.

La asistente social tiene su habilidad profesional, pero esta debe ser reforzada por una filosofía. Si queremos comprender qué es el trabajo social de casos individuales, debemos considerar por qué razones existe... (Richmond, ¿Qué es el trabajo social con casos individuales?, 2001, pág. 85).

Esta pregunta irá cobrando más importancia, derivando en otro momento epistemológico de gran importancia, que es el de preguntarse por la razón de ser de la disciplina misma, debate que continúa hasta el día de hoy. La autora no aclara más acerca de la “filosofía”¹³ que requieren las profesionales para comprender realmente qué es el trabajo social de casos individuales. A lo largo de la obra de Richmond puede intuirse que hay una necesidad en la sociedad que requiere ser atendida: la condición individual en sociedad vista desde el marco del *social welfare*. ¿Es esta condición individual en la época de Richmond la que da cuenta de la existencia del trabajo social? La autora deja esta cuestión inconclusa.

Lo que puede inferirse del discurso es que la disciplina -para sostenerse- debe también mostrarse como socialmente necesaria, útil en algún aspecto y así, además poder diferenciarse de las demás disciplinas ya existentes. La existencia del médico, del abogado, del psiquiatra, se justifican por cumplir una función específica y atender una necesidad social. ¿Qué puede aportar el trabajo social al mundo de las ciencias sociales? Y Richmond (2005) da respuesta a ello así:

La intensa labor de los trabajadores sociales está sacando a la luz formas de pensamiento y acción que resultan útiles en otras disciplinas. El hecho de que el derecho, la medicina, la historia o la psicología, en su afán de progreso, persigan la

¹³ En el contexto de los libros de Richmond puede entenderse la palabra “filosofía” como el conjunto de motivaciones y de necesidades sociales que permiten que el trabajo social exista.

misma clase de verdad, se traduce en una creciente demanda del tipo de datos que los trabajadores sociales recopilan (p. 31).

No se nos aclara con puntualidad a qué “clase de verdad” aspiran estas disciplinas, ni si se va en busca de la verdad de las cosas o una verdad parcializada. Pero es interesante notar que esta *clase de verdad* se traduce en datos que deben ser recopilados. Evidentemente esta recopilación no podrá seguir siendo un proceso netamente intuitivo, como hasta entonces las asistentes sociales lo habían estado haciendo. La intención de Richmond de establecer un método coherente y fundamentado en la ciencia positiva, que atraviesa la necesidad de contar con un objeto de estudio claro en el que se fundamente el cómo y el porqué de la intervención individual.

De igual forma que se establece un objeto de estudio y uno de intervención, en esta primera configuración tenemos una forma específica de acercarse a la realidad social. No basta solamente con estudiar a la sociedad en términos generales como lo haría el sociólogo, sino que hay una necesidad de acercarse al estudio y tratamiento de los “males sociales”¹⁴ en los individuos. Esta novedad diferencia al psiquiatra o al médico del asistente social pues mientras que el primero busca aliviar una condición mental considerada atípica, el segundo busca aliviar una condición fisiológica patológica, y el asistente social busca aliviar los “males sociales” en el individuo a través de una práctica asistencial. Esta primera configuración se caracterizará por proponer una metodología propia; son estos primeros escritos los que fundamentan lo que se conoce como trabajo social de casos.

El tema del desarrollo de la metodología se verá obstaculizado por la falta de categorías de análisis propias, pues aún los estudios sobre la individualidad y el medio social dependen fuertemente de autores como Keller, Comte, Spencer, etc. que no son trabajadores sociales y por tanto el asistente social se verá orillado a

¹⁴ Esta manera de llamar a los problemas sociales como “males” tiene su influencia en la medicina. Es entendible que, si la manera a través de la cual comprendía a la sociedad la disciplina es con auxilio de los conceptos de la medicina y la psiquiatría, este cruce conceptual aparezca con cierta naturalidad. Esta situación no es vista como problemática aún por los autores.

seguir más a la intuición que a seguir una serie de métodos o un camino para alcanzar los objetivos que se propone el trabajo social. Sin embargo, el esfuerzo epistemológico de Richmond por fundamentar dicha metodología con rigurosidad científica será una aportación valiosa en la construcción de una disciplina con su propia direccionalidad.

No es posible soslayar la influencia que las profesiones antes mencionadas tuvieron sobre el trabajo social tradicional. Términos tan específicos como tratamiento, diagnóstico, medio, cliente, etc. marcan todo un discurso que encuadra una forma de mirar al trabajo social. No sólo la terminología es fuertemente influida, sino también las formas de actuar y de atender los casos, así como el enfoque y el análisis. En *Diagnóstico Social* se hacen muy evidentes las influencias de las citadas disciplinas, así como a veces del derecho y cómo se traslada al ámbito práctico con las mismas actitudes y prácticas, propias de las ciencias de la salud.

Una de esas visiones será la de las “necesidades humanas”, concepto que no se desarrolla a profundidad y, por tanto, se aborda desde enfoques alejados de lo social, a veces incluso desde la filosofía. Por ello, el trabajo social se disgregará en algunas ambigüedades sobre los límites y posibilidades de la profesión, así como su contraposición con las funciones de otras disciplinas como la psicología o la psiquiatría. Otras disciplinas también atienden necesidades humanas, sin embargo, se va ganando terreno dando prioridad al aspecto social de las necesidades, situación que encuentra obstáculos que ponen en peligro el esfuerzo de la constitución identitaria de la profesión. Fink (1942) se sitúa en esa tensión cuando escribe:

Particularmente en el recién abierto campo de la asistencia pública, hay una posibilidad de intentar atender todas las necesidades humanas, a riesgo de no atender ninguna adecuadamente. Por el otro lado, la función puede ser definida tan

estrechamente que en tiempos de presión la situación del cliente es pasada por alto (p. 355).¹⁵

Lo cual, y como el mismo autor lo menciona, se convierte en un problema cuando por querer abarcar todo, termina uno por “pasar por alto la situación del cliente”, que sería lo específico del trabajo social. Más importante aún, comienza a ignorarse la necesidad de establecer los límites y los alcances del trabajo social.

¿Cómo podrían las asistentes sociales adjudicarse la atención de *todas las necesidades humanas*? Es aquí donde la falta de definiciones y delimitaciones conceptuales pesa sobre la visión de los trabajadores sociales de la época, lo cual difumina los límites sobre las funciones y los roles de la profesión en la atención a los individuos, en detrimento de los mismos. La relación del trabajo social con los individuos termina siendo mediada por la opacidad conceptual y ello tiene como consecuencia que la asistente social asuma el rol de enfermera, psicóloga e incluso, de “consejera”.

Esta cita relacionada con las necesidades humanas se torna en cierto momento tan amplia que, para Fink, el objetivo del trabajo social sobre su actuación en los sujetos, o clientes como él aún los nombra, es el de impulsar la independencia y la autosuficiencia. ¿Independencia con respecto a qué? ¿Auto suficiencia con qué fines? Para el autor la respuesta será la independencia y autosuficiencia sobre situaciones sociales “difíciles”.

El cómo son manejados por el solicitante y el trabajador tiene mucho que ver con si la persona es capaz de tomar responsabilidad sobre sí misma y convertirse en un trabajador independiente y autosuficiente. (Brown, 1933, pág. 359)¹⁶

¿Qué es entonces lo que el trabajador social debería analizar, y discriminando de una realidad social tan compleja que no puede ser abarcada en su totalidad? Para Richmond queda claro que debemos estudiar no sólo al individuo en su medio

¹⁵ “Particularly in the newly opened public assistance field, there is a likelihood of trying to minister to all human needs, at the risk of meeting none adequately. On the other hand, function may be defined so narrowly that of times pressing realities in the client’s situation are overlooked.”

¹⁶ How they are handled by the applicant and by the worker may have a good deal to do with whether the person is been able to take responsibility for himself and become an independent and self-supporting worker.

social, sino también hay que poner atención al estudio de los diferentes caminos de apoyo al desarrollo y bienestar de ese individuo. Autores como Fink, sitúan al trabajo social como parte de los servicios de beneficencia pública¹⁷, cuya finalidad es que los sujetos logren una situación en la que no se requieran más de su servicio, como se aprecia en el siguiente párrafo:

El trabajo de casos debe ser entendido como una forma de ayudar a la gente, un acercamiento de individualización, un ofrecimiento de servicios en una oficina de beneficencia pública dentro de los límites de esa agencia, un intento de ayudar a los clientes quiénes trabajan con sus dificultades y se vuelven autosuficientes. (Fink, 1942, pág. 366)¹⁸

Queda claro que, dada la función del trabajo social, el profesional pueda laborar en una oficina de beneficencia pública, pero el uso de la palabra “ayuda”, no contribuye mucho a pensar en una metodología concreta, en tanto ésta puede ser una ayuda genérica. En ese sentido, no habría una exigencia metodológica y cualquier persona con buena voluntad podría ayudar y ello no necesariamente implica realizar tareas propias de la profesión, una reflexión o análisis teórico sobre su quehacer. Esto no sería un problema de no ser porque Richmond había ya establecido las bases para este intento; evidentemente no era necesario que todos tomaran esa responsabilidad en sus manos, sin embargo, las propuestas teóricas que le antecedieron carecieron del rigor en las definiciones, los conceptos, el establecimiento de fines y el impulso de establecer un objeto de estudio claro.

Estos saltos entre un discurso que intenta ser coherente desde trabajo social y el otro prestado de otras disciplinas, es una característica común de la primera configuración. En la obra de Brown hay una insistencia en mencionar y detallar el quehacer de la trabajadora social para lograr cambios actitudinales en los individuos, no solamente sociales, sino de carácter y personalidad, volviendo a

¹⁷ Tanto Richmond como Fink utilizan la palabra *welfare*, que puede ser entendida como bienestar y en otro contexto como beneficencia/asistencia. Este tipo de situaciones reafirman la necesidad de una hermenéutica de los textos de la configuración tradicional, especialmente porque las diferentes traducciones están influenciadas por el momento histórico desde donde mira el traductor.

¹⁸ “Case work is being understood as a way of helping people, an approach on an individualized basis, an offering of the services of a public welfare office within the limits of that agency, and an attempt to help clients who work out their difficulties and become self-maintaining.”

acercar a la disciplina a los límites de la psicología o, incluso, al acto de “aconsejar”. Así, el proyecto y los objetivos del trabajo social se modifican, como se lee en el siguiente párrafo:

El programa para “un mejor vivir” debe en última instancia ser determinado en cada comunidad después de un cuidadoso balance entre necesidades y recursos. Y es importante que se dé total consideración a todas las áreas de las necesidades humanas -religiosa, educativa, económica, de salud, y la social. (Brown, 1933, pág. 25).¹⁹

Pero entonces, parece ser que el fin último de la intervención -para Brown- es el “mejor vivir” a través del “balance entre necesidades y recursos”, una especie de gestor social y satisfactor de necesidades en varios ámbitos. Para lograr dicho objetivo, se requiere entonces de considerar a las necesidades humanas, lo cual conlleva también a un estudio del individuo, como ya lo propone Richmond y al mismo tiempo se requiere del estudio de la sociedad de la que forma parte dicho individuo; sin embargo, la metodología que considere ambos ámbitos de la realidad social aún no está claramente definida en ese momento.

La particularidad del trabajo social comienza a tomar forma y a posicionarse como una naciente disciplina que va abriendo camino a la profesionalización del quehacer empírico de las asistentes sociales. Es en este sentido que surge el cuestionamiento de si cualquier persona con *buena voluntad* puede ser considerado trabajador social. ¿Acaso no se requiere de un saber especializado; de una manera particular de analizar e interpretar la realidad social para luego actuar en ella? Los autores de esta configuración, especialmente Richmond, han tratado de poner sobre la mesa los saberes, las técnicas y las disposiciones epistemológicas necesarias para la tarea. Fink (1942) expresa esta preocupación fielmente:

¿No podría cualquiera que ha aprendido del lenguaje ser un trabajador social de casos? ¿Qué hay en el trabajo social de casos que no podría ser hecho, por

¹⁹ “The program for “better living” must in the last analysis be determined in each community after a careful weighing of needs as against resources. And it is important that full consideration be given to all areas of humans needs -religious, educational, economic, health, and social.”

ejemplo, por un miembro del consejo, o asistente del pastor, o el presidente del comité de beneficencia del Club de Mujeres? Cualquiera que haya leído hasta este punto debe darse cuenta de que la práctica social de casos tiene como base la habilidad de trabajar con personas en dificultades, y que esta habilidad está relacionada con una cualidad natural del propio desarrollo de la personalidad, el entrenamiento y la experiencia.” (p. 354)²⁰

Esta habilidad que Fink ve como *natural*, otros autores la concebirán como una habilidad que puede y debe ser desarrollada con base en un método. El método debe buscarse dentro del trabajo social mismo; el problema es que aún no se ha definido con claridad su especificidad²¹. Aún se está construyendo el objeto de estudio, de intervención y la metodología; los autores encuentran en su propia experiencia aquello a lo que debe abocarse un trabajador social, y bajo qué mirada y con qué fines.

Las concepciones tradicionales del Trabajo Social no se agotan con el momento histórico, ejemplo de ello es el libro de Gaona titulado *Introducción al estudio del trabajo social* en donde aporta una serie de definiciones que, aunque intentan demarcarse de la primera configuración, al mismo tiempo la contienen. En sus propias palabras, el trabajo social es:

la ciencia y el arte de aliviar, curar, o prevenir, en la medida de las posibilidades actuales, los problemas sociales que afectan a la sociedad en su conjunto y al individuo en particular. [...] Significa, además, una serie de actividades de carácter oficial y privado, así como la conjunción de numerosos elementos materiales y factores morales, encaminados a lograr la mejor readaptación del sujeto problemático a su ambiente social... (Gaona, 1951, pág. 2)

Podemos notar aquí cómo confluyen las dos visiones que habíamos visto con Richmond y Fink. Y también destaca la marcada influencia del lenguaje médico al

²⁰ Arthur Emil Finke, *The field of social work*, p. 354. “Could not anyone who learned the language be a case worker? What is there to case work that could not be done by, say, a board member, a pastor’s assistant, the chairman of the welfare committee of the Woman’s Club? Whoever has read this far must realize that the practice of social case work is based upon a skill in working with people in difficulty, and that that skill is related to one’s native endowment, one’s own personality development, training, and experience.”

²¹

momento de definir la labor del trabajo social como una ciencia que debe *aliviar, curar o prevenir*, tal como si de una enfermedad se tratase. Lo que hay que “curar” es la “enfermedad” de la sociedad, que es interpretado en última instancia como el individuo problemático, aquel que pone en evidencia su incapacidad de coexistir con la sociedad. También se vuelve la mirada sobre la readaptación individual y al igual que Fink, retoma el tema del trabajo en instancias de asistencia públicas y privadas. Lo que llama también la atención es la confluencia de elementos materiales y morales. No queda muy claro lo que Gaona²² intenta expresar con factores morales, pero con ello la delimitación de las funciones específicas del trabajo social se torna confusa, pues no parece ser precisamente que les corresponda a las asistentes sociales formar moralmente a los individuos.

1.2 Metodología

Una vez definidos algunos de los elementos de la disciplina, resurge la pregunta sobre los elementos metodológicos y los saberes que hay que recuperar a fin de entender la relación entre teoría y práctica. A Gaona (1951) le preocupa que los profesionistas no conozcan primero las leyes que rigen el desarrollo de los individuos, la organización de la sociedad y de las relaciones humanas, antes de intervenir.

Por tanto, la idea que se rescata de sus planteamientos es justamente la necesidad de que el trabajo social cuente con un corpus teórico que analice al individuo, situación que es una constante en los diferentes autores analizados. Las diferencias y las complicaciones comienzan cuando no se tiene clara la especificidad de la intervención con el individuo, ya que a veces se pasa de la intervención social de casos, al análisis de la personalidad, inclusive a pensar en los “factores morales” a los que hace alusión Gaona y entonces surgen las

²² De igual forma el caracterizar al Trabajo Social como una ciencia o un arte es una cuestión que sin duda se sigue mencionando hoy en día. ¿Puede llegar a ser el Trabajo Social una ciencia? ¿Y en qué sentido puede el Trabajo Social ser un arte? A esta última pregunta respondemos que no se debe confundir la creatividad del profesionista en su intervención con la creación artística, siendo esta una producción estética que se tiene como fin a sí misma. Esta producción estética no es la finalidad del Trabajo Social y hablar de éste como un arte nos parece una *romantización* de la disciplina, más que un argumento fundamentado. Con respecto a la pregunta por el Trabajo Social como ciencia es un tema demasiado amplio y debatible como para abordarlo en el presente trabajo.

preguntas ¿Cómo se da la relación trabajadora social-cliente? ¿Es mejor poner atención al desarrollo de la personalidad con fines a la adaptación al medio social? Podría también ser la autosuficiencia de la que habla Fink, para evitar que el individuo dependa de las agencias e instituciones sociales. El estudio del individuo en trabajo social para esta primera configuración no queda del todo definido e inclusive, se empalma con el objeto de estudio de otras disciplinas como la psicología. Esto es evidente también cuando se habla a grandes rasgos y con ideas generales sobre la organización de la sociedad y las relaciones humanas, pero sin hacer énfasis en la particularidad de la intervención del trabajo social, perdiendo así una oportunidad de dar especificidad a la disciplina.

Hay algunas definiciones que la autora pone sobre la mesa y que aportan formas de mirar a los individuos desde la disciplina. Dos de ellos son el campo de acción, donde las técnicas y metodologías son aplicables, y los problemas sociales que ella diferencia así:

Campo de acción y problema social no deben confundirse: éste es el fenómeno patológico que se desarrolla en el medio físicosocial de aquél. De acuerdo con el campo de acción donde surgen los problemas y del problema particular en un momento dado, son los procedimientos y medios de los hay que valerse (Gaona, 1951, pág. 8).

En otras palabras, el problema social está contenido dentro del campo de acción y dependiendo de la naturaleza del primero es la manera en que se definirá la metodología para la intervención. Pero si nuestro análisis del individuo y la organización de la sociedad, así como de las relaciones humanas que genera no es el adecuado, entonces no encontraremos los procedimientos ni los medios de los cuales hay que valerse. Para comprender la naturaleza del problema social Gaona ve necesario definir entonces qué es un problema social, a fin de no caer en lo que ella entiende como análisis incorrectos, así, los problemas sociales desde su punto de vista, son:

los fenómenos patológicos colectivos o individuales que se presentan en las sociedades, y que consisten en la inadaptación o desadaptación de los individuos

con respecto a su medio ambiente, debido a causas cuyas raíces son bien profundas y surgen de las entrañas mismas de la organización de la sociedad humana (Gaona, 1951, pág. 8).

Aquí la influencia de autores como Spencer (1873) es muy notoria, ya que se plantea que, si la sociedad es un organismo, entonces los problemas sociales fácilmente encuentran su símil en la patología médica. Así mismo el individuo debe adaptarse a su ambiente, a la manera de la selección natural de Darwin, para salvaguardar la sociedad humana. La misma Gaona (1951) admite que suscribe esta visión cuando afirma que:

Si la medicina es la ciencia que estudia y ataca las enfermedades que sufre el cuerpo humano, el trabajo social es la ciencia que estudia y combate los males que padece el organismo social (p. 27).

Este periodo está marcado por una mimesis del método de la medicina, que es el reconocimiento de una enfermedad, en las inferencias que se hacen a partir de los síntomas y el tratamiento asignado al paciente. La particularidad de este tipo de proceder y que será reconocido en múltiples ocasiones, es que las ciencias sociales no pueden predecir, ni pueden replicar experimentalmente las tesis ni los diagnósticos, aunque estos encuentren terrenos comunes. En las primeras páginas de *Diagnóstico Social* Richmond (2005) abre con una pregunta interesante ligada al proceso de construcción metodológica:

¿Existen reglas aplicables, principios, que puedan orientarle a la hora de diferenciar, de entre un grupo de observaciones y testimonios variados, aquellos en los que puede confiar de aquellos que debe admitir sin reservas? (p. 20).

La pregunta es un cuestionamiento de la fiabilidad del conocimiento *estático* que esta nueva disciplina puede extraer de la realidad. ¿Cómo hacer del trabajo social en esta etapa una disciplina consistente? E igual de importante es si este método cumple con los lineamientos de la ciencia. Es en este sentido que la construcción de una metodología propia tendrá que buscar su soporte en disciplinas ya bien definidas y construidas, no por mera imitación, sino como un fundamento sólido del que después pueda derivarse una manera propia de hacer las cosas.

Para estas autoras, ello deriva en la necesidad de constituir una disciplina capaz de diagnosticar, al modo que lo hace la medicina, las *enfermedades* o problemas sociales que aquejan al organismo social. Sin embargo, como otros autores han apuntado, el trabajo social no puede simplemente mimetizar la metodología de la medicina, que sirve para diagnosticar patologías del cuerpo, ni tampoco enteramente de la psiquiatría o psicología, que diagnostican patologías en el comportamiento de los sujetos. Ello representa un importante esfuerzo por situar con claridad que la manera de estudiar al individuo desde el trabajo social es de otra naturaleza.

Pasamos entonces de la pregunta de investigación científica a la construcción de un sistema coherente no sólo de conocimiento, sino también de interacción con la realidad social, tal como lo demuestra el siguiente párrafo:

La evidencia social, aquella que persiguen los científicos e historiadores, incluye todos los elementos que, a pesar de su insignificancia o irrelevancia aparentes como hechos aislados, pueden, al formar un todo, arrojar luz sobre la pregunta formulada... (Richmond, 2005, pág. 21)

Es entonces importante, para la autora, tomar la evidencia social como eje que nos permite inferir de hechos que están aparentemente aislados, a formar “un todo” sobre las preguntas que nos hacemos sobre los individuos y los problemas que su “medio social” les genera. Esta manera de proceder no se aleja mucho del método científico como lo conocemos. Y esto parecería ser tan natural en el trabajo social que en esta configuración se inclina por el trabajo social de casos como eje de intervención. El primer paso hacia la construcción de una metodología ha sido dado, como se mencionó en la sección anterior, al poner la mirada en aspectos de la sociedad diferentes al de otras disciplinas.²³

²³ Cuando se habla de epistemología de Trabajo Social es importante pensarla no sólo como una serie de etapas historiográficas sobre el desarrollo de la disciplina. Debe pensarse también sobre los diferentes discursos, los puntos de discusión y el énfasis que se pone en ciertos aspectos de la realidad social por sobre de otros. Pero también los puntos de ruptura, la elaboración de discursos no-hegemónicos, la resignificación de categorías de análisis y su posterior integración al discurso del Trabajo Social. Adicionalmente, debe entenderse como la manera en que a través del análisis se abre paso a un nuevo campo de conocimiento.

Al respecto, Gaona escoge un campo de acción específico de la disciplina -el de casos- y con ello también explicita que el objeto de estudio es el “sujeto problemático”, que en palabras de otros autores es el “individuo con afecciones” o simplemente con “problemas”:

Existe un método de investigación que ha venido a ser característico del trabajo social: el método de caso individual, en el que el sujeto problemático es el objeto de estudio (Gaona, 1951, pág. 91).

Dado que el trabajo social está en búsqueda de legitimarse basándose en los postulados de la ciencia positiva, elige un método que toma como objeto de estudio al “sujeto problemático”. Una vez establecido el objeto de estudio, Gaona procede a establecer los parámetros epistemológicos sobre los que la disciplina y el sujeto que la ejerce deben basarse, así podrá establecerse una base científica para la disciplina. La autora buscará en algunos otros elementos como lo son la objetividad al momento de la investigación, en donde el trabajador social debe despojarse de prejuicios y subjetividades que puedan alterar su análisis de los datos. En palabras de la autora:

Sus métodos parten de la observación de los fenómenos, del análisis de los datos, de la comparación de los hechos, para llegar a conclusiones bien fundamentadas a la luz de un objetivo científico (Gaona, 1951, pp. 28-29).

La principal problemática de este planteamiento será que dichos métodos no son desarrollados en el texto que ella nos presenta. Lo que debe notarse es la insistencia que comienza ahora a darse al carácter científico y metodológico más riguroso, en el intento de delimitación de categorías, conceptos y de un cuerpo teórico que no se estanque en la mera explicación de los fenómenos a nivel superficial, sino que se vean sustentados por un método científico, objetivo y racional. Gaona desarrolla la problemática que supone la situación cuando escribe las siguientes líneas:

El carácter científico del trabajo social se debe, como dijimos al progreso de las ciencias sociales, así como a la necesidad creciente de enfrentarse a una patología

social diferente con medios terapéuticos adecuados a la magnitud y complejidad de los problemas (Gaona, 1951, p. 27).

Queda la duda sí para ese momento existía una conciencia de las carencias teóricas y metodológicas, así como las lagunas existentes para hacer frente a las “patologías sociales” para con medios, no necesariamente terapéuticos, pero sí de una claridad epistemológica, a fin de afrontar la “magnitud y complejidad de los problemas”.

Por ello es vital conocer el objeto que se va a investigar y esto apunta a la decisión que toma Richmond de hacer un libro sobre el diagnóstico social. Ella nos dice al respecto:

El proceso comienza con la investigación, o la recopilación de la evidencia, prosigue con su análisis crítico y comparación, y finaliza con su interpretación y la definición de la dificultad social (Richmond, 2005, pp. 35-36).

La situación social y su revisión es al fin y al cabo lo que exige el fin de la intervención que es el de reinsertar al cliente a su medio social a través del tratamiento de sus relaciones sociales que impiden dicho objetivo. Un proceso de investigación que tiene que ir acompañado por la recopilación de la evidencia, que se traduce en datos para realizar un análisis y proceder al “tratamiento”. En reiteradas ocasiones Richmond utiliza conceptos diferentes pero que apuntan a la misma descripción de un hecho, tales como “dificultad social”, “situación social”, o “condiciones sociales desfavorables.” No termina de existir un consenso sobre cómo nombrar ese elemento que tiene que ver con el medio social en el que los individuos están inmersos. Lo que sí queda claro es que el trabajo social tendrá como principal eje de acción el “tratar” ese hecho que es *perjudicial* para el individuo y para la sociedad misma.

Otro aspecto por destacar de la aportación de Richmond a este respecto es que una vez trazadas las líneas generales para fundamentar una metodología, prosigue a insertar elementos epistemológicos y de procesos lógicos para fortalecer el carácter científico de esta nueva forma de proceder para las asistentes sociales y su futura profesionalización. Ella retomará la inferencia como eje transversal del

análisis social del trabajo social, llegando incluso a dedicar todo un capítulo del libro ya citado a esta categoría analítica. En su libro se justifica de la siguiente manera:

La inferencia, o, en otras palabras, pasar de hechos conocidos a desconocidos, equivale a un proceso de razonamiento -que nos resulta más familiar cuando consiste en llegar a una conclusión basándonos en la relación existente entre una verdad general y un caso particular (Richmond, 2005, p. 71).

Richmond no explora con mayor profundidad el concepto tal cual, sino que nos ayuda a entenderlo a través de ejemplos, en ello se pone en evidencia que la inferencia es la habilidad que debe desarrollar la asistente social a través de la observación, conectar los *hechos aparentes* con los *hechos reales*, actualizándolos con un proceso de cuestionamientos y análisis de evidencias factuales. El objetivo de Richmond es lograr que a través de la inferencia se logre la elaboración de leyes para la disciplina, siguiendo la línea del positivismo de Comte:

Cuanto mayor es la experiencia del trabajador social en la formulación de reglas más o menos permanentes, mayor es la variedad de hipótesis que, gracias a dicha experiencia, podrá elaborar y, por consiguiente, más probabilidades tendrá de acertar con dichas hipótesis (Richmond, 2005, p. 79).

¿Será posible extraer de los ejemplos citados en el capítulo y en el resto del libro hipótesis generales? No debemos olvidar la influencia del positivismo en las ciencias sociales de la época, cuando aún se pensaba que éstas podían encontrar leyes generales al igual que en las ciencias naturales, por lo tanto, para los autores que siguieron esta línea si las asistentes sociales pudieran recopilar sus diferentes experiencias y a partir de ahí formular reglas “más o menos permanentes” entonces darían paso a la profesionalización del quehacer del trabajo social. Pero la formulación de las hipótesis va más allá de eso, porque sirven como herramienta metodológica con la cual se puede replicar el tratamiento social en casos con un alto nivel de similitudes. Esto no es tarea de una sola persona, y Richmond (2005) da un indicio de la necesidad de abrir un campo de investigación para la nueva disciplina.

Más allá del establecimiento de una serie de hechos necesarios, la realización de una inferencia de este tipo puede serles útil a aquellos que poseen o han adquirido el conocimiento indispensable para efectuarlas, ya que estas inferencias constituyen un instrumento que puede llevarnos desde unos pocos hechos conocidos sobre un cliente a algunos de los muchos que nos son desconocidos, existentes siempre en la dificultad social de una persona, así como un método para guiar nuestra investigación por un sendero fructífero (p. 81).

De tal forma que el trabajo social para consolidarse como una disciplina debe de ir a explorar esos terrenos de lo que no nos es conocido aún. El poder explorar e ir en busca de esos horizontes de conocimiento a través del método propuesto inauguraría un nuevo campo de conocimiento para la ciencia social. Este nuevo campo tendrá como particularidad el querer tratar las dificultades sociales de los individuos en beneficio no solamente de ellos, sino de la sociedad misma. Esta nueva metodología, sin un proceso de investigación continuo no encontrará la forma de transitar por esos “senderos fructíferos”, en palabras de Richmond.

Finalmente, con respecto a la prueba de falibilidad que pudiera tener esta metodología se presentan los errores que podría cometer la asistente social al momento de estudiar la realidad social:

Los riesgos relativos al proceso de pensamiento pueden materializarse en cuatro formas distintas: puede tratarse de una regla general errónea, un caso particular erróneo, una analogía errónea o una relación causal errónea.” (Richmond, 2005, pág. 81)

Y es, sin duda, ésta la forma de abordar y pensar las acciones que hasta ahora eran intuitivas, con un carácter científico y sus respectivos lineamientos. El situar los errores que ella cataloga como de “proceso de pensamiento” afianza al trabajo social como una disciplina con características epistemológicas propias. De esta forma se sientan las bases para evitar un error de construcción en las ciencias sociales, que señala Habermas (1988):

El postulado de la neutralidad valorativa testifica que los procedimientos empírico-analíticos no pueden darse a sí mismos razón de la referencia práctica en que

objetivamente están insertos... Y sólo entonces cobran éstas poder sobre una teoría que cae víctima de la práctica porque con su apariencia de autonomía pretende burlarse de un nexo en realidad indisoluble.” (p. 43)

Y es precisamente el nexo profundo que se intenta construir entre una referencia práctica ya existente en la que la disciplina está ya inserta y de la cual no se puede deslindar, desde la que construye aceptando sus límites y las brechas que la separan de la medicina, la psiquiatría y otras profesiones. El trabajo social en su configuración tradicional está evitando ser vista como una práctica o un quehacer deslindado por completo del análisis teórico, y al mismo tiempo evita caer en el otro extremo de la sola especulación teórica.

La metodología de Brown, citada a continuación, no tiene tanto de teórico como Richmond, pues se enfoca más a las características de la vida rural, de los individuos que viven en dicho ámbito y el cómo formar comités organizativos, mejorar la tecnología productiva a través de la información y capacitación y la formación de cooperativas, aunque esto también se toca de manera escueta. Uno de los párrafos del capítulo dedicado al programa rural resume en gran parte el sistema general que propone la autora para los casos particulares:

La trabajadora social de casos, con su conocimiento de los problemas que afectan la vida de hombres, mujeres, y niños que buscan su ayuda, y a través de las visitas domiciliarias en cada parte del condado, tiene una oportunidad sin precedentes para discernir las fortalezas y debilidades del programa comunitario y para medir la extensión con la que promueve la riqueza de los individuos. Su trabajo de caso revela las necesidades de la comunidad, acumulando datos convincentes... (Brown, 1933, p. 29).

En resumidas cuentas, los casos presentados a lo largo del libro siguen la misma forma y tienen trazados pasos similares que es el de la investigación del entorno y el estudio de casos de los miembros de la familia. Para ello, la visita domiciliaria se vuelve imprescindible, para posteriormente proceder a la elaboración de una forma de evaluar la situación, el discernimiento de fortalezas y debilidades y se vuelve al tema de las necesidades, que como ya se ha visto, son variadas y a veces no del todo delimitadas con respecto a la competencia de las trabajadoras sociales.

Según Brown si se revelan las necesidades comunitarias entonces hay tierra fértil para que la trabajadora social pueda comenzar a construir un programa rural comunitario desde el cual atender los problemas a los cuales se enfrentan los individuos y la comunidad. Brown no da un método exacto o algún instrumento particular para la acumulación de los “datos convincentes”, ni tampoco es tan detallada como Richmond al momento de plantear cómo se utilizarán esos datos, o las facultades del pensamiento que se requieren para discriminar la información. Lo que sí hace es sentar algunas pautas sobre el comportamiento o la actitud del profesionalista frente a las situaciones con las que podría enfrentarse en la práctica. Vale la pena mencionarlas, tomando en cuenta que la autora revela que para ella la actitud cognitiva y epistemológica no tienen tanta importancia al momento de discernir lo que el mundo social presenta ante los ojos de quien observa, sino más bien la cuestión práctica tiene primacía por sobre este tipo de reflexiones:

La trabajadora de caso debe tener una personalidad extrovertida, perspicacia y visión. Debe ser ingeniosa, sensible a las personas o situaciones, y capaz de adaptarse a ellos [*los individuos que apoya*]. Debe tener buen juicio, sentido común, paciencia, y un buen sentido del humor, así como excelente salud física.” (Brown, 1933, p. 69)

Brown nos ofrece una visión muy práctica del trabajo social de casos en el espacio rural, y aunque son pocos los indicios que da sobre un sustento epistemológico, nos brinda categorías nuevas, por ejemplo, la necesidad y el discernimiento. El concepto de necesidad tendrá una resonancia muy fuerte dentro de la construcción de la disciplina, a tal punto que se hable de necesidades y problemas sociales como un conjunto hoy día.

En contraposición a ello, también su discurso fomenta los estereotipos que se construyen alrededor de la disciplina en tanto las diferentes formas de ser, tales como la “sensibilidad”, la “capacidad de adaptarse”, la “paciencia” y una “personalidad extrovertida” como elementos con los que hoy día trabajo social podría ser asociado. De ninguna manera es ella quién inaugura esta visión, pero la refuerza en el momento en el que lo ve como parte integral de la forma de proceder

de la profesión al momento de atender los problemas sociales de individuos y comunidades, en detrimento de una actitud o visión científica, profesional.

Este camino que comienza a trazarse en el ámbito institucional tendrá repercusiones futuras. La dificultad de definir la especificidad del trabajo social y la aún mayor dificultad de desapegarse de las prácticas institucionales que comienzan a ocupar un papel privilegiado por sobre la autonomía de acción de la profesión, es una de ellas. El discurso del trabajo social tradicional, en sus primeros intentos de dar cabida a una forma propia y específica de nombrar la realidad social y de encontrar métodos y formas de aprehender la práctica cotidiana, influirá sobre la manera en que aún hoy nos debatimos por encontrar el cómo hacer un trabajo social cada vez más independiente.

En síntesis, con lo anteriormente expuesto se ponen de manifiesto las principales características de la configuración tradicional: un importante énfasis en el estudio del individuo y su relación con su entorno inmediato. Los objetivos dirigidos al individuo varían de autor en autor, pero lo que sí queda claro es que los individuos a estudiar tienen *dificultades, problemas o patologías sociales*. Aunque con variadas maneras de expresarlo, todas apuntan hacia un mismo objeto de intervención, mas no siempre se aclara la manera hacerlo. El individuo se concibe siempre en una situación social desfavorable, o *anormal* que afecta su funcionamiento en sociedad.

Es en este sentido que trabajo social tiene la tarea de ayudar, alentar, desarrollar al individuo para que supere esa condición. Pero para ello se necesita no solamente de las buenas intenciones, sino de un apoyo teórico y metodológico propio. Queda claro que por ser una disciplina de reciente creación esto se vuelve necesario, pero los autores en mayor o menor medida tienen conciencia de que no basta con retomar las teorías de las ciencias sociales tal cual. Hace falta comenzar a utilizar dichos conceptos -pues aún no se visibiliza la necesidad de un lenguaje propio- para poder construir la disciplina. En esto no hay dificultad, pues el estudio del individuo, para la temporalidad histórica en que los textos fueron escritos, ya cuenta con un avance significativo en la antropología, la sociología, la psicología y la

psiquiatría. La adaptabilidad discursiva no genera un problema mayor y su comprensión y razón de ser se justifica con facilidad.

La problemática real surge al momento de pensar el método. Se sientan las bases epistemológicas con relativa facilidad: la objetividad, la falibilidad, la rigurosidad, la recolección de datos, el contraste de los mismos con lo que observamos, etc. Pero ¿qué hacer con aquellas variables? La metodología es un asunto que ha quedado entre la intuición y la apreciación empírica superficial, y que se desarrolla especialmente con el ejemplo y la analogía. Por ello Richmond evidencia su preocupación de que no basta quedarse en el estudio del individuo, sino que el trabajo social y sus métodos debería ser también objeto de investigación de los propios trabajadores sociales. Esta tarea no termina de concretarse. Se hace un intento por explicar las maneras de proceder, la justificación de porqué se decide ir en tal o cual dirección, sin embargo, muchas de esas vías siguen siendo fuertemente influenciadas por otras disciplinas a tal punto que en muchas ocasiones se desdibuja la centralidad del trabajo social.

Brown (1933), por ejemplo, pone mucha atención al rol de los líderes en la comunidad rural y la necesidad de hacer del trabajo social un *líder comunitario*, dejando de lado por un momento la profesionalización del trabajo social. Para ello desarrolla un planteamiento -que retoma fundamentos de la psicología y la sociología- sobre lo que significa el liderazgo, pero esto no encuentra su relación con el trabajo social, ni la pertinencia para el profesionista para su quehacer²⁴. Fink pone demasiada atención a la operatividad, más que a la construcción y la autonomía del quehacer. Gaona por otro lado ofrece definiciones para comprender el primer momento del que hemos hablado: análisis del individuo y la sociedad, así como las relaciones que en esa dinámica se construyen, pero se presuponen los medios para alcanzar dicho propósito en la práctica profesional cotidiana.

²⁴ En otras palabras, se privilegia la idea de que el trabajador social puede convertirse en un líder comunitario, más allá de la importancia de que el trabajador social asuma el papel de su propia especificidad. Situación que es de suma importancia, toda vez que históricamente estas desviaciones son recurrentes, cuando el trabajador social se vuelve gestor social, promotor social, animador sociocultural o educador popular, contrario a que la gestión, la promoción, la animación o la educación sean solo vistas como actividades auxiliares de la profesión misma.

En este sentido, no hay duda de que se está construyendo una práctica que da respuesta a la situación del individuo en su medio, con todo lo que ese análisis implica: comprender al individuo, el análisis de la sociedad, del momento histórico, de las necesidades humanas, etc. Desafortunadamente ello no se ve reflejado en los textos analizados, salvo como un recurso narrativo para sustentar la necesidad del estudio individual y social. Ello marcará en otras configuraciones un espacio privilegiado de estudio para la creación de metodologías propias, que no dejen al trabajo social en la etapa del simple análisis y la práctica operativa.

Como se mencionó al principio, aún en el presente encontramos algunas de estas problemáticas de construcción epistemológica en la profesión que son de contenido y no de forma. También hay corrientes de pensamiento que han optado por continuar con las prácticas que se muestran en los textos tradicionales, aun cuando su discurso se construya desde otro espacio. La misma configuración posibilita este tipo de actitudes, al presuponer que el análisis y las conclusiones sobre los individuos y la sociedad que los contiene, es suficiente para una metodología *ad hoc*.

1.3 Referentes teóricos

En relación con los referentes teóricos, la influencia más fuerte de esta configuración podemos ubicarla en el positivismo y en el funcionalismo, especialmente a partir de los postulados de autores como Comte, Durkheim y Spencer. Comte establece que el positivismo debe incluir como régimen de conocimiento sólo el saber científico como normatividad metodológica, en un modelo lógico estructural. Con ello el autor quería apartarse de la visión filosófica especulativa y teológica que caracterizó a gran parte del pensamiento humano -al menos en Europa- hasta este momento histórico (1980, pág. 41). Para el caso del Trabajo Social, encontramos los planteamientos de Richmond en el intento de establecer una normatividad metodológica para el Trabajo Social, con una clara influencia de dichos postulados. ¿Cómo se refleja la preocupación de la autora por establecer dicha rigurosidad metodológica y lógica estructural a la luz del espíritu positivo de Comte? Por una parte, tenemos asociaciones religiosas que manejan el

discurso de la asistencia al pobre, al necesitado, al desvalido, a la viuda, etc.²⁵ Sin embargo, Richmond busca establecer un método científico y laico que sustente lo que las asistentes sociales realizan como labor social. Dicho sea de paso, puede ser que este discurso religioso de las asociaciones en las que las asistentes sociales se formaban diera paso a la confusión de que la profesión “nace” a partir de la caridad y la filantropía. Por un lado, existe una práctica empírica independiente de las corrientes científicas del momento; de otro lado tenemos a una trabajadora social que, recuperando las teorías sociales de su época busca sustentar la práctica que ya se realiza. La intencionalidad de Richmond no se agota ahí, en tanto que además de describir lo que ya sucede, aporta otros elementos para aumentar los alcances de la profesión como se dijo antes.

Con respecto a lo teórico, el planteamiento positivo ve a la ciencia como el régimen definitivo de la razón humana. Richmond, en esa tónica, pretende que la metodología, expuesta tanto en *Diagnóstico Social* como en *¿Qué es el trabajo social de casos?*, cumpla con la exigencia del positivismo de contar con una estructura lógica de pensamiento, guiada por la razón, y también la búsqueda de leyes “casi permanentes” (Richmond, 2005). La subordinación del trabajo social al método científico tiene su correlación con esta idea. Al mismo tiempo, la insistencia en buscar evidencias y correlacionarlas para tener un diagnóstico social completo, es el preámbulo de la consolidación del método científico que retomará nuestra disciplina.

Otra idea fundamental del positivismo de Comte es la del “orden y progreso” como ejes fundamentales para la aplicación social del espíritu positivo. En este punto se debe ser cuidadoso. La intención adaptativa del individuo, tanto en Richmond como en Fink, tendientes al desarrollo personal, es cercana a esta idea, pero no necesariamente imita irreflexivamente ambos ejes. Veamos lo que escribe Comte acerca de esta idea:

En efecto, por una parte, muestra que las principales dificultades sociales no son hoy esencialmente políticas, sino sobre todo morales, de suerte que su posible

²⁵ Ver Jeremías 22.3 & Mateo 25:44-46

solución depende realmente de las opiniones y de las costumbres mucho más que de las instituciones... (1980, p. 109)

Este párrafo puede esclarecer la idea que se construye del individuo, en tanto que las prácticas del Trabajo Social tradicional están enfocadas a trabajar sobre el individuo, sobre su situación moral, de comportamiento, de actitud frente a su entorno para comprender qué es, finalmente, lo que debe cambiarse. El individuo debe transformar sus hábitos para la realización de sí mismo y la superación de sus dificultades sociales. Esto tiene mucho eco en la opinión de Fink (1942) cuando habla de la autosuficiencia que el trabajador social debe construir en el individuo. Por otro lado, Gaona (1951) habla explícitamente de factores morales que hay que trabajar en el individuo para su readaptación.

Siguiendo esa misma lógica de la búsqueda de la transformación del desorden en orden, es que surge el objetivo de la readaptación. El individuo debe adaptarse al orden de la sociedad, lo cual conduce al “progreso”. Entonces el “programa social de los proletarios” (Comte, 1980, pág. 152) debe de evitar los conflictos sociales; la lucha de clases queda anulada. Las clases sociales se ven como indispensables, pero debe prevalecer la solidaridad y el altruismo. Este altruismo y solidaridad humana, propia de una moral, desde el punto de vista del espíritu positivo, como la establece Comte, es similar al altruismo y la filantropía que se le atribuye al Trabajo Social. ¿Por qué es así? La profesión comienza con esta labor social altruista y solidaria, tendiente al orden y a evitar el desorden, para alejar a la sociedad de la *involución*. He aquí otro indicio, que, como hipótesis, señala los orígenes de que la carrera se construya -en el imaginario social- desde el mero altruismo. Lo que sí puede verse con más claridad es que la intencionalidad de la disciplina tiende a la propuesta de Comte:

Esta solidaridad que se impondrá sobre los egoísmos individualistas, tanto del capital como del trabajo, establecerá una alianza pacífica, acabando con la fuente de luchas y hostilidades (Fernández y Comuzzi, 2007, p. 23).

¿Qué consecuencias tiene esto? Tenemos por un lado una disciplina que recién comienza a construirse, bajo los lineamientos del espíritu positivo, la búsqueda de

rigurosidad y de una estructura lógica-metodológica, pero bajo la idea del orden y del progreso. Un progreso que, dadas las condiciones del crecimiento de la industria en tiempos de Richmond, se ve como indispensable para el avance de la humanidad. Las dificultades sociales derivadas de este progreso se tornan secundarias, y entonces es necesario readaptar a aquellos que tienen dificultades en sus relaciones sociales. Richmond ilustra a esta población en su libro *¿Qué es el Trabajo Social de casos?* cuando ejemplifica: una niña desadaptada, una pareja que no logra comprenderse, huérfanos, una viuda que tiene problemas con su hijo, y una anciana que no tiene buena relación con su familia. Brown (1933, p. 20) sigue la misma línea, cuando habla de la deserción, la delincuencia, conflictos entre marido y mujer y su relación con los hábitos y los comportamientos individuales y familiares. Ello da cuenta de la contraposición que existe entre el estudio individual de los casos y el análisis de la sociedad como un todo. La mirada está puesta sobre las partes, pero no sobre la sociedad en su conjunto, y la relación entre ambas es tratada como un tema secundario.

Otro punto relevante es el rechazo al empirismo como guía de la acción del trabajo social. Esta preocupación se ve reflejada en los libros de Richmond que, aunque describe casos particulares, intenta encontrar las similitudes que permitan a los profesionistas tener una metodología en el trabajo social de casos y ello va en sintonía con los objetivos del positivismo:

...aclara que reconocer la importancia esencial de la observación empírica no significa lo mismo que apoyar al empirismo, en la medida en que éste se queda en una estéril acumulación de hechos sin guía teórica, ya que ésta es básica para la investigación sociológica (Fernández y Comuzzi, 2007, p.19).

La empresa que mueve a Richmond es precisamente evitar que la disciplina caiga en el empirismo. Otros autores como Brown o Fink no escapan por completo a esta situación, en tanto que sus libros son descriptivos de situaciones y casos particulares, más que del desarrollo de un método o una guía teórica. La influencia del discurso religioso sigue siendo fuerte, y el laicismo de Richmond no encuentra el mismo eco en todos los textos. La rigurosidad que la caracteriza la hizo explicitar

las dos maneras de abordar el diagnóstico social a través de la deducción y la inducción. Siendo el trabajo social una disciplina que se ha apoyado en la experiencia, es momento, entonces, de utilizarla para derivar de ello una conclusión científica de la situación social del cliente. Esto concuerda con la visión de Comte sobre la ciencia positiva, en interpretación de Stuart Mill:

El Método adecuado a la Ciencia de la Sociedad, tiene que ser en sustancia, el mismo que en todas las demás ciencias: la interrogación y la interpretación de la experiencia, mediante el doble proceso de Inducción y Deducción. (Stuart Mill, 1972, p. 107)

Por otro lado, tenemos también la fuerte influencia del funcionalismo de Durkheim en la construcción disciplinar. Primero, en tanto que los hechos sociales se ven como objetos, poniendo así el énfasis epistemológico sobre la cuestión de que, al ser objetos, deben ser estudiados bajo los mismos lineamientos que las ciencias naturales establecen para sus objetos de estudio. La evidencia social es tratada en Richmond como un hecho del que se pueden extraer conclusiones y correlaciones que arrojen luz sobre la naturaleza de la situación del cliente. La relación del investigador con el sujeto no queda del todo clara. ¿Se está cosificando al cliente, en tanto que se le ve meramente como un objeto de estudio pasivo del que se extraen evidencias? Con Brown (1933) es muy claro que el reincorporar al cliente a su situación de trabajador productivo -en tenor con la idea de orden y progreso- empalma con esa misma idea, así que no se habla mucho del “cliente” en otros términos. Lo mismo en el caso de Fink (1942) que piensa en la autosuficiencia del cliente en términos relativos al trabajo y la beneficencia pública. El hecho social como Durkheim (2016) lo define se construye en los siguientes términos:

Cada individuo bebe, duerme, come y razona, y la sociedad tiene el mayor interés en que estas funciones se ejerzan regularmente. [...] He aquí, entonces, maneras de actuar, de pensar y de sentir que presentan la importante propiedad de existir independientemente de las conciencias individuales (p. 23).

En este sentido se da primacía a las opiniones y las costumbres, al igual que lo hace Comte. La naturaleza de estos comportamientos son para Richmond hechos

que vale la pena estudiar y desentrañar a fin de comprender la naturaleza de los mismos, pero, sobre todo, el cómo constituyen la raíz de los problemas sociales del individuo. Durkheim admite que la sociedad en este sentido tiene un poder coercitivo sobre los individuos en tanto que busca mantener cierta estabilidad o armonía social tendiente a la normalidad. Es interesante pensar que los autores de esta configuración no reflexionaron si su acción era coercitiva en tanto buscaban reintegrar al sujeto al medio social, tal como la sociedad es coercitiva al modelar los comportamientos individuales, en la visión de Durkheim.

Otro punto en el que ahonda el autor es en el de tratar los fenómenos sociales como datos que pueden ser captados por medio de la observación (Durkheim, pág. 38). La evidencia social propuesta por Richmond encuentra aquí eco, dado que ella sostiene que la observación de la evidencia aportada por el cliente es lo que permite hacer un diagnóstico social sobre su situación. El cliente aporta datos que son organizados y clasificados por el profesional para hacer su intervención. Gaona (1951, pp.28-29) lo describe casi en los mismos términos y con los mismos conceptos que dicho autor. La disciplina se funda en esta concepción científica positiva²⁶ que privilegia el uso de la observación y los datos empíricos. La particularidad y el aporte de Richmond será el llamarle *evidencia social*, para configurar así toda una manera de recoger e interpretar estos datos.

Esta búsqueda de evidencias se refleja muy bien en la reflexión de Stuart Mill sobre el positivismo de Comte:

El comienzo de cada investigación consiste en reunir conjuntamente hechos sin analizar, atesorando las generalizaciones espontáneas como se presentan a la sagacidad natural. (Stuart Mill, 1972, p. 70)

La reunión de esta evidencia y la extracción de las generalizaciones espontáneas concuerda con los pasos lógicos propuestos por Richmond en *Diagnóstico Social*. El ordenamiento de las generalidades extraídas de la evidencia, para una disciplina

²⁶ Es importante no confundir aquí la idea de una etapa pre-científica o técnica derivadas del asistencialismo religioso. El fundamento del trabajo social es desde un principio una iniciativa científica positiva. La influencia de algunas terminologías religiosas debido al acogimiento que las asistentes sociales recibieron en dichas instituciones no significa que una etapa pre-científica o un origen filantrópico exista como tal.

de reciente aparición, requiere de una actitud epistemológica bien fundada, y en el caso de la presente configuración, será el positivismo el que aporte esta manera de proceder. Las autoras de esta configuración, incluyendo a la misma Richmond y a Brown, hablaron de ello en términos de las habilidades o cualidades *innatas* de la trabajadora social al momento de hacer la intervención con el cliente.

¿Qué datos son los que se buscan? La situación social y la personalidad del cliente (Richmond, 2005) que incluye sus hábitos, sus preferencias, sus creencias, etc. Todo esto se enmarca en lo que, desde el punto de vista del espíritu positivo, es parte del organismo social. Es lo que lo compone, lo que lo nutre y le da vida, así como en Durkheim, que lo sitúa como hechos sociales, es aquello que se manifiesta visiblemente sobre la sociedad. Finalmente, lo que se quiere lograr es el poder “armonizar eficazmente sus exigencias sentimentales con la previsión racional y construir, por ello mismo, una humanidad orgánica sin conflictos” (Kolakowski & Leszek, 1993, pág. 91). ¿No es precisamente ésta la intención de Fink cuando pretende que el trabajador social se acerque a los trabajadores para hacer de ellos sujetos independientes y autosuficientes? (Fink, 1942, pág. 359). El sujeto sentimental, incapaz de guiar su vida, generador de sus propios problemas o situaciones sociales, requiere de una perspectiva y previsión racional que le permitan dar solución a los mismos.²⁷

Por ello, para el positivismo la sociedad es más que la suma de sus partes. La sociedad se considera una entidad supra-individual en donde se trabaja con el individuo, pero no es él el protagonista ni la prioridad, sino la conservación del orden social vigente. El individuo puede convertirse en un obstáculo para la misma sociedad y por ello requiere intervención. La intervención es para el individuo, pero también lo es para la sociedad. Entre todos los males sociales que se han generado, hay que reconstruir esa entidad social abstracta que es la sociedad y convertirla en una sociedad orgánica y racional (Kolakowski & Leszek, 1993, pág. 70) Para Comte, especialmente, pensar una sociedad orgánica y racional significa que hay aplicaciones sociales, a partir de las conclusiones que derivamos con la

²⁷ Ver Richmond en *Trabajo Social en Caso Individuales* p. 69, 89, 149.

razón sobre lo que es la sociedad (Kolakowski & Leszek, 1993, pág. 78). No es de extrañar, que la disciplina comenzara por configurarse desde la necesidad de intervenir socialmente y no sólo dedicarse a la reflexión teórica, por lo que esta última fue dejada a los teóricos de las ciencias sociales, y trabajo social se sirvió de estas de la mejor forma que pudo, a fin de “aplicarlas” en su quehacer.

Para concluir, la influencia de Spencer sobre la terminología y la construcción de la relación individuo-sociedad es fundamental para terminar de comprender la influencia de las ciencias sociales en la configuración tradicional del trabajo social. Ideas como la de organismo social, equilibrio, adaptación y medio social, parecen derivar de las ideas del autor mencionado. No podemos asegurar si los autores tomaron los conceptos directamente de Spencer o llegaron a ellos por mención o interpretación de otros autores o personas, ya que esto no se hace explícito. Sin embargo, la coincidencia es alta como para ignorar la influencia que pudo haber tenido esta teoría sobre la configuración tradicional.

Esto tuvo sin duda una influencia decisiva también en la manera de intervenir, en donde lo importante era “disciplinar” al individuo, aunque no se entendiera de esa manera, para lograr que encontrara el “equilibrio” entre su medio y la sociedad en la que estaba inmerso.

La influencia de la biología en Spencer es lo que lo lleva mirar un símil entre la sociedad y el hábitat natural de los animales. Para él, es importante comprender las leyes a que está sujeto el hombre para comprender cómo estas influyen en la sociedad que reproducen.²⁸ Repetidamente, los autores de trabajo social hablan de la necesidad de comprender al individuo en su propio medio social, la influencia que este tiene y cómo adaptar al individuo de nuevo a su medio. La idea de adaptación y medio tienen una fuerte influencia de Spencer, un elemento fundamental en él es la idea de que el progreso social requiere de un proceso de adaptación del individuo, dado que la sociedad es creada por sus unidades

²⁸ Ver Richmond en *Trabajo Social en Caso Individuales* p. 12, 62, 67. Ver Gaona en *Introducción al Estudio del Trabajo Social* p. 2,3,8,9,28,29. Ver Fink en *The field of social work* p. 415.

(individuos) y que la naturaleza de su organización está determinada por sus unidades (Rumney, 1978).

No es de extrañarse, por tanto, que en esta primera configuración se le diera tanto peso al individuo con relación a la sociedad en la que habita, y no tanto a la sociedad en sí misma. El individuo que es investigado como una unidad social, es estudiado para encontrar la mejor forma de adaptarlo de nuevo a su propio medio, y de esta forma superar su dificultad social.

La configuración del Trabajo Social Tradicional, criticada fuertemente durante la Reconceptualización, se plantea desde un principio el reto de constituirse siguiendo los postulados del positivismo con Richmond pues ¿de qué otra manera podría hacerlo si no era bajo los lineamientos de lo que en ese momento se consideraba “la ciencia” para explicar la sociedad en su conjunto? La necesidad de buscar un método propio, de pensar en la manera de utilizar la deducción y la inducción para, a partir de ello, extraer la información necesaria para intervenir, son algunos de los elementos que caracterizan a la configuración con relación a la ciencia social.

Esta mirada planteó varios problemas que no pudieron ser asumidos en su momento. Por un lado, la cosificación del sujeto social, como un objeto de investigación, el considerar su ambiente social como un hábitat casi natural al que tenía que adaptarse. Al mismo tiempo, la necesidad de construir al sujeto cosificado en un ente racional, que fuera capaz de comprender que la sociedad es un organismo social de orden, con leyes que rigen su buen funcionamiento y el hecho de pensar que las causas de sus “dificultades sociales” están en él -como individuo- y no tanto en la sociedad en la que vive.

Esta lógica, de situar al “cliente” como objeto, tiene una serie de implicaciones de acercamiento del profesional con el sujeto con el que se da la intervención, que lo sitúa en un papel pasivo. Su pasividad reside en que, al igual que como hace la ciencia tradicionalmente, el individuo se ve limitado a ser una simple fuente de información para el profesionalista y se le estudia en cuanto tal.

Otro tema relevante es que, a raíz también de la influencia médica, se tiende a *patologizar* al individuo, en tanto que sólo se le ve como portador de problemas o afecciones sociales que no le permiten su libre desarrollo en la sociedad. En esta primera etapa, se piensa de manera esquemática y reducida, tan sólo en las necesidades y los problemas sociales que un individuo y su entorno más inmediato puede tener. Este hecho, se ve aumentado por la tendencia de la ciencia médica de problematizar a través de un diagnóstico y con ello dar una prescripción para dicho problema. Este enfoque limita el campo de análisis de lo social simplemente al problema individual, con todos los reduccionismos que ello implica.

El resultado fue la centralidad de la atención en el individuo. Un individuo que era leído desde otras disciplinas, como la biología o la psicología, y que por tanto la dimensión social era abordada con superficialidad. El hecho social pensado como las creencias, las costumbres, las formas de proceder con respecto a lo cotidiano centraron y focalizaron la atención en las relaciones sociales más próximas, alejadas de la visión de la sociedad como un todo más complejo.

Sin embargo, esta primera configuración de la disciplina pudo establecer una manera particular de acercarse al sujeto que otras disciplinas no tenían. Más tarde, esto situó a los profesionales latinoamericanos en la tensión subsecuente de que la manera de abordar al sujeto era insuficiente, dadas las evidencias sociales mucho más complejas que las planteadas por los autores norteamericanos y europeos. La necesidad de interpretar la información y el conocimiento que no podía ser leído desde el positivismo o el funcionalismo abrió un panorama alternativo que junto con otras ciencias sociales que se planteaban preguntas similares, dio paso al momento de la reconceptualización.

CAPITULO 2: Trabajo Social Reconceptualizado

La reconceptualización del trabajo social surge en un momento de cambio en el pensamiento latinoamericano. El cuestionamiento al lugar que ocupa nuestra región en el sistema-mundo, así como la posibilidad de pensar la realidad social desde nuestra propia región es un tema central en la discusión y los discursos que predominan en la mencionada configuración. Dicho pensamiento fue propiciado por el surgimiento de los movimientos de liberación nacional en países que vivieron las dictaduras militares apoyadas por los EE.UU. El triunfo de la revolución cubana influenció el pensamiento latinoamericano y sentó la idea de la posibilidad de la liberación de la región latinoamericana y la disminución de la hegemonía estadounidense en el continente. Aunado a ello, en el terreno del pensamiento social, económico y político comenzaron a surgir propuestas de liberación del pensamiento colonial, ejemplo de ello sería la filosofía de la liberación, la pedagogía de la liberación y la psicología de la liberación. Sin duda alguna estas nuevas maneras de pensar tuvieron un impacto en las ciencias sociales, incluyendo al trabajo social.

Los diferentes movimientos obreros, así como la llegada de las ideas del socialismo utópico, científico y el marxismo traído por inmigrantes europeos que venían huyendo del fascismo en Europa marcaron una tendencia en la praxis de diferentes movimientos en América Latina. Especialmente los postulados de los socialistas utópicos marcaron una influencia decisiva en el discurso de transformación social en la región.²⁹ (Godio, 1980)

Ello marca una clara distinción con respecto a la configuración anterior: en la reconceptualización se pasa de la centralidad en el individuo a una visión societal; los referentes teóricos se acercan al marxismo, la educación popular y algunas teorías económicas del desarrollo. Dadas estas circunstancias, hay un cuestionamiento sobre el rol y la función de la profesión al momento de realizar su intervención. Principalmente se cuestiona si la readaptación del individuo -como eje

²⁹ Al igual que en la configuración tradicional, hay líneas de investigación que vale la pena retomar, como los diferentes discursos de transformación que discurrieron en América Latina, y la influencia que pudieron haber tenido en los del Trabajo Social de la Reconceptualización.

de la intervención profesional-, no convierte al trabajo social en un reproductor de las formas de dominación social del Estado. La influencia del marxismo y los movimientos de liberación serán las influencias transversales de la mayor parte de las propuestas de la época. El esfuerzo común será el poder reconstruir las concepciones, así como el objeto de estudio y de intervención, a partir de la experiencia latinoamericana, a la par que se retoman propuestas metodológicas de la educación popular, la teoría de la dependencia y el desarrollismo, en el marco de lo cual se postuló que era necesaria una nueva forma de pensar el trabajo social. En una época donde diferentes ideologías, derivadas principalmente del materialismo histórico dialéctico, dominaban en el continente, los profesionistas del Trabajo Social pensaron pertinente reconfigurar la disciplina en aras del nuevo panorama político y social.

2.1 Objeto de estudio y objeto de intervención

En esta configuración se mira al trabajo social en un marco de actuación mucho más amplio para incidir en la realidad social. En un pasaje de Ander Egg (1972), en su libro *Servicio Social para una nueva época*, resume en pocas palabras lo que es el terreno común de un movimiento que aun hoy se aprecia en los discursos de los profesionistas:

El Servicio Social tiene una función de concientización en el proceso de promoción del autodesarrollo interdependiente de individuos, grupos y comunidades, a fin de que, por medio de su inserción crítica en la realidad y su participación activa, pasen de una situación de marginalidad a otra de integración en una sociedad global que permita la realización de todo el hombre y de todos los hombres (p. 152).

Es entonces en este nuevo encuentro entre ideas en el pensamiento latinoamericano que el trabajo social comienza a cuestionar su función social. La función será ahora no la de adaptar, sino la de concientizar al sujeto de su situación dentro de la sociedad de la que es parte y a la que pertenece. La alusión al autodesarrollo se vuelve pieza clave al enmarcarla dentro del contexto de las teorías desarrollistas de la época y, por tanto, se traspasan al trabajo social.

El trabajo social busca convertirse en agente clave para la transformación social, al menos en el discurso. Se busca cambiar la relación que el profesionista tiene con el sujeto. Se trata de evitar ver al “cliente” como agente pasivo para asumirlo como un agente activo en comunidad. Este último objetivo es, evidentemente, mucho más ambicioso que el de la configuración tradicional que buscaba “adaptar” al individuo a su medio social. Al plantearse nuevos objetivos, se requiere también de la construcción de las herramientas teórico-metodológicas para dicho fin.

La configuración generará una serie de cuestionamientos: ¿qué es la concientización? ¿cómo lograr el autodesarrollo? ¿es posible la transformación social? ¿cómo alcanzarla? ¿cómo transformar la sociedad? El cuestionamiento teórico plantea la necesidad también de cambiar las formas y las maneras, las funciones y los diferentes ámbitos donde se desenvuelve el trabajo social. Existen, por ejemplo, algunos discursos como el de Kruse (1970) que posiciona el cariz revolucionario como parte de la profesión cuando afirma:

Se comenzaron a analizar con una lupa las graves fallas del servicio social tradicional y del cientificismo aséptico y -sin salir todavía del desarrollismo- se comenzó a ver el rol revolucionario del servicio social (p. 29).

Es fácil ver como esta visión está enmarcada dentro de los movimientos de liberación, así como el impacto que tuvo la Revolución Cubana en todo el continente, pero que, sin embargo, nos hace preguntarnos sobre el sentido de la palabra “revolucionario”. Si el autor asume que el trabajo social tiene un papel revolucionario habría que preguntarse si para dicho fin se cuenta con las herramientas para cumplir con el papel asignado. ¿Con qué elementos cuenta el trabajo social que se considera que podría cumplir con un rol revolucionario? Esta es una idea que no se desarrolla completamente, sin embargo, puede asumirse que el autor comienza a visualizar la potencialidad del trabajo social, aunque quizá pierde de vista que el proceso de transformación no puede ser tarea de una profesión.

Otros autores como Kisnerman darán más peso a la dimensión científica del trabajo social. Y es que, dado que comienzan a aparecer muchos discursos nuevos, él se

da cuenta que va quedando pendiente la tarea de encontrar las herramientas teóricas y metodológicas para que no nos quedemos en la aspiración, sino concretarla en los hechos:

Una teoría del Servicio Social como generalidad que sustenta una disciplina apunta a conjuntos significativos de hechos y fenómenos, procurando convertir en una praxis los aportes del conocimiento humano (Kisnerman, 1970, p. 52).

¿De qué hechos y fenómenos significativos se habla? Aquí el autor plantea que una de las especificidades del trabajo social es que los hechos y fenómenos devienen en una praxis, es decir, se asume la dimensión práctica del trabajo social. Estos conjuntos a los que alude Kisnerman irán poco a poco perfilando cuerpos de conocimiento propios de la disciplina y surge la pregunta de si será capaz el trabajo social de perfilar una teoría general que permita al profesionalista asumir su nuevo rol. Convertir la teoría en una praxis se vuelve entonces la tarea de los autores de esta configuración si quieren que sus aspiraciones para el trabajo social se materialicen. En este sentido, el mismo autor señala una de las principales debilidades del trabajo social:

El Servicio Social se ha reducido a problemas particulares de un individuo, un grupo o una comunidad; se aferró a unas pocas implicaciones teóricas, pobres para sugerir hipótesis de trabajo, y a realizaciones prácticas en áreas muy circunscriptas (Kisnerman, 1970, p. 58).

Por tanto, centrar el análisis sólo en las particularidades y olvidar las generalidades de los fenómenos sociales, es visto por el autor como un serio obstáculo para la construcción teórica. Pero si los objetos del trabajo social son más ambiciosos, si se busca concientizar, hacer crítico al individuo sobre su realidad, las “pocas implicaciones teóricas” se vuelven insuficientes. Es decir, los objetivos planteados por los autores requieren algo más que hipótesis precipitadas sobre el conjunto de fenómenos sociales con los que se encuentra el profesional en la realidad. Se perfila un “rol revolucionario” para el trabajo social, dada su especificidad en la praxis, pero Kisnerman advierte que la particularización sin teorización como eje

epistemológico, no resuelve el problema metodológico para los objetivos que se está planteando, a saber, la transformación social.

Pero no fue este el único problema, sino que en muchas ocasiones los propios trabajadores sociales no encontraban el puente que se tendía entre la teoría y la práctica, como lo plantea Kruse (1970):

La inquietud por convertir al servicio social en una ciencia ya estaba implícita en la corriente metodologista, pero la falta de capacitación de los colegas y el desconocimiento del instrumental indispensable impidieron que esa vocación se desarrollara (p. 35).

La inquietud por contar con una propuesta metodológica propia ya se veía en Richmond y Gaona, sin embargo, en esta configuración dicha inquietud centra su atención en el intento de dotar de científicidad a la misma. La intención es tomar las aportaciones del método científico y, dada la influencia del materialismo histórico, asumir que la historia y la sociedad cambian con una visión científica, no meramente utópica. Algunos de los autores manifiestan que, si no se construyen las metodologías bajo el esquema de la científicidad, el fin último de la disciplina - que se asume como la transformación social-, no se verá realizado.

Es decir, la configuración de la reconceptualización tiene como punto de partida la necesidad de un cambio interno de concepciones, conceptos y direccionalidad del trabajo social. Los autores que vieron nacer esta configuración asumieron diferentes posturas, sin embargo, todas ellas se enfatizaron en la necesidad de abandonar la visión tradicional por considerarla importada de contextos ajenos al latinoamericano.

Esto da cuenta de las diferentes categorías conceptuales que se utilizaban y que son retomadas tanto del materialismo dialéctico como de la educación popular:

En los autores brasileños no encontramos, por ejemplo, determinaciones de *ideología, colonialismo cultural, autonomía cultural y política, conciencia política, desafío existencial, relaciones de dependencia, dialéctica, alienación, sistema deshumanizante, defensa del status quo*, etc. Este es el lenguaje típico de los

uruguayos, argentinos y chilenos (Netto, 1975, p. 92).

Como se lee en la cita, aparecen conceptos como *ideología*, *conciencia política*, *dialéctica*, *alienación* y *sistema deshumanizante*. Estos conceptos son propios del marxismo y están muy alejados de los que se acuñaron en la configuración tradicional. ¿Pero cómo se retoman estos conceptos? Es decir, se hace un resumen de los postulados marxistas, pero no terminan de integrarse en las propuestas teórico-metodológicas de la disciplina. Los conceptos se disgregan como anexos o comentarios conceptuales, pero su integración es lánguida. En otras palabras, aunque se utilizan los conceptos, no siempre encuentran en los textos un desarrollo suficiente.

Son muchos autores los que explicitan la crítica a la función del trabajo social tradicional:

Durante muchos años el Servicio Social latinoamericano estuvo en paz: una práctica mimética y repetidora, reducida frecuentemente a una imitación fatua y estéril y una posición aséptica en lo ideológico y en lo político, lo mantuvo en la “dorada mediocridad” que otorga tranquilidad y satisfacción, y convida a descansar hasta la alborada del juicio final (Ander-Egg, 1972, p. 5).

Encontramos en este pasaje de Ander-Egg lo que será una constante: la crítica a un sistema que mantiene al individuo oprimido -específicamente al latinoamericano- y que requiere de un profesionalista que lo guíe hacia su emancipación. En la configuración anterior la práctica era repetidora de esquemas, y como señala Kisnerman en una cita anterior, la pobreza de las hipótesis de trabajo y la corta mirada en áreas muy específicas, así como la particularización del trabajo social de casos, impidieron un trabajo más a profundidad. La posición general de la reconceptualización será el embate contra la posición “aséptica en lo ideológico y en lo político”, lo cual llevará a varios autores a hablar del rol transformador de la profesión. Kruse (1970) se posiciona así:

...el afán científico ha ayudado a comprender que la acción profesional debe ser incisiva, eficiente, comprometida y tener como meta final un cambio social profundo (pp. 36-37).

Un “cambio social profundo” del sistema deshumanizante que aliena al individuo, se ve como el principal estandarte político de la reconceptualización. La propuesta debe ir acompañada de una acción profesional que es, evidentemente, la del trabajador social. El objetivo del trabajo social, según esta configuración, es lograr la transformación social, no ya a la manera del trabajo social tradicional sino con un afán científico que permita al profesionalista comprometerse con la transformación social.

En esta configuración constantemente se exige del trabajo social cumplir una función que sea ya revolucionaria o de transformación social profunda y que actúe política y científicamente en contra de un sistema injusto. Dada la visión del materialismo dialéctico, el individuo está en una situación enajenante bajo el régimen capitalista y, por lo tanto, el individuo no es el problema ni requiere adaptación, sino que lo que requiere la atención de la disciplina es esa estructura que subyuga al individuo ante lo cual cabe preguntarse ¿Por qué la disciplina se pone esa exigencia como propia y casi exclusiva?

Otro ejemplo de rechazo a la “neutralidad” lo encontramos en Ander-Egg, que resume la inquietud de la visión aséptica y señala que el peligro de asumir una posición neutral frente al contexto de la región latinoamericana es la pasividad y la “dorada mediocridad”.

Caracterizada esta rebelión -entre otras cosas- por el cuestionamiento a la sociedad global, al sistema capitalista en particular, y consecuentemente anti-imperialista, en todos los casos esto revirtió sobre la profesión, bajo la forma de muy variados interrogantes: ¿a quién estamos sirviendo?, ¿el ajuste que debemos hacer de los “individuos”, “grupos”, y “comunidades”, no es un modo que contribuye al mantenimiento del status quo?, ¿no somos acaso los encargados de corregir las disfuncionalidades del sistema (Ander-Egg, 1972, p. 7).

Ante esta cita, cabe preguntarse ¿por qué se piensa que trabajo social debería ser el encargado de corregir dichas disfuncionalidades? Con este tipo de retórica, se vuelven a reafirmar los estereotipos propios del trabajo social, al plantearse que la disciplina es la responsable de “corregir” al sistema, transformarlo y concientizar a los individuos. Y con ello, el cuestionamiento al sistema mismo pone al trabajo social en una posición de elección: o servimos al sistema o a los sujetos oprimidos que lo padecen. Son estas disyuntivas las que moldearán entonces el objeto de estudio y el objeto de intervención de la disciplina en esta configuración, y con ello la aparición de las nuevas categorías que se mencionaron antes. Así, se genera un entrecruzamiento entre el discurso político o militante con el discurso científico y de las propuestas metodológicas que -aunque escasas- son parte del cambio que se da en esta configuración.

La preocupación por la construcción teórico-metodológica es otro de los pilares de la reconceptualización que, aunque no termina de elaborarse con precisión, sienta las pautas para diferentes corrientes subsecuentes dentro de la disciplina. Kruse (1970) resume así dicha preocupación:

Nadie se ocupaba de poner al día los aportes de las otras ciencias a menudo más dinámicas que el trabajo social. A nadie se le había ocurrido que el marco filosófico del servicio social podía estar totalmente caduco. Y por supuesto, nadie creía -ni tampoco tenía el instrumental- que de la práctica del servicio social se podían extraer conocimientos científicos para enriquecer la teoría del trabajo social. (p. 31)

El “atraso” de la profesión con respecto a las ciencias sociales, el que no se vieran las posibilidades que ello tenía para la disciplina, es una preocupación latente.

Igualmente, afirma Kruse, no se tenía el instrumental para poder dar el siguiente paso en la construcción de un método científico como tal, y aunque se tuvieran algunas ideas y perspectivas, no era suficiente para enriquecer el legado del trabajo social que habían dejado los autores de la configuración tradicional. Estos primeros pasos hacia la cientificidad de la carrera fueron fundamentados por los autores de esta configuración, que creyeron encontrar en el materialismo histórico una de las claves para lograrlo. Sin embargo, el por ellos denominado “método

básico”, como se verá más adelante, es un regreso al positivismo como eje epistemológico en la praxis del trabajo social.

¿Pero basta con hacer proposiciones sobre cómo construir ese conocimiento para la disciplina? Kisnerman, cuyo enfoque científico es más riguroso, propone entonces sustentar el conocimiento con criterios de validez y evitar la arbitrariedad que algunas veces encontrábamos en la configuración tradicional, demasiado apegada a las particularidades:

...lo que nos brinda los tres criterios de validez sobre los que tenemos que fundamentar nuestro conocimiento: el trascendente u ontológico, toda proposición es verdadera si corresponde a la realidad; el formal o lógico, toda proposición es verdadera si el pensamiento que expresa está cargado de necesidad lógica o si se ajusta a las formas lógicas; y el psicológico, toda proposición es verdadera si está acompañada por un sentido de evidencia (Kisnerman, 1970, p. 59).

Aunque parezca obvia la propuesta de Kisnerman, no dar por hecho que todo conocimiento surgido del trabajo social es válido es el primer paso para continuar con los esfuerzos de Richmond de dar un sustento epistemológico a la disciplina, evitando así el inmediatez. Con ello se inicia la propuesta epistemológica de los criterios de verdad de toda ciencia, el peso ontológico que tienen los objetos y los sujetos que nombramos, el lógico, que es la coherencia en el pensamiento sobre los objetos y sujetos que nombramos y el psicológico que es el de la subjetividad del observador para validar lo que sus sentidos perciben. Kisnerman critica la construcción lógica lineal (causa-efecto) e indica que esta limitada visión epistemológica debe ceder paso a un análisis más complejo de la realidad social latinoamericana. Es entendible que para ello el autor construya estos tres criterios de validez, y de alguna forma, logra pasar al terreno del pensamiento lógico, sin por ello desviarse de la necesidad de que esto sirva para mejorar la manera de construir conocimiento propio desde la disciplina.

Se enfoca la atención en la manera en la que la disciplina se relaciona con el sujeto social y cómo este último se inserta dentro de la metodología del trabajo social. La preocupación de Kisnerman es evitar la cosificación de los sujetos, por lo cual, el

viraje epistemológico debe ser hacia una relación y un análisis diferente de los sujetos con los que se va a intervenir. No es ya el acercamiento tradicional de la adaptación del individuo, sino la relación del sujeto con la estructura social y el papel que éste juega en la transformación de la última:

No obstante, su teoría debe elaborarse a partir de un contacto muy directo con la gente, tratando de extraer de allí todos los elementos para su construcción y evitando usar a las personas como meros instrumentos de experimentación, lo que sería seguir usando al hombre como objeto y no sujeto, y por tanto una contradicción flagrante con nuestro compromiso por una sociedad más humana (De Young, 1970, p. 89).

El conocimiento se extrae de la intersubjetividad entre el profesionalista y las personas con las que hará su intervención. De acuerdo con los autores de la configuración, el sujeto de intervención no es un mero objeto, como podría vérselo en la configuración tradicional, sino un sujeto activo que va en pro de su liberación, de la no alienación y de convertirse en sujeto crítico. La dimensión epistémica del trato al sujeto se da de manera diferente. Se reconoce al otro con sus potencialidades, no como un engranaje más de la estructura social que debe ser “reintegrado.” Parte de la visión de la reconceptualización plantea que el discurso de liberación debe ir de la mano de una actitud congruente con dicho constructo. El riesgo se da a nivel del discurso y como éste justifica la incapacidad práctica de la disciplina, con lo cual a veces se utilizan conceptos propios del marxismo, fuera del ámbito de lo teórico, como simple recurso retórico. Así caracteriza Ander-Egg (1972) a la nueva forma de mirar al sujeto:

Nosotros proponemos una reformulación que presuponga trabajar con un hombre-sujeto, un hombre actor en el proceso histórico; en consecuencia, el objetivo final del tratamiento social no será la adaptación o acomodación, sino la integración (p. 151).

En esta configuración, como se ve, se invierte la relación individuo-sociedad. Mientras que en la primera configuración lo importante era adaptar al individuo a la sociedad, en esta segunda es la sociedad el obstáculo para el libre desarrollo del individuo. Kruse (1970) dirá que es entonces el trabajo social el instrumento

liberador del hombre. El profesionista se convierte en el “dador” de herramientas para caminar en esa dirección. Esto representa un problema, en tanto que el peso e importancia que se asigna a la disciplina es mucho mayor de lo que sus propias metodologías, hasta entonces construidas, pueden permitirle.

El objeto de intervención será entonces la comunidad que contiene al sujeto y es, además, uno de los elementos de la sociedad como un todo, que es aquella que determina al sujeto social. La estructura social oprime al individuo, por lo tanto, es necesario estudiar la mencionada estructura a fin de cambiarla, haciendo de esta el objeto de intervención, concretizado en la comunidad. Este cambio posibilitaría que los sujetos encuentren su propio desarrollo y se “emancipen”. El trabajo social sería el instrumento, el medio y el profesionista capaz de lograr esto a través de una metodología propia, que no se asemeje a la de sus predecesores norteamericanos, sino una enraizada en el contexto latinoamericano. ¿Pero qué es lo que se debe intervenir? El sujeto social aún está ahí, al igual que en la configuración anterior, pero al no buscar la adaptación al medio social, entonces surge un nuevo objeto de intervención que no se había tomado en cuenta, o al menos no de la manera en que propone la reconceptualización: debido a que la atención estaba focalizada a la adaptación del individuo, no se le había prestado suficiente atención a la estructura social como objeto de intervención. Kisnerman (1970) define el terreno de lo social, diferenciándolo del estudio de la sociedad como conjunto, lo social es entonces:

...los hechos y fenómenos que se dan en la convivencia humana, la que implica relaciones de roles, de cuyo resultado se reducen situaciones cuyo efecto obstaculiza el logro de la realización plena del hombre (p. 50).

Aunque aun tímidamente se asoma una categoría nueva desde la cual se asume un objeto necesario de ser estudiado por el trabajo social y es el de *lo social*, con sus respectivos hechos y fenómenos de la convivencia humana. El sujeto visto como un entramado de relaciones que pueden obstaculizar o potenciar la “realización plena del hombre”.

Nos encontramos también con categorías políticas donde aparecen conceptos como la alienación, la emancipación, la opresión, la desigualdad, etc. Los autores

de la época comienzan a ver la necesidad de asumirse políticamente, con el fin de construir el camino hacia la emancipación humana y la descolonización de nuestra región latinoamericana. Este fin último, sin duda, es retomado de los escritos de Marx, en donde el fin de la lucha por el comunismo es la mencionada emancipación, entendida como el fin de la explotación del hombre por el hombre. Y para ello, la disciplina ve en la comunidad el espacio privilegiado para construir al sujeto social que luchará por la emancipación de la humanidad toda. Pero para alcanzar ese objetivo hay que hacer el repaso de la profesión tal cual, en su objeto de estudio, su objeto de intervención y las diferentes metodologías y espacios del quehacer profesional, dígame caso, grupo y comunidad. La necesidad de mayor rigor científico para la disciplina genera un mayor interés por estudiar la estructura social, al sujeto desde el punto de vista del pensamiento de liberación, de los procesos de desarrollo social y económico en América Latina, etc. Todo ello anclado al reconocimiento del sujeto como constructor de su futuro y de su propia historia, así, se establece que el fin último de la intervención del trabajo social es la emancipación a través de la transformación social.

2.2 Metodología

Como se ha mencionado con anterioridad, la nueva visión del trabajo social requería también una manera distinta de entender su metodología. La cuestión por el método tenía que construirse con la misma visión teórica y epistemológica que propugnaban los partícipes de la reconceptualización. López (1971) lo expresa de la siguiente manera:

...la intencionalidad histórica del servicio social en cuanto a trabajar con un hombre concreto y total, requiere que en los planes de estudio no sólo figure una lista polivalente de materias, sino que éstas sean enseñadas por verdaderos especialistas que impartan sus contenidos en el nivel científico que corresponde a una profesión universitaria, cosa que al parecer comienza a ocurrir en algunas Escuelas de Servicio Social... (p. 10).

La formación de los nuevos estudiantes tenía que construirse sobre esta nueva visión que incluiría la nueva metodología para el trabajo social. Vemos aquí la

necesidad de fundamentar dicha metodología en conjunto con un método científico y no simplemente en imitación de algunas técnicas derivadas del psicoanálisis o la atención médica inmediata. Algunos autores expresarán la preocupación de que las diferentes propuestas no devengan en múltiples metodologías que terminen por confundir al estudiante o al profesionalista. Kruse (1970b) lo resume así:

El asistente social, como tecnólogo social, durante su formación profesional recibe una pluralidad de conceptos parcelados, que, si desea que le sean útiles como marco referencial para su acción profesional debe reunir en una unidad conceptual (p. 27).

La construcción conceptual, la unificación del método, dará al trabajo social su especificidad como una disciplina distinta de las demás. El marco referencial para su actuación como quehacer profesional será uno de los logros de la reconceptualización, dado que en la configuración anterior tan sólo se tenían algunas propuestas dispersas y centradas en técnicas del psicoanálisis. La búsqueda de la científicidad genera la necesidad de un método propio para la intervención. Para Kruse (1970b) el papel del análisis marxista es central:

...el marxismo nos ayuda a comprender cómo y por qué el servicio social, que se ha convertido en un fetiche, necesita ser des-sacralizado. Estamos adheridos a métodos creados para servir en una sociedad dada y en un momento histórico preciso y nos negamos a pensar en posibilidades nuevas o distintas para el servicio social (p. 50).

Desde este punto de vista la propuesta del “método básico” responde a la intencionalidad de dejar atrás la falta de un método científico para la disciplina del Trabajo Social. Durante esta configuración el mencionado método abarca en su presentación mínima la etapa de la investigación, el diagnóstico, la planificación, la ejecución y finalmente la evaluación. Algunos autores señalarán estos momentos de la metodología de la disciplina, como lo manifiesta López (1971):

...el plan es producto de arte y ciencia simultáneamente, y que el tratamiento, como realización del plan, es la práctica que sirve para evaluar el arte (técnica rutinaria y diseño) y verificar la teoría científica (incluyendo la suya propia) (p. 28).

La planificación es para el autor la principal actividad del “método básico”, desde donde podemos reconstruir la direccionalidad en la profesión y al mismo tiempo verificar el impacto desde un punto de vista científico. Se pone de manifiesto la metodología básica de la ciencia, de experimentación, conclusiones y reconstrucción teórica. El énfasis que busca legitimar la validez científica del “método básico” se visibiliza en un párrafo posterior al citado:

... el planificador en la prestación de servicio a un “cliente” debe contribuir simultáneamente a la *verificación* de teoría científica, a la *observación significativa* de fenómenos que se quieren explicar, y a la *formulación de hipótesis*... (López, 1971, p. 30)

De esta manera la verificación sirve como sustento en el proceso. Dado que la investigación es el momento propicio para la observación significativa de fenómenos sociales que se explican pero que también sirven para hacer un diagnóstico del tratamiento que el individuo, grupo o comunidad requieren y que derivarán en la construcción de un plan. Dicho diagnóstico se acompaña de una hipótesis sobre el tratamiento para que después de su ejecución se evalúe la eficacia en la planificación.

La característica singular del “método básico” viene dada también por el peso que se le da al cumplimiento de fines, dentro del cual éste es un medio para acercarse a la etapa de intervención con un enfoque desde la crítica al Trabajo Social Tradicional.

La orientación de la investigación en planificación se hace en función de la explicación de posibles situaciones futuras, y la orientación del diagnóstico en planificación lo proporciona el marco de referencia socio-político en virtud del cual se observa, no tanto para explicar, sino para predecir y comparar las posibles situaciones futuras con situaciones “mejores” (López, 1971, p. 78).

Entonces, se piensa que la metodología de la configuración puede no solo dar un marco explicativo sobre la situación social, sino que además tiene la intencionalidad de analizar el contexto socio-político en el que se inserta el sujeto social con el que se va a intervenir. La referencia socio-política juega el papel en la

planificación, en tanto que está dirigida a la transformación de la estructura social y no la readaptación individual. La planificación así esquematizada busca oponerse a la estructura social que, de acuerdo con lo descrito en páginas anteriores, es alienante, deshumanizante, colonialista, etc.

Otro de los elementos relevantes de la investigación y el diagnóstico es explicitado en un par de textos donde se identifican las necesidades sociales como punto de partida para la observación y el diagnóstico. Entender la necesidad no es una tarea sencilla y aparecen algunos conflictos al momento del abordaje. Hay que ir con cuidado al momento de analizar la manera de hacer investigación, y sobre qué hacerla, pues algunas veces la dificultad será la manera en que se tiende el puente entre el individuo y la estructura social que se quiere transformar.

¿En qué sociedad vivimos, qué problemas tiene, cómo podemos enfrentar viablemente las causas de esos problemas, quién es el hombre con el cual trabajamos, cuáles son sus necesidades, cómo podemos establecer una comunicación con él, en qué términos vamos a relacionarnos con él? (Kruse, 1970b, p. 53).

Las preguntas que plantea Kruse son dignas de considerarse al momento de hacer la investigación y el diagnóstico. La planificación y ejecución como momento privilegiado de la intervención caminarían a ciegas sin la adecuada mirada y abordaje del problema. ¿Qué problemas y necesidades tiene el “hombre” con el cual se trabajará? ¿A quién va dirigida la intervención? Habíamos observado la importancia que se dio a la transformación de la estructura que somete al individuo e impide su liberación, pero entonces tendríamos que acercarnos a dicho individuo para conocer sus problemas y necesidades dentro de esa misma estructura para “establecer una comunicación con él”. La relación entre el trabajador social y el sujeto se verá reflejada en la manera de investigar y el diagnóstico que se hará de los problemas y las necesidades sociales.

La manera de hacerlo variará conforme a la visión de cada autor. Por ejemplo, Kruse (1970) propondrá que es importante concientizar y educar como condición necesaria para lograr la transformación social. Por lo cual la planificación debería

estar subordinada a este proceso de concientización y educación. Una vez identificadas las necesidades y los problemas sociales, hay que analizarlos, organizarlos en categorías y buscar cómo atenderlos, pero siempre a la luz de una transformación social y estructural de largo plazo.

Por otro lado, López se alejará por un momento tanto del tema que dirá que el objetivo final del ser humano es el amor y la belleza, atribuyéndolo indirectamente a la disciplina. Aquí se manifiestan las consecuencias de establecer el estudio de la estructura social genéricamente, dado que cualquier cosa que exista dentro de la sociedad está sujeta a tomarse como objeto de investigación/intervención:

Desde un punto de vista de análisis para el diseño social distinguimos necesidades fundamentales que constituyen objetivos finales del hombre: amor, belleza, etc. Que se incluyen en el concepto de bienestar, y necesidades en términos de bienes y servicios fundamentales que constituyen medios... (López, 1971, p. 20).

La planificación, desde esta perspectiva, debe ir en función de la satisfacción de aspiraciones fundamentales para el ser humano como lo son el amor y la belleza, para lo cual los bienes y servicios son tan sólo un medio para alcanzarlos. La metodología está en función de dar acceso a los individuos de la sociedad a bienes y servicios, tarea que corresponde al trabajo social, y que gracias a ello se deduce que una vez satisfechos, el hombre tendrá tiempo de alcanzar fines más fundamentales como el amor y la belleza. Esta perspectiva del desarrollo y bienestar social pone el énfasis en el diseño de la intervención a través de la planificación para alcanzar los fines, considerados por el autor, "más elevados". Las delimitaciones cobran aquí su importancia vital: algunos autores establecerán con mayor cuidado el fin de la disciplina y otros se dispersarán, como el autor antes citado.

Otros autores como Macías (1973) establecerán como parte de la intervención la necesidad de integrar comunidades, poblaciones, grupos e individuos a través de la promoción de la participación. La participación será retomada por otros autores, desde donde se asume al sujeto como agente activo de su propia emancipación.

Propiciar la efectiva integración de comunidades y poblaciones, grupos e individuos, promoviendo su participación consciente en la consecución de condiciones de las cuales deriven cambios adecuados para su realización. (p. 96)

Esta perspectiva concuerda con los fines y objetivos propuestos por el movimiento de reconceptualización. Sin embargo, aún hay una dificultad para la construcción de una metodología precisa que dé mayor soporte al “método básico”, ya que la manera de “propiciar la efectiva integración” no queda explicitada y tan sólo se presenta como una intencionalidad. Esta es una de las debilidades del método que se presenta desconectado de las diferentes propuestas de intervención por parte de los autores.

Una de las propuestas más elaboradas de la metodología de esta configuración proviene de la autora María Angélica Gallardo (1973), que busca ordenar y sistematizar los diferentes pasos y momentos del método. Ella ubica los momentos de la siguiente forma:

Los procesos metodológicos básicos (en el sentido que siempre van a estar presentes, cualquiera sea la situación social de que se trate, de ahí el nombre de metodología básica), son los de: investigación-diagnóstico-programación y ejecución; evaluación y educación, que se dan en forma permanente (p. 50).

En el citado esquema se ubican los momentos permanentes de la metodología básica, agregando un último que es el de la educación. Ella enfatiza el aspecto educativo como elemento privilegiado del proceso metodológico y desarrolla una propuesta de Marcelo Ferrada, la cual está altamente influenciada por la Educación Popular, en tanto los pasos que se siguen son parte de un proceso de concientización a largo plazo para la transformación comunitaria. A través de ella se servirá para afianzar lo que concibe como elementos imprescindibles de una adecuada práctica metodológica. Cabe resaltar por tanto que el “método básico” incluye diferentes formas de enfocarlo. Según su visión, el modelo propuesto consta de tres etapas:

- A) Satisfacer las necesidades sentidas y reales de los sujetos
- B) La elaboración de teoría de Trabajo Social

C) Lograr que los sujetos tengan una conciencia social y de clase.

La primera etapa (A) refleja la visión de la importancia del enfoque de las necesidades sociales, mientras que la segunda (B) trata de aproximar a la disciplina a un enfoque más científico y la tercera (C) es el posicionamiento ideológico común a la reconceptualización: el materialismo histórico. Con respecto a la defensa del punto B, Gallardo (1973) puntualiza que:

... se pretende, siguiendo la teoría del conocimiento, pasar (si se considera el proceso de desarrollo del conocimiento), del conocimiento sensible, al perceptivo y luego al abstracto, de manera tal que se pueda, según lo dicho (y según el estadio de conocimiento en que nos encontramos) y partiendo de la Práctica Social, pasar a una Práctica Teórica (p. 50).

Los tres momentos del conocimiento son la epistemología fundante del proceso de la práctica (espacio privilegiado del trabajo social) al de lo abstracto, terreno que, según la autora, ha sido desplazado por los profesionistas que no sistematizan sus experiencias. Estos dos momentos recibirán los nombres de Práctica Social y Práctica Teórica y el puente que los une son los tres tipos de conocimiento citados.

En defensa de su postura frente al “método básico” en donde agrega el proceso educativo como pieza clave, citará el trabajo del profesor Marcelo Ferrada quién se propone, gracias a la influencia del materialismo histórico, y siguiendo el punto C, una metodología de la concientización. Dicha metodología específica también elaborará sub-momentos que sintonizan con el de la metodología básica, a saber:

1. Investigación Preliminar
2. Investigación Temática
3. Investigación Temática y Vocabular
4. Codificación
5. Descodificación
6. Verificación
7. Aplicación
8. Evaluación.

Estos pasos están fuertemente influenciados por la propuesta de Freire, pero su especificidad para el trabajo social llevará a disociar la alfabetización y plantear la resolución de problemas sociales a través del uso del lenguaje y la educación con miras a la concientización. Dos momentos resaltan por su enfoque práctico, en el que se propone tener un grupo experimental y otro de control desde donde se seleccionarán muestras significativas, lo cual es muy parecido a la metodología de la terapia grupal. Los temas educativos por tratar ya se han investigado con antelación y se toma el muestreo desde donde se aplicará el método psicosocial.

De nuevo, se da la dependencia de los métodos de otras disciplinas. Aquí se asume que el mencionado método debe coadyuvar a la tarea de concientización en los individuos, al mismo tiempo que se generan procesos de organización. Con lo expuesto antes no se busca explicar todo el método de concientización, sino permitir evidenciar la influencia de metodologías de la pedagogía de la liberación y el materialismo histórico, presentes ambos en los discursos de los autores de esta configuración. Es evidente que la construcción de dichas metodologías toma prestados elementos, categorías, discursos y fines, para desde el Trabajo Social construir una metodología propia. Hay que mencionar que la “metodología básica” será el fundamento de otras propuestas metodológicas de la configuración, y aunque con ligeras variaciones, los pasos lógicos son muy similares.

También encontramos propuestas fuertemente influenciadas por el materialismo histórico que utilizan categorías tomadas de dicho cuerpo teórico. Una de ellas es la propuesta de Boris A. Lima, quien en su libro *Contribución a la Epistemología del Trabajo Social*, acuña un “Modelo de Intervención en la Realidad”; en donde hace un desglose de los diferentes tipos de metodología que, a su juicio, existen y coexisten durante la configuración. Define el método integrado y el método básico, siendo el primero un intento metodológico de compaginar el método de la configuración tradicional con el “método básico”. Este último, descrito líneas más arriba, es también criticado por Lima quien encuentra insuficiente la metodología por considerarla aún muy cercana al positivismo.

El tercer método que identifica es el *Método Único* el cual el describe en los siguientes términos:

Este método señala como objetivos profesionales, lograr una transformación social de las condiciones existentes a través de la acción racional realizada por una persona que ha tomado conciencia de su valor y de su dignidad humana (Lima, 1983, p. 138).

Cabe mencionar que la acción racional no es una forma ingenua de nombrar a la acción propuesta, sino que viene muy de la mano con la constante de la configuración de dar un carácter científico al quehacer profesional. Por otro lado, el elemento de transformación social, aunado al de conciencia y dignidad humana son categorías fácilmente localizables en otros discursos de tendencia marxista.

El método que él propone tiene como objetivo la transformación social y se retoma el proceso epistémico del materialismo histórico que consiste en desentrañar de lo abstracto lo concreto en la realidad social, como el siguiente párrafo pone de manifiesto:

Porque de lo que se trata no es sólo de describir e interpretar los fenómenos, sino de hacer que el hombre, el sujeto cognoscente, en su actividad práctica, imprima su huella sobre ese fenómeno y lo convierta en el sujeto de su transformación (Lima, 1983, p. 148).

Para ello, propone una serie de momentos metodológicos, cada cual siguiendo la idea de que el trabajador social es un agente de transformación social que concientiza a los sujetos sociales de su situación de opresión y con ello dejar atrás las maneras de proceder de la configuración tradicional. Hay que enfatizar que muy en sintonía con autores de la misma temporalidad, la comunidad sigue siendo un espacio central de intervención. Los pasos metodológicos son los siguientes:

1. Fase Sensitiva
2. Fase de Información Técnica
3. Fase de Investigación Participante
4. Fase de Determinación

5. Fase de Modelos de Acción
6. Fase de Ejecución y Control

La *fase sensitiva* es la que se relaciona con el primer acercamiento sensible a los fenómenos sociales para su posterior interpretación. De lo que se trata es de romper el mundo de la apariencia y que el trabajador social logre ir más allá de lo evidente. Gracias al nuevo carácter científico que toma la disciplina, podrá entonces develar los mecanismos sociales que impiden al sujeto alcanzar su propia dignidad. Esta fase viene acompañada de un instrumento técnico que es la *crónica sensorial*, descrita por el autor como un diario de campo de registro de observación de fenómenos aún abstractos. El asunto es que para Lima la finalidad de la fase es:

captar al mundo de la apariencia, de la pseudoconcepción, que llena al ambiente de la vida común pero que, por su regularidad, evidencia e inmediatez, penetra en la conciencia de los individuos asumiendo características de hechos naturales e independientes (Lima, 1983, p. 163).

Si el trabajo social puede abandonar la inmediatez y la actitud de la *pseudoconcepción* que tenían los trabajadores sociales de la época, podrá penetrar en las características esenciales de los hechos sociales. Para ello se requiere una actitud epistemológica frente a los fenómenos sociales, el cómo se miran, cómo se interpretan, pues no basta con analizarlos tal cual se presentan, es decir, en lo aparente.

La *fase de información técnica* es el proceso con el cual el trabajador social, como investigador, recopila toda la información técnica que pueda tener alguna otra institución u actor social con respecto a la comunidad. Esta tarea permite, junto con la de la observación directa del entorno, cruzar datos y referencias que den un panorama mucho más amplio de la realidad social a la que el trabajador o trabajadora social se proponen a transformar. Lima quiere hacer evidente su propio proceder epistémico cuando resume estas dos primeras fases de la siguiente manera:

Los elementos implicados en las dos fases descritas anteriormente configuran nuestro primer grado de conocimiento: el conocimiento externo. El conocimiento inmediato es el primer nivel del método del ascenso de lo abstracto a lo concreto (Lima, 1983, p. 174).

El mencionado conocimiento inmediato es el que, a juicio de Lima, utiliza Marx para el desarrollo de el capital cuando hace el análisis de categorías tan complejas como mercancía, plusvalor o fuerza de trabajo.

La siguiente fase, es la *investigación participante*. Esta fase implica un proceso de investigación más formal, en la que se busca que el sujeto investigado forme parte activa del proceso. Sin duda, las primeras dos fases preparan al profesionalista para la concreción direccionada de la investigación, con los planteamientos y los objetivos ya fijados. En palabras de Lima (1983):

Mediante esta fase se pretende aprehender las características generales y particulares de la realidad en la cual intervenimos. Se trata de la búsqueda de la estructura esencial tanto cualitativa como cuantitativa de esa realidad (p. 178)

Nótese cómo se habla de una estructura de la realidad que hay que ir aprehendiendo. Las fases anteriores nos preparan para dicha aprehensión, no solamente a nivel de información sino también a nivel epistemológico, ampliando nuestra capacidad de conocer.

La siguiente es la *fase de determinación*, que es la más crítica de todas y parece ser un puente para alcanzar las siguientes. Para facilitar su análisis y comprensión se cita primero lo que requiere este momento en palabras del autor:

Para descubrir la esencia de la cosa, la esencia contradictoria de la cosa o la ley de la cosa se requiere de una actividad especial caracterizada por un esfuerzo sistemático y crítico tendiente a captar la estructura misma. Conocer su estructura no es otra cosa que comprender lo que ella significa. Y ésta es la tarea que realizamos en estas dos etapas. La diferencia, si es posible aceptarla, se encuentra en que ésta tiende a la síntesis conceptual y a su devolución al plano de la concreción (Lima, 1983, pp. 187-188)

Difícil es comprender lo que Lima refiere en esta etapa, ya sea que se intente develar la esencia de lo social, o de la síntesis conceptual que habla para poder hacer la conexión con lo concreto. Sin embargo, podemos notar un cierto mimetismo con la manera en que Marx aborda la mercancía en su obra *El Capital*, en tanto que analiza la esencia de la mercancía, las contradicciones y la síntesis conceptual que de ello deriva.

Como siguiente paso entonces, se debe elaborar un modelo de acción que guíe la intervención del profesional con respecto a los pasos anteriormente citados. Una vez que hemos analizado la realidad y apoyándonos en la información técnica y después de un “esfuerzo sistemático” por encontrar “la esencia contradictoria” de la situación social, podemos entonces trazar el camino de intervención. En palabras de Lima (1983):

Esta fase encierra, como es de suponer, un conjunto de actividades que comprende la realización de los contenidos de los modelos definidos y la elaboración, selección e implementación de los recursos e instrumentos de trabajo (p. 196).

El autor llama “modelos” entonces al conjunto de actividades, recursos e instrumentos de trabajo de los que el profesional se tiene que servir para lograr la intervención. Más adelante hablará de la necesidad de que estos modelos encuentren entre sí el dinamismo y la coherencia interna necesaria para que el modelo tenga los resultados que se esperan obtener, pero también advierte que es un proceso que requiere de constante rectificación para no perder el eje principal del modelo de acción, que es la realidad.

Finalmente llegamos a la *fase de ejecución y control* que es donde el modelo se pone en práctica. Lima (1983) lo describe así:

En la medida en que se dispone del fichero integrado por el juego de modelos, comienza la dinámica misma de los modelos a través de su operacionalidad, la cual implica la mayor actividad por parte de la población y requiere de la utilización de diversas técnicas para el trabajo con ella. La solución de los problemas se realiza en una acción de “abajo hacia arriba” donde las masas y el trabajador social son conjuntamente sujetos de cambio (p. 197).

He aquí que la metodología retoma la visión marxista de la participación de las *masas* en los procesos de emancipación social, así como la necesidad de un cambio social que guíe estos esfuerzos hacia su meta. Los modelos son operados bajo esta lógica y requieren del uso de técnicas y conocimientos propios del trabajador social para lograr un resultado favorable.

Ahora vale la pena resaltar una última metodología propuesta por dos autoras: María Teresa Scarón y Nelida Genisans (1974), cuya obra titulada *El diagnóstico social* busca criticar la manera en la que la disciplina aborda el diagnóstico social. A lo largo de la obra, las autoras plantean los retos y los obstáculos con los que se encuentra la disciplina al momento de diagnosticar la realidad social. En su obra van entrelazando lo que se concibe como un diagnóstico social, con las carencias y posibilidades que ellas ubican, a fin de elaborar mejores diagnósticos.

Las autoras comienzan señalando el planteamiento del problema en su obra, que es:

...el diagnóstico no pasa de ser, generalmente, una mera enunciación de problemas o una apreciación subjetiva de la situación; pero rara vez es el resultado de un procedimiento sistemático de valoración, comparación e interpretación de los datos realmente significativos para el Servicio Social (Scarón y Genisans, 1974, p. 13).

De esta manera la crítica es hacia la propia epistemología del trabajo social, que no ha sabido problematizar y que tiene evidentes fallas al momento de la reconstrucción tanto semántica como valorativa de la realidad social. Ello tendrá implicaciones en la manera de intervenir, que será tan limitada como limitada es la visión del diagnóstico realizado. De esta forma, al trazar una línea de acción, que en palabras de las autoras es la planificación, hay un serio problema de abordaje, como lo ilustra el siguiente párrafo

La ausencia real de diagnóstico conlleva una ausencia real de planificación. Si se planifica, es sobre la base de una relación inmediateista “problema-solución”: a tal problema, tal solución concreta (Scarón Quintero & Genisans, 1974).

El inmediatismo se convierte en el resultado de un análisis de realidad incompleto, casi nulo, en donde la interpretación de la realidad no se corresponde significativamente con lo que hay. Se parte de situaciones particulares, a las cuales corresponde una solución concreta, pero no se trasciende en la búsqueda de metodologías concretas. Sin embargo, las autoras dan un salto epistemológico al plantear la centralidad en la mirada causa-efecto al momento de avanzar en los procesos. Especialmente en lo que se refiere a la evaluación, de la que critican que se asume como la mera comprobación de efectos, pero que no se busca indagar sobre la eficacia del “tratamiento” como un todo. En otras palabras, la evaluación se reduce a una serie de efectos comprobables, sin pensar qué tanto ello contribuye a la transformación real de una situación social.

En cuanto a la evaluación, ella se reduce, cuando existe, a una mera comprobación de efectos, rara vez a una indagación sobre la eficacia del tratamiento (Gallardo M. Á., 1973, pág. 15).

Y entonces, se nos presenta otro momento interesante en el que se justifica el título y tema de la obra: el problema parte desde el diagnóstico y si no se cuida dicho proceso, los demás procesos serán por ende también erróneos en su planteamiento. Entonces, el diagnóstico es donde se juegan las competencias epistemológicas de la disciplina, al momento de acercarse a la realidad y aprehenderla, para después intervenir. El puente entre la teoría y la práctica se nulifica toda vez que el diagnóstico no es hecho adecuadamente, y ello deviene en prácticas inmediatistas o casuísticas, como se plantea a continuación:

...el proceso de disociación entre la teoría y la práctica profesional tiene su punto de partida en el diagnóstico. Si bien las dificultades comienzan ya en la investigación, es en el diagnóstico o, mejor dicho, en la ausencia de él, donde se juega realmente la validez científica del método profesional (Scarón y Genisans, 1974, p. 17).

Investigación y diagnóstico conforman la percepción al momento de hacer el análisis de realidad. La validez científica, tan marcada en esta configuración es puesta en duda y, antes de proceder con algo más, las autoras plantean el

problema del diagnóstico mismo como problema central de la praxis inacabada de la disciplina. ¿Cómo podrían entonces estar las siguientes etapas yendo por el camino “correcto”? Y el problema del diagnóstico se agudiza aún más cuando, a falta de visión, lo que se termina haciendo es una investigación-diagnóstica *sui generis*, más bien perteneciente a otras ramas de las ciencias sociales, tal y como lo expresan ellas mismas:

...esa investigación suele convertirse en una investigación de área, de tipo sociológico, más descriptiva que interpretativa, poco útil realmente a los efectos del trabajo social (Scarón Quintero & Genisans, 1974, pág. 23).

Esto es de suma importancia ya que, en el afán de buscar la científicidad, se construyen análisis retomando categorías variadas de otras disciplinas, que cuando se presentan como un sistema de pensamiento, no siempre se encuentra la utilidad o la pertinencia para el trabajo social, ni su consistencia o coherencia dentro de un sistema propio de la disciplina.

Una vez planteado lo anterior, las autoras sitúan la manera en que hasta entonces han procedido los profesionales al momento de construir el diagnóstico y es a través de juicios comparativos. Estos juicios se dividen en tres momentos de análisis de la realidad y la situación social, a saber:

- a) Con una situación análoga
- b) Con una situación real o imaginaria
- c) Con un “modelo” de situación, implícitamente formulada

Se plantea entonces que se puede diagnosticar una situación por analogía con respecto a una situación que podría parecer similar a la que se percibe y se hace una comparación con una situación real o imaginaria. Por último, se plantean diagnósticos desde la percepción de situaciones ideales o modelos. Pero el problema no es solamente de la construcción de un diagnóstico incompleto, sino también que:

...este procedimiento los exime de la ubicación precisa en un marco referencial teórico, sino porque reafirma el tan manejado principio de la individualidad del cliente, de su característica de fenómeno único e irreplicable que escapa a todo

procedimiento de observación y análisis científico y objetivo (Scarón y Genisans, 1974, p. 34).

Entonces el método científico se desdibuja, dando paso a pensar cada situación como nueva y particular, sin ningún referente teórico y con una visión limitada y producto de la inmediatez. Ello exime a los profesionistas de hacer sus propios análisis objetivos, de la necesidad de interpretar de la realidad y sobre todo a recurrir a un marco referencial teórico que no se corresponde con la realidad social que se analiza.

Las autoras proponen entonces retomar el juicio comparativo de la situación ideal para compararla con el diagnóstico que se hace de la situación dada. Con ello, se completa el diagnóstico que, más allá de ser la investigación y diagnóstico *genérico* mencionado anteriormente, se constituye en uno pensado desde el trabajo social. Esta serie de planteamientos de situaciones se mira como

...dos tipos de proposiciones: una de tipo categórico, que indica “cómo es” la situación; otra, de tipo valorativo, que señala “cómo debe ser”. (Scarón y Genisans, 1974, p. 43)

La proposición categórica junto con la categoría valorativa dará origen a una nueva forma de hacer el diagnóstico, uno que va más en sintonía con el trabajo social, diferenciando de tal forma la investigación que podría realizar un sociólogo. De ahí que entonces se pueda pasar al momento de planificación, desde donde se puede trazar el camino a seguir durante la intervención. Pero aquí las autoras crean una categoría que se presenta como una novedad al hablar de la “estrategia de acción”, como se evidencia en el siguiente párrafo:

Esta última instancia, a su vez, es asumida por la planificación; en función de esa capacidad de cambio, ésta proyecta la acción futura, determina las variables por introducir a la situación y organiza la estrategia de acción. (Scarón y Genisans, 1974, p. 51)

Una vez establecido el diagnóstico desde esta perspectiva se puede proyectar la “acción futura”, la cual debe contener sus propias variables dado el tipo de situación. Una vez que juntamos estos elementos: diagnóstico y planeación,

podremos construir una estrategia de acción que no esté subordinada a una investigación sociológica sino una de trabajo social. Gracias a ello, la estrategia de acción tendrá su sustento en una epistemología diferente a la planteada desde los métodos tradicionales. ¿Pero cuáles deben ser esas variables que se introducen en la situación? Scarón y Genisans (1974) vuelven a dar un giro epistemológico al proponer variables distintas a las necesidades y los problemas sociales tal cual, aunque no los niegan, pero su mirada está puesta en otro lado, como se manifiesta en la siguiente cita:

Considerando grados de complejidad, podemos distinguir focos estructurales de complejidad creciente, tales como: las relaciones sociales; el status-rol; la colectividad, constituida, por ejemplo, por los grupos, las clases sociales, las instituciones, las comunidades, las regiones, la sociedad (p. 61).

De acuerdo con las autoras, la mirada debe estar entonces puesta sobre las relaciones sociales, los roles y aquello que constituye lo colectivo. De esta manera, podremos ir a la centralidad de las situaciones que presentan los sujetos, evitando así, la mirada particular de los casos que las autoras criticaban con anterioridad. Para ellas, la mirada de la disciplina debe inscribirse en los focos estructurales que componen dicha realidad, que son los que la cita menciona. Es a través de ellos que la particularidad del trabajo social y su separación de un tipo de investigación meramente sociológica se da. Mientras que la sociología estudia a la sociedad con miras a construir sistemas teóricos coherentes que expliquen la estructura y comportamiento de la sociedad, el Trabajo Social, por su parte, realizada un diagnóstico y análisis de las relaciones sociales con miras a planificar una estrategia de acción que permita, en el caso de las autoras, un cambio social.

Finalmente, para plantear la estrategia de acción se resuelve seguir cambiando la mirada. Para tal fin las autoras plantean que:

El establecimiento de un sistema de proposiciones de tipo hipotético-deductivo, debiendo cumplir las condiciones comunes a todos los sistemas de este tipo: establecimiento de hipótesis de gran nivel (los axiomas); establecimiento de hipótesis de nivel ínfimo (empíricamente contrastables), la conexión lógica entre los

términos, determinando tipos diversos de determinación y de explicación. (Scarón y Genisans, 1974, pp. 65-66).

Se construye a partir de ello proposiciones hipotéticas y deductivas sobre las posibilidades de acción para pasar de la situación existente a la situación deseada. Estas proposiciones no deben ser hechas desde el inmediatismo, pues ello sería regresar de nuevo al viejo esquema de pensamiento, sino que deben cumplir con ciertas condiciones. Hipótesis de gran nivel, vistas como axiomas, en lo cual las autoras no ahondan demasiado. Establecer hipótesis que se puedan contrastar empíricamente, que exista una conexión lógica en los términos utilizados para describir la estrategia y finalmente el desarrollo explicativo y de determinación para desglosarlo coherentemente. Dicho método trata de cumplir con el esquema del método científico, de rigurosidad y objetividad necesarios para no caer en el mero activismo.

Las autoras dejan a los trabajadores sociales la tarea de seguir alimentando lo que ellas proponen como una nueva lógica de diagnóstico social, aunque como se ha visto, su análisis contiene reflexiones que no desarrollan más a profundidad.

Esta última metodología presenta una propuesta epistémica más evidente y tiene como característica que no emula el método tradicional del trabajo social, pero también marca una separación con la línea discursiva de la reconceptualización, en tanto que no recurre al materialismo dialéctico ni se sirve de la educación popular para plantear una metodología de acceso y transformación de una comunidad. Las autoras ponen mayor énfasis en las relaciones sociales y los roles que configuran lo colectivo, y no tanto se centran en la estructura social, ni utilizan categorías como dominación, alienación, etc. De esta manera la mirada se aleja de la aparente dicotomía entre el sujeto y la sociedad, al proponer que el trabajo social ponga mayor atención a la manera de configurar las relaciones sociales. A pesar de ello, cuando se trata de plantear la propuesta metodológica, las autoras retoman los pasos propuestos por el “método básico”.

2.3 Referentes teóricos

Como se señaló antes, la reconceptualización fue una etapa que estuvo marcada históricamente por acontecimientos importantes en América Latina. Por un lado, la Revolución Cubana que influyó en el pensamiento de los intelectuales de la época, así como en la dinámica de los movimientos sociales. Con ello se pensó que otro modelo de sociedad era posible para nuestro continente y, que era posible construir una alternativa a la hegemonía estadounidense sobre las economías y la política de los países de habla hispana. Dichos procesos desencadenaron nuevas maneras de pensar en las ciencias sociales. Los cambios propiciados por el Concilio Vaticano II, que fortalecieron el pensamiento y las acciones de las comunidades eclesiales de base, influyeron en lo que posteriormente sería conocido como teología de la liberación, y a su vez, esta última desarrollaría una manera de trabajar en comunidad a la que se acercaría de alguna manera, el trabajo social reconceptualizado. Junto con ello se pensó en una nueva manera de comprender la educación a través de la pedagogía de la liberación. Aunado a ello, la influencia del marxismo y de la teoría de la dependencia apuntalaban la necesidad de construir una economía emancipadora que nos liberara como región de la dependencia de las grandes potencias económicas, especialmente de Estados Unidos. Los conceptos y las nuevas categorías creadas por los autores de los 60's hasta principios de los 80's permitieron la construcción de ideas revolucionarias en todos los campos de las ciencias sociales y las humanidades y el Trabajo Social no fue la excepción y gracias a estos cambios, se pudo incorporar una nueva manera de pensar el quehacer profesional, adoptando en sus discursos algunos de los conceptos e ideas que surgieron a partir de los procesos de cambio en América Latina, como se dijo anteriormente.

Cabe resaltar que la incorporación de categorías no fue hecha de una manera mecánica, sino que fue el resultado de una reflexión paralela a la pregunta ¿qué es el trabajo social? Fue así como se pensó que con ayuda de las ideas de la época podría entretorse con mayor claridad una respuesta a la interrogante que en la configuración pasada ya había dado pie a una serie de propuestas que aún

estaban constreñidas por el positivismo y el funcionalismo, principalmente. La gama de posibilidades se ve ampliada por los procesos de cambio de pensamiento, pero al mismo tiempo de movimientos revolucionarios en la región.

Esta transición no siempre se dio de manera afortunada. Algunos de los conceptos y categorías -principalmente los más abstractos del marxismo- no siempre fueron tomados con la profundidad necesaria, y dada la superficialidad de su utilización no siempre hubo una correspondencia fiel para la construcción de un sistema de pensamiento coherente desde Trabajo Social. Sin duda, la disciplina se vio enriquecida por la propagación de diferentes ideas y concepciones, pero, por otro lado, la incapacidad de incorporar sistemáticamente las categorías a un corpus teórico propio de trabajo social provocó que algunos de los textos parecieran más un revisionismo histórico del marxismo o de la educación popular, que una propuesta teórico-metodológica de la profesión.

Comencemos por la innegable influencia de la teología de la liberación sobre la región latinoamericana. Es importante señalar que los autores a los que hemos hecho alusión no hacen una referencia clara y directa de esta influencia; se hace alusión a la educación popular como influencia directa, pero no se habla de la teología de la liberación, probablemente porque la educación popular sirve de intermediaria entre el trabajo social y el trabajo de base desarrollado por la teología de la liberación. A pesar de ello, el trabajo de las comunidades eclesiales de base tuvo un fuerte impacto sobre las metodologías y propuestas de un cambio social en la región. Las mencionadas comunidades jugaron un papel importante para resistir el embate de las dictaduras militares en el cono sur del continente, lo cual propició la radicalización de algunos de estos sectores. Esta actitud es constatada por el investigador Philipp Berryman (1989) al hablar sobre dichas comunidades:

Las comunidades de base eclesiales pueden definirse como pequeñas comunidades conducidas por un laico, motivadas por la fe cristiana, que se consideran a sí mismas como parte de la Iglesia y que están comprometidas en trabajar juntas para mejorar sus comunidades y para establecer una sociedad más justa (p. 61).

Las comunidades eclesiales de base comienzan a desarrollar el trabajo comunitario, a partir de las carencias de la misma comunidad para lograr su transformación. Esta metodología tendrá sus posteriores influencias sobre la pedagogía de la liberación, la investigación participante y el trabajo de base influenciado por el marxismo y el sindicalismo. Ello muy probablemente influyó sobre la preocupación de trabajar como profesionistas directamente con la gente y sentar las bases para una metodología más cercana al sujeto, pero en relación dialéctica con la comunidad y la sociedad en la que éste vive. La metodología planteada por las comunidades de base es la de *Observar, Juzgar y Actuar*, para la atención de problemas y necesidades de la gente.

Algunos sugirieron que la comunidad de base debía volverse la célula básica de la Iglesia y que la parroquia debía convertirse esencialmente en una red de esas comunidades, en las cuales el sacerdote o la hermana serían entrenador, adiestrador y guía espiritual (Berryman, 1989, p. 65).

Se puede plantear como hipótesis que este proceso, traspasado al laicismo, puede mirarse en similitud con el propuesto por el trabajo social de la reconceptualización y que sin duda tiene una influencia indirecta en la manera de concebir el quehacer de la disciplina. De ahí que se pensara que el Trabajo Social debe asumir un papel revolucionario, servir de guía para la conciencia social, política y de clase de la comunidad y fungir como educador o como conductor de la construcción de la transformación social esperada.

El giro que el Concilio Vaticano II tuvo sobre la región fue precisamente la necesidad que tenía la Iglesia de tener además de una fe teológica, una fe antropológica, la cual incluía el preocuparse por los asuntos terrenales, materiales de explotación y no solamente por el acceso del ser humano en el paraíso. (Gallardo, 2009). De ahí que muchos religiosos comenzaran a preocuparse no sólo por la cuestión teórica de la transformación social, sino también por la manera en que ese cambio sería posible. Este tipo de pensamiento llevó a muchos de sus miembros a pensar que las iglesias tradicionales eran parte del sistema de dominación y que lo reproducían cotidianamente.

Este proceso de denuncia es similar al del Trabajo Social, que cuestionó a la disciplina como parte del sistema de dominación.³⁰ La vuelta a la visión antropocéntrica de la teología de la liberación³¹, posibilita el mirar al explotado como sujeto social capaz de transformar su situación. Esto queda muy bien plasmado cuando Vidales expresa resumidamente la actitud de la teología de la liberación frente a lo social: “El Otro existe como clase social dominada y en relación antagónica con las clases explotadoras” (Vidales, 1988, p. 13).

Este mismo discurso sobre la dominación y la explotación tiene su expresión en los discursos de la reconceptualización de la disciplina. El reconocimiento del Otro es, por ejemplo, una de las preocupaciones de De Young. Pero así mismo, la teología de la liberación comienza a tener un interés activo por la historia como espacio de articulación de los antagonismos de clase. Esta importancia de la historia será un punto nodal para la ciencia social latinoamericana de la época y por supuesto Vidales (1988) admite que “la tradición de los pobres” desde esta otra teología, tiene que servirse de la ciencia social misma para tener el impacto al que aspira.

Este tipo de pensamiento desembocó en sostener que las clases populares tenían la obligación de hacer suya la lucha política y social. Esta conciencia política articulada con la lucha social tiene su expresión en muchos de los discursos de la configuración a los que hace alusión Netto. La necesidad de dar a las clases populares una conciencia de clase y política, fue uno de los objetivos que la disciplina se planteó, aunque con poca claridad en relación a cómo hacerlo. Sin duda, una de las críticas más fuertes que el trabajo social reconceptualizado hizo al tradicional fue esta desvinculación con lo político, llamando por tanto a evitar la “asepsia” de conciencia y participación de los profesionistas en asuntos de organización popular.

Desde la teología de la liberación, no hay mejor espacio para la organización popular que el ámbito comunitario. El trabajo comunitario es donde la gente

³⁰ Como se puede apreciar con Ander-Egg (1972, p. 5,7), Kruse (1970, p. 31) y en De Young (1970, p. 89)

³¹ Aunque aquí se escriba teología de la liberación en singular, debe tomarse en cuenta que no hay un solo discurso de los teólogos de la liberación. Autores como Horacio Cerutti hablan en plural sobre este movimiento teológico.

reproduce su cotidianeidad y desde donde le es posible construir la transformación social, como lo anuncian los teólogos de la liberación:

Las experiencias de compromiso liberador tanto en su individualidad como en su dimensión comunitaria se vuelven teológicamente significativas. Ambas dimensiones son inseparables y relativas; ninguna puede entenderse cabalmente sin relación a la otra (Vidales, 1988, p. 31).

Durante la reconceptualización, se le dio una primacía al trabajo en comunidad como espacio para la intervención, pensando así que separar al individuo de su relación con la sociedad era un proceso que reproducía la dominación de clase. Sobre este punto trabajan autores como Ander-Egg, Kisnerman y Macías cuando buscan dimensionar los niveles de intervención de la disciplina. Aún más, tenemos a Lima que en su metodología incluye la investigación participante, en donde el trabajo en comunidad es esencial para el diagnóstico. Al igual que para la teología de la liberación, para los autores de esta configuración, la intervención era inseparable de una nueva manera de concebir al Trabajo Social.

Así mismo, existe un interés activo de la disciplina por la situación de explotación y opresión de las sociedades en las que viven, lo cual se ve claramente reflejado dentro de las preocupaciones concernientes a aquellos teólogos que trabajan en el ámbito comunitario. Esta concepción jamás estuvo peleada con el laicismo; el diálogo que se sostuvo entre sectores populares y teólogos de la liberación fue evidente. (Berryman, 1989). ¿Podemos sugerir, por lo tanto, que la metodología de las comunidades eclesiales de base pudo influir fuertemente sobre las metodologías propuestas desde el Trabajo Social en la reconceptualización? Es muy probable que así haya sido.

La teología de la liberación encontró muchas maneras de expresión, tanto en grupos más moderados como en otros más radicales, algunos incluso acercándose más a los grupos de interpretación marxista de la historia. Leonardo Boff -citado por Berryman- ubica dos puntos de encuentro frente a todas las teologías de la liberación: el primero, al reconocer que el origen de la opresión y el sufrimiento es generado por el sistema capitalista y el segundo referido a la necesidad de la

unidad en los movimientos populares (Berryman, 1989). Al respecto no hay suficiente evidencia que indique qué tanto el Trabajo Social se acercó a los movimientos sociales de las diferentes geografías, al menos no de manera gremial, más allá de esfuerzos individuales. Lo que es más cercano a la realidad es que se logró consolidar una mayor unidad en el gremio dentro de América Latina, dada la misma preocupación que los teólogos de la liberación tenían: el sistema de dominación capitalista exige un compromiso de laicos y religiosos.

Por otro lado, el marxismo tuvo un fuerte impacto en el continente latinoamericano, al punto de que muchas organizaciones sindicales adoptaron la interpretación marxista-leninista del materialismo histórico. Las ciencias sociales también encontraron todo un nuevo universo y una manera de interpretar a la sociedad desde la historia. Una vez más, la influencia de esta ciencia se hizo presente en el Trabajo Social, aunque no con la profundidad que lo hizo en otras ciencias, como la sociología, por ejemplo.

La influencia del marxismo en el trabajo social fue limitada y podríamos decir que, hasta cierto punto, influyó solo en lo retórico, en tanto que no siempre hubo un análisis profundo de las diferentes categorías y conceptos propuestos por Marx. Especialmente diremos que estas categorías no se tradujeron en una adición sustancial al momento de plantear una metodología de intervención. A pesar de que se utilizó el discurso marxista por parte de algunos autores como Kisnerman, Kruse o Netto, se continuó por la vía de replicar algunos de los pasos lógicos de la anterior configuración; en otras palabras, las metodologías no contenían en su esencia el análisis del materialismo histórico, por ello podemos asegurar que su influencia fue limitada.

Una de las categorías marxistas más utilizadas por los trabajadores sociales de la época fue el de la alienación: el cuestionamiento sobre sí el quehacer del trabajo social es alienante o sobre la alienación del trabajador por el sistema dominante. La idea de si la disciplina alienta el proceso de alienación en la clase trabajadora es una constante, aunque como tal, no existe un desarrollo profundo sobre lo que se entiende por alienación y cómo se integra en el corpus teórico del trabajo social.

Marx, en los *Manuscritos económico filosóficos de 1844* afirma que la alienación es uno de los principales elementos de la crítica a la economía política. La alienación se ve como uno de los principales problemas existentes en la sociedad capitalista, y si bien los autores de la época utilizan el recurso para denunciar la situación, no se propone algo para subsanarla. Aun así, este análisis posibilita la crítica radical a las relaciones sociales dentro de la sociedad capitalista (Cortés, 2016), situación que los autores de trabajo social reiteran en múltiples ocasiones cuando se cuestionan si la disciplina mantiene el “status quo” o la situación alienada del sujeto en la misma sociedad, sin plantearse la metodología concreta que permita trastocar al sistema de dominación mismo para, como dice Kruse (1970, p.30): “ayudar al hombre a desalinearse y desmasificarse.”

Es también en este mismo libro donde Marx expone su visión de las necesidades y su relación con el trabajo. El análisis del autor de *El Capital* va en dos direcciones: por un lado, la necesidad como móvil para trabajar y transformar la naturaleza y, por otro lado, la necesidad que ayuda a desarrollar la capacidad para satisfacer dicha necesidad. Esta necesidad inherente en el ser humano, en la que el trabajo se convierte en la manifestación de nuestra vitalidad es dejada de lado en el discurso de nuestra disciplina. De ahí que se puede plantear como hipótesis que el discurso sobre las necesidades y problemas sociales comenzara a ganar predominancia en el trabajo social de la época desde la segunda visión. El tema de la necesidad³², es sin duda, un tema muy complejo que se simplifica en esta época y se reduce a la necesidad material que no es satisfecha debido a la precarización del trabajo y de la situación laboral de las masas. La necesidad ya no es la vitalidad que se pierde al ser alienada cuando el producto del trabajo es absorbido por el patrón, sino que es entendida solo como carencia material (de bienes y/o servicios) no satisfecha.

³² Ver con Kruse (1970b, p. 53) y con López Medina (1971, p. 20). En el caso de López es interesante como esta cuestión de las necesidades adquiere un tinte tan ajeno y extraño a los límites del trabajo social que se plantea la necesidad desde lo ontológico y se apela a la belleza y el amor como fuentes primarias de la necesidad humana.

Esta alusión a conceptos y categorías marxistas, parecen ser más parte de un recurso retórico que asume que hacer uso de terminología marxista significa estar asumiendo un papel revolucionario o al menos contestatario, frente a las problemáticas internas de la disciplina y al contexto social que se vivía.

Entonces nos encontramos con una contradicción en donde por un lado se asume el rol revolucionario del trabajo social, pero por el otro no se establecen los fundamentos tanto teóricos como metodológicos que harían posible asumir en lo concreto dicho papel.

Ello va precisamente en el sentido de hacer conscientes a las masas de su situación de alienación y de aquellas necesidades que, gracias a un sistema de dominación como el capitalista, no pueden ser satisfechas. Dada la enajenación del trabajador, su situación precaria exige un compromiso social para lograr un cambio social profundo, tal como Kruse lo define.

Otro término del que se hace uso en la reconceptualización es el de lucha de clases. Aunque una vez más, se utiliza más como una forma de revisionismo de las categorías de Marx y no tanto como una integración coherente y sistemática de las implicaciones que esto tiene para la disciplina. Los recursos retóricos continúan señalando que el profesionista es el agente encargado de la transformación social profunda, creando una conciencia política y social. Los discursos en ese sentido resultan contradictorios, ya que mientras por un lado se hace una crítica al capitalismo y la sociedad dominante, por el otro el planteamiento metodológico no define claramente el cómo de la transformación radical de la sociedad que, en términos marxistas, ello se referiría a la apropiación de los medios de producción y la disolución de las clases sociales. Es ahí que la influencia de la configuración tradicional prevalece entre los trabajadores sociales pues si bien tímidamente se retomaron algunos de los conceptos de Marx y fueron utilizados en sus discursos, ya sea como revisionismo o como recurso retórico, en la realidad de la práctica profesional se continuó actuando desde los fundamentos del trabajo social tradicional.

Kruse, por ejemplo, explícitamente reconoce la necesidad de utilizar el análisis marxista, sin embargo, por poner un ejemplo, al utilizar el término de *fetichismo* o *desacralización*, no extrae de ello un análisis más profundo que el de hacer una crítica a la configuración pasada. Inclusive la extrapolación del término para los fines que lo utiliza parece mostrar esa dificultad de integrar conceptos del marxismo. Y como Netto (1975) afirma, todas las categorías como colonialismo, alienación, sistema deshumanizante, enajenación, etc. eran utilizados indiscriminadamente, por lo que no debe sorprendernos que no se lograra concretar el análisis marxista en una propuesta específica del Trabajo Social.

Sin embargo, también destacaremos que de esta perspectiva se derivan críticas interesantes sobre la modernidad que pueden dar pistas sobre el rumbo que tomó la transformación de la disciplina. Una de las más trascendentes fue la crítica a la comprensión de la concepción de la sociedad como un conjunto de individuos separados, atomizados (Amín, 2001), en contraposición con la idea de la colectividad. Esta dinámica limitaba fuertemente a la disciplina que no podía ya conformarse con el trabajo netamente individual o aparentemente colectivo, pero en realidad, sólo con una agrupación de individuos sin ningún lazo comunitario real. En la configuración tradicional se privilegiaba la atención individual y se *culpaba* al individuo por los males que sufría. La crítica del marxismo invierte esta situación y pasa al análisis del sistema y no tanto ya del individuo como responsable de su propia condición. La disciplina comprendió que “la ley del valor no sólo rige el ángulo económico del capitalismo, sino además todos los aspectos de la vida social” (Amín, 2001, p. 15), como cuando Lima habla de la mercantilización de la vida humana o como la crítica de Kisnerman a la Asistencia Social: “el A.S. rechazó todo intento ideológico en su labor, sin darse cuenta que estaba respondiendo a la ideología positiva liberal de las clases dominantes” (Ander Egg, 1970, p. 52).

Sin embargo, como bien hace la crítica Amín (2001), en los dos últimos siglos existieron en América Latina muchos discursos que se asumían como antisistémicos, pero ello no necesariamente se tradujo en acciones antisistema contundentes o concretas. En el caso de nuestra disciplina esto no fue la

excepción. La situación con el marxismo fue, finalmente, que los trabajadores sociales de la configuración tomaron de éste aquello que les sirvió en la búsqueda de una voz propia, al mismo tiempo que la influencia de las categorías en el continente alcanzaba su punto más alto. Kruse menciona a Althusser como influencia, pero en ningún otro texto ello se ve reflejado, al menos discursivamente.

Sin duda, no podemos soslayar la observación de Kruse al mencionar que varios de los profesionistas eran parte de algún partido político, como el Partido Demócrata Cristiano, Partido Socialista y Comunista, Partido Radical, etc. Sin embargo, no es posible identificar cómo esa militancia política tuvo influencia directa en la construcción teórica-metodológica del trabajo social, quizá porque se trató de posicionamientos personales, no gremiales.

Sin embargo, sí podemos encontrar ejemplos de la influencia marxista en la formación de los estudiantes de Trabajo Social, por ejemplo, en *Las Determinantes de la Práctica Profesional del Trabajo Social*, documento incluido en el libro "Trabajo Social en América Latina", con la colaboración de varios autores de Brasil, Bolivia, México y Nicaragua, se refleja perfectamente dicha influencia. Este documento incluye conceptos como: intereses del capital, relaciones de clase, división internacional del trabajo, fuerza de trabajo asalariada, ideología dominante, capacidad de organización y de lucha (Dubini, 1985, pp. 89-95). El citado documento intenta establecer los parámetros de la época para la práctica social en la formación académica del trabajo social, y dentro de ello se incluye la necesidad de que el educando tenga en cuenta estos conceptos al momento de interpretar la realidad social.

Aunado a ello, encontramos la influencia de José Martí en los discursos de liberación en nuestro continente, y por otro lado los discursos antiimperialistas que tendrían un gran impacto en la región, en tanto que se veía a EE. UU. como potencial amenaza para los países de Latinoamérica, en virtud del apoyo que este país dio a las dictaduras militares. La necesidad de contar con la participación de los sectores populares hacía que la educación se convirtiera en una pieza clave para la transformación de la sociedad (Freire y Shor, 2014). El alcance

transformador de la sociedad desde la educación hizo pensar en que los sectores populares debían tomar un papel más activo en la transformación de la sociedad en la que vivían, pero para ello era sumamente importante un proceso de reflexión y conciencia a través de la educación.³³ El Trabajo Social se planteó la posibilidad de ser parte de este proceso en el individuo, el grupo y la comunidad por medio de su intervención, aunque ésta no quedó del todo definida. Quién mejor desarrolla esta idea es Gallardo (1973) al retomar de la educación popular la importancia del lenguaje y la necesidad de hacer una codificación de éste que permita un proceso reflexivo en el individuo, grupo o comunidad.

La educación popular es parte de un proceso que tiene como propósito encontrar una propuesta pedagógica acorde a las necesidades de nuestra región. Dicha propuesta nace como una exigencia propia de los educadores, que reconoce que la educación no es solamente la formación académica, sino que los diferentes contextos cotidianos en los que viven los sujetos marcan de igual manera la forma de construir una realidad. Durante el periodo mencionado, son varios los autores que desarrollan propuestas pedagógicas críticas, entre ellos Mariátegui y Freire. La influencia de los movimientos socialistas y los movimientos anarquistas que llegó al continente gracias a los inmigrantes europeos hizo eco con la necesidad de una pedagogía para la liberación (Puiggros, 1984).

La idea central de este nuevo tipo de educación era lograr la concientización de los sujetos, asumiéndose desde un proceso de lucha de clases para una posterior liberación. No es de extrañar que aún hoy día se siga abusando del término “concientización” al momento de construir propuestas metodológicas para la intervención en trabajo social, sin tener siempre una clara noción de lo que esto significaría, confundiéndole con una noción más simple que suele reducirse a la impartición de pláticas informativas sobre algún tema o problema genérico.

En este mismo proyecto educativo, es la comunidad la que se vuelve una escuela, más allá de las aulas, es decir, que la escuela como institución pierde la relevancia

³³ Véase la descripción de Ander-Egg sobre el proceso de concientización y la participación activa del individuo, grupo y comunidad en Ander-Egg (1972, p. 152) al igual que Macías (1973, p. 96).

que tiene en la educación tradicional (Mejía y Awad, 2003). Se planteó la creación de una educación que estuviera pensada para las masas campesinas y obreras; a la luz de ello, también en Trabajo Social comenzó a plantearse la necesidad del acercamiento a los sectores populares del continente. La fuerte influencia de Freire puede identificarse con claridad en Kruse, citado en Ander Egg, señala (1970, p.27): "...Paulo Freire, un pedagogo brasileño que ha influido profundamente a algunos de los grupos que integran la reconceptualización" y cuando más adelante hace referencia al método de concientización de Freire en los diferentes grupos de la reconceptualización en varios países de la región.

Otro de los aportes de la Educación Popular a la disciplina fue el de la investigación-acción participativa. Esta manera de hacer de la educación un proceso comunitario puso sobre la mesa la posibilidad de hacer de la investigación un proceso de participación directa también como proceso educativo. (Mejía y Awad, 2003) Fue durante esta misma época donde autores como Recabarren proponían:

la práctica político-pedagógica como educación del proletariado para aumentar su inteligencia y ponerlo en condiciones de liberarse a sí mismos y a la humanidad (Puiggros, 1984, pág. 102).

Esta propuesta no difiere mucho de la elaborada por Gallardo que retoma precisamente de un educador popular: Marcelo Ferrada, que tiene como propósito que los sujetos alcancen una liberación social y de clase. Esto derivó -en algunos autores- en la mitificación de que el trabajo social tenía ese rol revolucionario y, por tanto, era la profesión encargada y responsable de lograr dicha liberación.

La educación popular comienza a plantear así el trabajo con sectores populares, y no solamente con la clase obrera, como el marxismo-leninismo señalaba. Esta situación no se ve tan clara en los autores de la configuración reconceptualizada, ya sea que en ocasiones hablen del término genérico "pueblo", y algunas otras veces de los tres niveles de intervención. Los educadores populares comenzaban a plantear el trabajo con mujeres, con poblaciones indígenas -fuertemente influenciados por Mariátegui-, al igual que se incorporaba el discurso de la

exclusión y la marginalidad (Mejía y Awad, 2003). En este sentido, algunos educadores, entre ellos Freire habían asumido que la educación era parte del terreno político, pues debía de estimular a las personas a movilizarse u organizarse para adquirir mucho mayor poder (Freire y Shor, 2014). Aunado a esto, las guerrillas que resistían a las diferentes dictaduras militares en el continente también planteaban otro tipo de educación, más politizada y más enfocada a la concientización social del sujeto en el contexto de lo que se vivía en la región. En este sentido no es de extrañar que desde el Trabajo Social se planteara la necesidad de una intervención que fuera en pro de una transformación social más profunda y que asumiera la tarea de la intervención con base en la concientización. El término *concientización*, utilizado hasta el presente, tiene su influencia desde este campo del saber. La influencia de la educación popular es explicitada por varios autores de la reconceptualización, entre ellos Gallardo, pero la diversidad de influencias en la disciplina creó discursos eclécticos en donde no siempre es fácil distinguir las influencias directas de las disciplinas en las que se apoyan estos autores.

Sin duda, podemos relacionar el proceso que describen los siguientes autores para la educación popular, con parte del proceso que vivió el trabajo social en este periodo:

La construcción de organización se da como la irrupción de un acontecimiento en la esfera de lo social y como parte de la construcción de un colectivo en el cual los actores de los procesos educativos reconocen que la organización misma es educadora y que las actividades que se desarrollen al interior de ella deben ser realizadas también desde la perspectiva del quehacer propio y específico de ser educador popular. (Mejía y Awad, 2003, p. 71)

Así mismo, la disciplina se dio cuenta que no bastaba sólo con hacer un diagnóstico social individual, sino que la intervención debía traducirse en organización, predominantemente comunitaria, pero también desde los otros dos niveles de intervención. De igual manera, la perspectiva del quehacer propio y específico del trabajo social fue una búsqueda que no terminó de concretarse, pero que, sin embargo, dejó como precedente una tarea pendiente para la disciplina.

Las referencias a la teoría de la dependencia en el trabajo social no son tan vastas como las de las otras disciplinas o ciencias sociales. Podríamos decir que el discurso del desarrollo es un discurso marginal tal como critica Kruse, que es la postura de algunos trabajadores sociales que no han trascendido esta visión para asumir que la transformación va más allá del desarrollo económico y material de la población. Kruse lo plantea como el “desafío del subdesarrollo” en América Latina, a decir: “el pasaje del subdesarrollo al desarrollo implica la ruptura de las relaciones de dependencia y una real y auténtica revolución” (en Ander Egg, 1970, pp. 28-29). Netto también alude a los conceptos que sus contemporáneos utilizan, entre ellos, la dependencia de los países subdesarrollados.

Vale la pena revisar la mencionada teoría en tanto que aún como discurso marginal, podemos encontrar la reproducción del discurso del desarrollo económico y el combate a la pobreza hasta nuestros días, situación que proviene de esta postura que no tiene el suficiente protagonismo como otros discursos.

Una de las principales tesis de la teoría de la dependencia es la idea de:

la importancia del papel que pueden desempeñar las instituciones, en este caso los sindicatos, las organizaciones empresariales, la representación gubernamental y las cámaras legislativas, en el proceso de desarrollo del sistema productivo y “sus estilos de desarrollo” (Gutierrez, 2009, p. 17).

Dicho desarrollo del sistema productivo en los países dependientes -en vías de desarrollo como hoy se les llama- se ve truncada por el papel desigual que los diferentes países juegan en la producción mundial. Los países dependientes o periféricos, como también se les llamaba, son exportadores de productos primarios y están rezagados en cuanto a nuevas técnicas y el nivel de productividad del trabajo. Esto provoca serios problemas de desempleo en los países periféricos, lo cual afecta en la manera en que se maneja la política de desarrollo y de planificación.

Marini, uno de los principales representantes de la teoría de la dependencia, ve la vía revolucionaria como la mejor opción para terminar con la relación de dependencia que se tiene con las potencias o con el centro (Gutierrez, 2009). Es

esta condición de subordinación la que no permitirá a América Latina desarrollarse como región, dado que es dependiente de los países centro; y la desigualdad de relación que existe no puede resolverse meramente por la vía económica, sino que la vía debe ser también política.

La postura del subdesarrollo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) es más moderada y habla de una política económica diferente en los países subdesarrollados. Aun hoy, la CEPAL es un referente para algunos trabajadores sociales que continúan reproduciendo el discurso del desarrollismo. Una de las principales tesis de esta postura es centrarse en el desarrollo económico expresado en el aumento del bienestar material, reflejado en el alza del ingreso real por habitante y condicionado por el incremento de la productividad media del trabajo. Finalmente, señalaremos que es fácil detectar que en trabajo social se utiliza el término desarrollo como sinónimo de bienestar social, o incluso, sin definirlo con claridad; tanto durante la reconceptualización como en la actualidad.

Esta configuración está marcada por el intento de encontrar una voz propia en el mundo de las ciencias sociales que tenían como eje fundamental al marxismo, por lo cual es innegable que trabajo social tampoco escapó a dicha influencia, aunque también buscó la manera de proponer y establecer marcos de referencia propios. En algunos momentos se aprecia forzado el uso de terminología marxista y en otros momentos encuentran su lugar.

Sin embargo, podemos decir que esta irrupción de un nuevo discurso, a partir de la necesidad de pensar diferente a la disciplina y la profesión, posibilitó repensar también el papel del trabajo social en la región latinoamericana y no simplemente emular los discursos y referentes europeos y norteamericanos. Con ello, se estableció una nueva direccionalidad para el trabajo social y se abrió la posibilidad para lo que subsecuentemente sería conocido como trabajo social contemporáneo. Sin los cuestionamientos, reflexiones y propuestas de esta configuración, hubiera sido difícil separarse de la repetición acrítica de los discursos importados.

Las metodologías propuestas en esta configuración tienen en común una estructura en cuanto a los lineamientos y, aunque nombrados de diferentes maneras, tienen los momentos de investigación, diagnóstico, planeación y evaluación como referente mínimo. El marcado uso de la terminología marxista y los métodos de la educación popular y la investigación participante, seguido de la inquietud por hacer un trabajo social diferente al tradicional, son algunas de las constantes de la configuración revisada.

Ello no necesariamente significa que la práctica haya avanzado a la par del discurso, pero hay que resaltar que son un importante esfuerzo de probar otros caminos para alejarse de la visión tradicional. Hay algunas metodologías que son más elaboradas y minuciosas en cuanto a su desarrollo, algunas tienen mayor análisis de los conceptos y metodologías propuestas. Algunos autores hablan de la disciplina en términos mucho más generales, sin embargo, en la configuración posterior otros autores retomarán lo que quedó o pudo haber quedado inconcluso. Lima (1983), tal vez con cierta intuición sobre lo que vendría, dice:

Lo que hemos ofrecido no es acabado, es susceptible de nuevos exámenes, siempre perfectibles, corregibles a la luz de la propia práctica del Trabajo Social reformulado. Estaríamos satisfechos si hemos creado con nuestra proposición metodológica, inquietudes en los colegas y un deseo de profundizar en los tópicos planteados, logrando así nuevos aportes para la reorientación de la disciplina (p. 208).

La etapa de la reconceptualización se caracteriza, sin duda, por una serie de cambios en la concepción y los discursos de la disciplina. Sin embargo, muchas de las integraciones que se tratan de hacer desde las diferentes ciencias y disciplinas sociales, se enmarcan en un diálogo sinuoso, con múltiples obstáculos y una variedad de conceptos y categorías que algunas de las veces son utilizados indiscriminadamente. Ander Egg lo llamará una influencia de la renovación de las Ciencias Sociales en América Latina, lo cual es parcialmente correcto, en tanto que muchas de las veces se incorporan categorías y conceptos que no transforman sustancialmente el corpus discursivo de la disciplina.

Lo que es importante enmarcar es la cuestión del fuerte interés de la disciplina por configurarse desde lo científico. En este sentido, la construcción de un método, o una forma más sistemática de ir construyendo los discursos de la configuración es más notorio. Así mismo, se incentiva la rigurosidad teórica a través de algunos autores como Kruse o Kisnerman que retoman categorías complejas, intentado incorporarlas al sentido amplio de una nueva manera de pensar la profesión.

Tampoco podemos soslayar, por ejemplo, el caso particular de Sacarón y Genisans, que incorporan de una forma novedosa algunas categorías sociológicas y buscan, con ayuda de la lógica formal, entrever una nueva manera de pensar el objeto de estudio mismo, más allá de una retórica sobre el fin teleológico de la disciplina.

Esta necesidad es expresada con bastante fuerza por Kisnerman cuando insiste en la necesidad de pensar “el campo específico del servicio social”. Dicho enfoque se centra en el estudio de la diferencia objeto-sujeto, deducción e inducción, y no propiamente del horizonte de conocimiento que se abre a partir de la incorporación de categorías de otras ciencias sociales, muy probablemente porque dicha incorporación no se da de manera sistemática y es más bien desordenada.

Hay algunas otras influencias no hegemónicas que también hacen su aparición en la manera de estructurar los diferentes discursos de la configuración. El papel que juega la lógica formal: en especial el asunto de pensar desde el binomio inducción-deducción, así como el pensar axiomáticamente algunos postulados que fortalecen las propuestas teórico-metodológicas más acabadas. Ejemplo de ello, además de Sacarón y Genisans, es también el caso particular de Kisnerman que también se apoya en algunas estructuras lógicas y epistemológicas para ir sustentando su propuesta para la construcción de la disciplina. Mientras que, por otro lado, podemos ver que la falta de la integración rigurosa deviene en desarrollos discursivos más retóricos o más apegados a resúmenes conceptuales, como es el caso de Ander-Egg.

En el caso de Ander-Egg (1970), por ejemplo, que propone un desafío existencial para la carrera, el abuso del término “existencial” que podría ser comprendido en

múltiples acepciones, se estanca al verse parcelado discursivamente y no encuentra su conexión con otras ideas o propuestas del mismo autor. De la misma forma Kruse retoma la misma palabra para hablar de la necesidad de dotar de sentido e identidad a la carrera.

La ideologización o la no ideologización es otra constante que se resalta en los diferentes discursos de los autores. Kruse lo plantea como un “desgarramiento ideológico” en el que la ideología del sistema dominante mantenía *apaciguados* o enajenados a los trabajadores sociales.

A decir de Norberto Alayón o Nora Aquín (2005) se piensa en la dimensión política que tuvo el movimiento a la luz de dos posibilidades: legitimar o cuestionar el orden social. ¿Cómo se tradujo ese cuestionamiento en el enriquecimiento del proceso teórico-metodológico? Sin duda se alimentó un discurso retórico que se refleja fielmente en los textos de la configuración, pero que no encontraron un puente metodológico sólido. Una serie de enunciaciones críticas que no se convierten en una teoría acabada y una metodología fuertemente cargada de postulados de otras disciplinas, dio como resultado una serie de discursos aislados, con múltiples similitudes, pero carentes de unidad.

Sin duda, este proceso de cambio amplió las posibilidades de pensar un trabajo social diferente. La falta de unidad teórica no es sinónimo de estancamiento. La configuración de la reconceptualización posibilita ir integrando, cada vez con mayor fuerza conceptos y categorías de otras disciplinas. Aunque muchas de las veces se hicieron de una manera intuitiva y poco rigurosa desde los cánones científicamente aceptados, estos procesos comenzaron a crear diferentes escuelas de pensamiento dentro de la disciplina que van tomando su propio curso y se despojan de la primacía de las categorías marxistas, de la visión del desarrollo de la teoría de la dependencia y del papel “revolucionario” y de concientización que tomó de la pedagogía de la liberación. Estas nuevas escuelas de pensamiento irán dando paso a una nueva configuración: el trabajo social contemporáneo, desde donde se amplía la diversidad de pensar las posibilidades, el objeto de estudio y los campos de análisis para la disciplina.

La reconceptualización despertó inquietudes en los autores de la región Latinoamericana y hoy día continúa haciéndolo. Es así como la siguiente configuración incentivó la inquietud de proponer nuevos caminos para el trabajo social, sólo que esta vez no habrá una predominancia de una sola postura epistemológica y teórica en el discurso, sino que se diversificará el abanico de posibilidades teóricas y metodológicas. La esperanza de Lima se cumplió de alguna manera y la configuración del trabajo social contemporáneo ha dado paso al intento de reorientar la disciplina.

CAPITULO 3: Trabajo Social Contemporáneo

Con la caída del muro de Berlín muchos de los presupuestos del marxismo sobre la construcción del socialismo desaparecieron. La centralidad puesta por los trabajadores sociales de la reconceptualización sobre el marxismo se fue diluyendo dando paso a otros paradigmas explicativos para la profesión y la realidad social. En este momento histórico se da paso a otra generación de autores como aquellos de la escuela de Frankfurt, los estructuralistas y filósofos de las ciencias como Kuhn.

Esta etapa, aun cuando retoma lo construido hasta el momento en el trabajo social, se enfoca en encontrar una voz propia y para ello trata de depender menos de autores de otras disciplinas y comienza a dar mayor peso a lo que se produce desde el Trabajo Social. Como lo delinear Ornelas y Brain (2015):

Fueron nuevamente los cambios sociales los que llevaron a las distintas ciencias y disciplinas a replantear su papel ante las nuevas realidades; sin duda la aparición del neoliberalismo como fase del capitalismo y su influencia en la visión acerca de la organización política, social y económica de las sociedades actuales, hicieron de la década de los 90 un punto de referencia para comenzar a hablar de un trabajo social contemporáneo. Esta configuración retoma, recupera y re-elabora las producciones del trabajo social tradicional y del reconceptualizado, además de que realiza sus propias aportaciones. (p. 11)

A partir de ello el Trabajo Social vuelve a cuestionarse a sí mismo sobre su trayectoria como disciplina y hacia a donde ésta se dirige. Aunque la reconceptualización se había puesto como meta dar más científicidad a la disciplina, este objetivo no se cumplió en su totalidad. Ante ello, se apreció necesario alejarse un poco de la centralidad del marxismo para poder atisbar otras posibilidades de traer elementos y sustentos epistemológicos que den fuerza al quehacer del Trabajo Social. Lo mismo sucedió con el asunto de la subjetivación y particularización de los procesos metodológicos, del inmediateismo y la incapacidad de convertir la práctica en un sistema coherente y replicable, pues como lo plantea Restrepo (2003):

Sin el sustento epistemológico y metodológico, las técnicas de actuación profesional serán un conjunto vacío de procedimientos canónicos que dejan en el aire los límites de su capacidad y los aprendizajes presentes en modos particulares de aplicación y subjetivación. (p. 14)

El reto de la configuración contemporánea es retomar lo que la reconceptualización se planteó: lograr establecer y fundamentar una propuesta teórica-epistemológica disciplinar. La particularidad será que ahora el marxismo no será la teoría unívoca a utilizar para alcanzar ese objetivo. La problemática continúa siendo la misma, y la crítica a la visión tradicional en trabajo social se continúa problematizando. Aunado a ello, los problemas sociales se han ido configurando de manera más diversa y no ya sólo se dice que se trata de la emancipación o el cese de la explotación del hombre por el hombre. En la coyuntura se encuentran otros temas como el de los derechos humanos, el medio ambiente, la situación de los refugiados y desplazados por las guerras, etc. Teresa Matus (1999) verá en ello una oportunidad del trabajo social para impulsar la construcción teórica-metodológica en nuevas direcciones:

Hoy las formas tradicionales de concebir la marginalidad no explican los fenómenos que están sucediendo en nuestros países. La dualidad de la interpretación en las décadas anteriores, la pugna de interpretaciones entre las teorías clásicas de la modernización y la teoría de la dependencia, son insatisfactorias como esquemas binarios de interpretación, aunque siguen siendo consistentes en algunas dimensiones de su análisis (p. 17).

Dicha dicotomía en la interpretación impidió ampliar los horizontes de la profesión, por ello la propuesta del trabajo social contemporáneo es diversificar, en este sentido, los trabajadores sociales plantean el hecho de que no se puede ya interpretar lo social desde una sola postura, y con ello, un nuevo panorama se abre para la disciplina (Ornelas, 2014). Esto no solamente resulta en incluir nuevas teorías sociales al discurso de la disciplina, sino que también conlleva a nuevos cuestionamientos internos en torno a lo que es el Trabajo Social. Ello no carece de múltiples dificultades, ya que, así como se plantea una nueva posibilidad, también los obstáculos presentan una dimensión problemática. Ejemplo de ello lo tenemos

en el libro de *Ensayos en torno al Trabajo Social*, (Yáñez, 2009) que, aunque contiene valiosas aportaciones, también contiene reflexiones en un lenguaje que a veces se antoja críptico e inclusive metafísico del Trabajo Social. El peligro consiste en que la disciplina no ha sabido cómo integrar la multiplicidad de opciones desde las cuales se dialoga con las ciencias sociales y sus respectivas teorías, ya que se convierten dichas aportaciones en una mezcla, a veces indiscriminada, de autores de varias y diferentes posturas sin que ellas tengan una coherencia interna. Otras veces se retoman algunos conceptos unidimensional o unívocamente fuera del contexto del texto o de la obra completa del autor y con ello no se logra establecer claramente el sentido de la integración conceptual. Esto produce la impresión de que lo que se intenta es legitimar a la disciplina con múltiples referencias a autores modernos o claves en el desarrollo de las ciencias sociales, más allá de que tengan un sentido claro del porqué se integran a las producciones teórico-metodológicas del trabajo social.³⁴

En este sentido, hay una concordancia con la preocupación que señala Ornelas (2015) cuando alude a la multidisciplinariedad de ideas que no logra entretorse desde la perspectiva del trabajo social. Por otro lado, hay una problemática, relacionada con esta primera que no se puede pasar de largo: asumir que todo puede ser entendido como contemporáneo sólo por el simple hecho de haber sido escrito en el presente que se está dando, es una visión discutible.

3.1 Objeto de estudio y objeto de intervención

Una característica importante de esta configuración es el surgimiento de una categoría conceptual: *lo social*. Dicha categoría no es tan fácil de comprender, dado que muchos autores a pesar de utilizarla no la explicitan como tal, sino que dan algunas pistas sobre aquello a lo que podrían estarse refiriendo. Uno de ellos es Carballeda (2002), que trata de situarnos en un contexto de *lo social*:

³⁴ Esta situación parece ser parte de la necesidad de legitimarse frente a otras ciencias que tienen una trayectoria mucho más prolongada. Es el caso del autor Víctor Yáñez, cuyos ensayos están plagados de referencias de Hegel, Arendt, Bloch, Baudrillard, Heller, Kant etc. en donde se cita al por mayor a los distintos autores, sin que se logre del todo aterrizar o justificar las citas que de los autores se hacen. Aunque el autor defiende la idea de una postura ontológica del trabajo social, parece que ello no se hace con el suficiente cuidado y mesura al retomar ideas de autores diversos.

...la intervención en lo social se presenta como una vía de ingreso a la modernidad dirigida a aquellas que cada época construye como portadores de problemas que pueden disolver el “todo social”. De ahí que en el contexto de la ilustración y en relación con la problemática de la integración se define lo patológico, criminal, ilícito, desviado, sin razón, irregular, etcétera (p. 21).

Parecería ser que lo social es aquella estructura que subyace en la sociedad en donde se juegan una serie de relaciones contenidas en el “todo social”. Es en este espacio donde se definen las características que el autor menciona, y donde es pertinente la intervención en lo social. Esa serie de relaciones que subyacen en la sociedad son la “vía de ingreso” para la intervención, para el quehacer del Trabajo Social.

Matus (1999) se da cuenta de ello y nos advierte que, en el futuro, esto podría convertirse en un problema para la disciplina:

Se sostiene que esta disciplina tiene por objeto *lo social*, pero este término no se encuentra bien dilucidado a nivel conceptual. Así, por ejemplo, se alude con él a *la comunidad*, o a todos los beneficiarios adscritos y potenciales del sistema. Otras veces se denomina social al campo de acción, el ámbito de acción que va de la política a la administración y de allí a la comunidad, o bien, una actividad que se da fundamentalmente a nivel de personas y de grupos, aunque es cierto que no podrá desentenderse de la acción a nivel de la estructura social (pp. 34-35).

Para Carballeda hay por lo menos dos perspectivas acerca de lo que se entiende como intervención en lo social, una de ellas es la del disciplinamiento de los individuos y los cuerpos, la otra será vista como una herramienta para que el sujeto repiense la manera en que su vida se desenvuelve en el terreno de lo social. Para el autor es necesario imprimir nuevos sentidos en la vida cotidiana para abonar a la construcción y explicación del mundo. (Carballeda, 2002). Pero la lógica de la intervención social es que ayude al sujeto a construir relaciones sociales distintas, que no sea un simple peón del juego de la modernidad.

Para Matus (1999) la problematización de los procesos de modernización y su impacto sobre la manera en que se interviene en lo social también es un foco de atención cuando afirma:

Todo el cuestionamiento a las diversas modalidades de un proceso de modernización, las nuevas formas de exclusión, los acelerados cambios en el ámbito de lo público y lo privado, los enormes desafíos en la innovación de la gestión en Trabajo Social nos demandan nuevos esfuerzos (p. 28).

El mencionado proceso de modernización implica nuevas formas de relación y de tejidos en “lo social”, por lo cual las características mencionadas por Carballada adoptan en la autora un cariz similar al hablar de la exclusión, la tensión entre lo público y lo privado y el resquebrajamiento del Estado de bienestar y su influencia sobre los procesos de gestión. Estos nuevos esfuerzos no solamente tienen que ver con las implicaciones de problematizar desde el Trabajo Social, sino que obligan a repensar los fundamentos epistemológicos que nos legaron la configuración tradicional y la reconceptualización. Restrepo (2003), con un enfoque epistémico, problematiza esta situación así:

La complejidad y diversidad de lo social limita y supera muchas veces la dimensión de la razón sin lograr establecer conexiones lógicas entre hechos y realidad, poniendo en cuestión la capacidad totalizante de las teorías y vaciando de contenido muchas de las categorías y sistemas de nociones mediante los cuales se intenta abordar lo social (p. 20).

Los diferentes espacios de lo social con las características anteriormente citadas son un entramado de complejidades que, con las visiones de las configuraciones pasadas, no es posible ni visualizar ni explicar. Ello afecta en la manera de entender la causalidad de hechos en lo social, a la vez que orilla a depender de una teoría totalizante -como en el caso del materialismo histórico- para dar cuenta de un espacio como lo es el de lo social, con más dimensiones que sólo los aspectos que dichas teorías son capaces de dar cuenta, es decir, que el ámbito de lo social y de lo que nos significa en la modernidad tiene dimensiones tan complejas que no es posible explicarlo desde el ámbito unívoco de un marco

conceptual. Esto se verá reflejado en la multiplicidad de posturas que existe en la conceptualización contemporánea.

Carballeda situará dos horizontes que se circunscriben a esta visión de la intervención en lo social vista desde el punto de vista del mantenimiento del contrato social o del *status quo*, y otra, la más cercana a la disciplina, que es la de la intervención en los lazos y relaciones sociales, que para Carballeda se dividen en la visión contractual de la sociedad en relaciones, vínculos y lazos sociales. (Carballeda, 2002) Ello significa que el autor sitúa dos principales posturas, una que de nuevo reproduce el sistema tal cual está, y otra en la que se trabaja para la transformación de relaciones sociales por otras diferentes.

Los nuevos esfuerzos nos llevan por el camino de volver hacia dentro de la disciplina para que, con nuevas herramientas, tengamos “ojos para ver” otros aspectos de lo social que antes se nos escapaban. El siguiente pasaje lo ilustra claramente:

De este modo, el esfuerzo se dirige a encontrar ojos para ver, palabras para conformar un lenguaje, herramientas para deconstruir discursos, vías para adentrarse en las contradicciones de eso que denominamos *realidad social*, develando su régimen de la mirada (Matus, 1999, p. 29).

De esta forma se abre un nuevo espacio de posibilidades para conformar un nuevo lenguaje, para hacernos de herramientas capaces de deconstruir discursos que llevamos reproduciendo desde la configuración tradicional acríticamente, y vías teórico-metodológicas para adentrarse en la realidad social para develar los caminos para una nueva forma de concebir la disciplina y su quehacer.

Esta construcción teórica-conceptual dará paso a una intervención mejor pensada y direccionada. Es por ello por lo que la intervención se seguirá viendo como el punto central de la labor del Trabajo Social. Cambiar y deconstruir el discurso posibilita el modificar la forma en la que se hace intervención en lo social. Carballeda (2002) plantea:

Así, la intervención se construye desde la producción y reproducción cotidiana de la vida social, explicitada a través de las múltiples expresiones de la cuestión social. Para una intervención que se orienta a una visión de lo social desde la perspectiva comunitaria, el acceso a la singularidad implica una mirada hacia los lazos sociales como elementos fundamentales de ésta (p. 101).

Los lazos sociales fundamentan la intervención, en tanto que es ahí en donde el trabajo social debe intervenir, así se excluye del discurso la idea central de las necesidades y los problemas sociales, para situarse en las relaciones sociales. Para Carballada, es allí donde el Trabajo Social debe enfocarse para poder dar paso a la intervención en lo social. Aquí se reafirma que lo social está estructurado por esos lazos, es aquello de lo que está conformada la estructura social en su aspecto más elemental, por tanto, la cotidianeidad es el espacio por excelencia para poder abordar la intervención. Es ahí donde se producen y reproducen dichos lazos, donde se reafirma una cierta manera de vivir lo social para los sujetos, e inclusive desde una perspectiva comunitaria, la singularidad es la primera entrada a ese mundo.

Matus hará nuevamente la crítica al hecho de tomarse a la ligera los propios conceptos que construimos desde la disciplina, con respecto a *situación social*, que, para varios autores entre ellos Matus, no está definida suficientemente. Y es que nuevamente se nos presenta la problemática de las configuraciones pasadas que es el dar por supuesto que conceptos que creamos desde la disciplina quedan explicitados solo con nombrarlos, tal como sucede con el término "cuestión social". Este ejercicio se presta a la polisemia, que para el uso cotidiano del lenguaje no es un problema central, pero para el discurso científico y social sí lo es. Es en este sentido que los modelos explicativos del trabajo social fallan o tienen serias limitaciones al momento de ser herramienta para la interpretación de la realidad social -por lo cual se recurre a teorías de otras disciplinas- como lo ilustra Restrepo (2003) en el siguiente pasaje:

La crisis de paradigmas cumple un papel funcional en la tarea de reconfiguración del Trabajo Social, puesto que permite poner en cuestión los modelos explicativos -generalistas- que soportan su estructuración obstruyendo la posibilidad de

considerar lo cotidiano y particular. La fractura de estos modelos teóricos desnuda la realidad profesional, planteando retos y direccionando caminos (p. 39).

Esta situación ya era señalada desde la reconceptualización, pero precisamente la unilateralidad teórica aportaba modelos explicativos que generalizaban una realidad que no es unidimensional. Esta vez se plantea de nuevo la necesidad de evitar este error, pero con la claridad de que paralelamente a retomar los modelos teóricos, se deben construir modelos teóricos y metodológicos propios del Trabajo Social. La actitud de pensar que sólo algunos modelos explicativos en boga en América Latina podrían dar cuenta de la realidad social y aún más, que posibilitarían ser partícipes de la emancipación humana, daba cuenta de que se consideraba el papel de la disciplina como la responsable de transformar la estructura social. Tomando en cuenta esto, la configuración contemporánea se plantea derribar este mito y reconfigurar el discurso del Trabajo Social por uno más realista. Para ello, es menester dar ese primer paso hacia la construcción de conocimiento propio, con un acercamiento epistemológico adecuado, como el ejemplificado con la propuesta de Restrepo (2003), sin embargo, la autora nos advierte:

Ni teoría ni práctica -en sí mismas- comportan “conocimiento”, pero ambas están en posibilidad de aportar a la construcción del mismo, siempre y cuando se desarrollen como procesos subjetivos, abiertos, de traducción y representación de la realidad, capaces de albergar en su interior la duda y el error (p. 27).

El mito de que retomar nuestras experiencias prácticas y “sistematizarlas” conformaría conocimiento por sí mismo busca derribarse también en esta configuración. La construcción teórica a partir de la práctica y viceversa, requiere algo más que eso. Debemos aprender a interpretar la realidad con una actitud crítica y autocrítica para evitar caer en los errores que la disciplina cometió en el pasado. Uno de ellos es también la tensión que existe entre la teoría y la práctica, privilegiando una por sobre de otra en algunos momentos. Restrepo (2003) también lo señala:

Una de las visiones quizá equivocadas con que arrastra el Trabajo Social a través de su historia, es la confusa y problemática relación entre teoría y práctica. Esa dicotomía entre pensar y hacer ha atravesado históricamente la profesión relegando a un segundo lugar el papel de la teoría, privilegiando el activismo y el asistencialismo y convirtiéndose en un obstáculo epistemológico para la producción de conocimiento. Diferenciar la práctica fundada en un actuar conceptual y reflexivo, de aquella otra que resulta de un proceso de acción sustentado en el ensayo y error sin soporte crítico ni conceptual, es una de las tareas a emprender por la profesión. (p. 25)

Este obstáculo epistemológico nos ha llevado por un camino en el que nos ha hecho falta una tradición creadora de teoría. Por otro lado, el intento de hacer teoría propia, o dar un sustento científico a la profesión llevó al otro extremo: se plantearon teorías y objetivos que sobrepasaban al Trabajo Social como disciplina, creando discursos que no podían ser sostenidos por los profesionales en la práctica, como lo fue el pretender asumir un rol revolucionario.

La advertencia del Trabajo Social Contemporáneo es que sí vamos a retomar estos procesos de construcción teórica y metodológica, debemos ser cuidadosos al momento de hacerlo: en la dimensión epistemológica, teórica y metodológica. Seguir trabajando bajo la lógica del ensayo y error, no nos posibilita el continuar avanzando y fortaleciendo la disciplina. La configuración contemporánea nos abre las posibilidades para construir verdaderas alternativas de consolidación de la disciplina/profesión.

Una particularidad de esta configuración es que el objeto de estudio ya no será el individuo adaptado al medio, tampoco lo será la estructura social para ser transformada, sino que ahora la intervención misma va a ser sujeta de análisis, especialmente en la manera en que esa intervención va a ser llevada a cabo. En qué espacios y de qué maneras se va a configurar, cuáles son los alcances y los límites de la intervención social desde la profesión. Nelia Tello y Silvia Galeana dedicarán su libro *Intervención Social* para abordar esta temática y presentar una propuesta de mirada para entender la intervención. Galeana propone esta definición:

La intervención social es el conjunto de procesos y acciones articuladas con direccionalidad para enfrentar situaciones sociales reales, problemáticas y complejas de los individuos, grupos, comunidades y colectivos sociales que demandan la determinación de caminos viables que contribuyan a elevar su calidad de vida y hacer valer sus derechos sociales, a partir de potenciar tanto las condiciones como los servicios y recursos existentes en los propios sujetos y en su entorno, caracterizados esencialmente por la disparidad y la desigualdad social (En: Tello y Galeana, 2008, p. 5).

El tema de la complejidad comienza a abordarse como un reto frente a las intervenciones unidireccionales de las configuraciones pasadas. La articulación de la intervención permitiría entonces, dejar a un lado las intervenciones aisladas, improvisadas y de sentido común para dar paso a procesos y acciones que tengan una dirección y una clara visión del quehacer del Trabajo Social. El centro de la intervención estará dirigido a un problema, una demanda o algo que requieren los sujetos sociales como carencia (Tello y Galeana, 2008, p. 6).

Es aquí donde comienza una escisión de visión que se verá con mayor detalle más adelante. Se continúa con la propuesta de que la intervención va dirigida a un problema, o demanda de varios sujetos sociales. Galeana por su parte habla de que la centralidad de la intervención sigue siendo un problema y una demanda social. Esto tendrá implicaciones metodológicas claras en los procesos para atender dichas demandas, que pueden desembocar en asuntos de gestión, por ejemplo, y que darán un enfoque particular al Trabajo Social en las instituciones. Más adelante, empatará con lo que autores como Carballeda proponen, incluso retomando también el tema de “lo social”, en donde la atención está centrada en la vida cotidiana, los lazos sociales y su análisis y transfiguración:

...el abordaje de lo social implica poseer conocimientos, capacidades, habilidades y actitudes para insertarse en la diversidad de escenarios y en la vida cotidiana de los sujetos sociales, respetando su idiosincrasia, sus prácticas y expectativas; además es preciso estar capacitado para establecer condiciones propicias para una comunicación fluida y una relación armónica y estrecha que propicie la confianza y el compromiso de los sujetos sociales (Galeana, en:Tello y Galeana, 2008, p. 7).

Por un lado, tenemos de nuevo el pensar lo social, lo cual en ninguno de los autores hasta ahora revisados se profundiza lo suficiente, dejando al lector en una especie de ambigüedad sobre lo qué puede significar “lo social” desde el Trabajo Social. Por el otro lado, volvemos a acercarnos al tema de la recuperación de la vida cotidiana como espacio privilegiado para la intervención social y el respeto por estas prácticas, en tanto que esto permitirá construir relaciones armónicas y estrechas, de confianza entre sujetos sociales, al respecto Galeana (2008) expresa que:

...la complejidad de lo social se presenta como una realidad multidimensional, con una sistematicidad (la relación de una parte con el todo) que no es claramente diferenciable; forma mundos intrincados, traslapados, multidependientes (p. 9).

Extraemos de aquí que lo social es donde se va a intervenir. Se dice que lo social es una realidad compleja multidimensional que está organizada como un sistema y que forma mundos intrincados y mutuamente dependientes. Pero la definición de una característica de lo social no define por sí misma lo qué es lo social como un todo. Aun así, vemos cómo Galeana se posiciona desde la perspectiva de la complejidad, situación que será común a muchas autoras y autores de esta configuración.

Para Galeana (2008), la intervención se enfoca en atender problemas y necesidades sociales, sin embargo, el marco explicativo para los mismos se deja al criterio subjetivo del profesional, como lo manifiesta en las siguientes líneas:

La dimensión necesidades, demandas o problemas es una expresión concreta y, al mismo tiempo, diversa, determinada por la complejidad de la realidad, ya que es resultado de esta. Su definición y conceptualización dependen de los marcos explicativos, tanto de los profesionales que realizan la intervención como de los sujetos sociales (p. 14).

Y de igual manera la autora señala que la intencionalidad también es dada en esos mismos términos, como se muestra a continuación:

Es importante puntualizar que la intencionalidad de estos contenidos o acciones están determinados por los marcos explicativos de los profesionales, así como por

los procesos, perspectivas y expectativas del sujeto (En: Tello y Galeana, 2008, p. 15).

Se entiende pues que la metodología, las acciones y los procesos deben ser flexibles -como Galeana lo da a entender en el mismo texto- para poder responder a una realidad compleja y cambiante. Párrafos más adelante se advierte sobre estos peligros:

Por otra parte, se presentan serias debilidades y vacíos en torno a los referentes teórico-metodológicos que fundamentan y dan direccionalidad a la intervención social, y estos aspectos repercuten tanto en la utilidad y el alcance de la intervención social ante las exigencias de la realidad social, como en la recuperación de prácticas que podrían enriquecer sus metodologías (En: Tello y Galeana, 2008, p. 17).

Por otro lado, Tello (2008) se refiere a la intervención social en los siguientes términos:

Su acción (de trabajo social) deviene de lo social y recae en lo social, precisamente en el punto de intersección que genera la relación entre sujeto, problema, contexto. De este modo, la intervención de Trabajo Social es una acción racional, intencional, fundada en el conocimiento científico, y su objetivo es desencadenar procesos de cambio tendientes a fortalecer lo social en la equidad (p. 27).

Tello habla de *lo social* en los mismos términos que Carballeda cuando se refiere a este concepto como las relaciones y los vínculos sociales. En esto, hay un punto de coincidencia al momento de definir lo social; se coincide también en que la acción de la disciplina es racional e intencional. Tello se separa de Galeana y Carballeda cuando no da prioridad a los “problemas y demandas”, sino al desencadenamiento de procesos de cambio. Además, la complejidad aquí toma una forma y un nombre, cuando la autora expresa:

La situación-problema como unidad se constituye en el objeto de la intervención en su multiplicidad de interacciones, movimientos y retroacciones. Esto es, el objeto de trabajo del trabajador social está constituido por las articulaciones entre el sujeto y el problema en el contexto concreto. (Tello, 2008, p. 28)

La complejidad de lo social se refleja en la situación-problema, triada anteriormente citada, en donde se dan interacciones, movimientos y retroacciones entre estos tres elementos. La intervención se da entonces en este espacio de intersección. Digno de mencionarse es que en Restrepo o Carballeda se hablaba de la situación social de manera un poco ambigua; unas veces entendiéndose como el estado presente de una sociedad, otras veces entendiéndose como la modernidad y sus consecuencias sobre los sujetos sociales con los cuales se va a intervenir. Aquí la situación-problema como situación social a intervenir queda bien definida y planteada.

Por otro lado, Tello (2008) plantea que hablar de demandas sociales puede hacer parecer que la disciplina, en su intervención, se ocupa de atender necesidades materiales, como lo deja en claro en las siguientes líneas:

...es importante no confundir lo social con las aportaciones materiales, con el fin de poder deslindar con precisión dónde empieza y dónde termina el hacer del Trabajo Social. [...] Asimismo, la primera tarea del trabajador social que indaga, busca, construye puntos de ruptura para provocar procesos de cambio, es identificar y caracterizar estos procesos, encontrando su articulación en la expresión concreta que conforma la situación problema, ya sea en lo individual, en lo grupal, en lo comunitario, en lo regional o en toda la sociedad (p. 30).

Los procesos de cambio de los que se habló anteriormente se producen identificando puntos de ruptura para sustentar en ellos la generación de procesos de intervención. La tarea del Trabajo Social es identificar y caracterizar los procesos que harán posible dar con esos puntos de ruptura y desde ahí intervenir. La búsqueda de un sustento epistemológico desde el cual identificar la intervención es novedoso, en tanto que otros autores continúan diluyendo el quehacer de la disciplina en tareas múltiples, a veces ajenas a ésta. Situado este punto se puede comenzar a trabajar.

Con relación a los marcos explicativos desde los cuales puede el Trabajo Social apoyarse para construir los procesos o estrategias de intervención, Tello (2008) señala:

...lo transdisciplinario de la acción del Trabajo Social se traduce en la operación, al integrar miradas, discurso e interpretaciones desde la definición de la situación problema, hasta la construcción de la estrategia de intervención que conforman las acciones de Trabajo Social y no por la suma de acciones educativas, informativas, de capacitación o administrativas: no es lo mismo juntar miradas disciplinares que constituir una mirada transdisciplinar desde lo social (p. 33).

La integración de miradas desde lo transdisciplinar es la propuesta, no ya a merced de la mirada subjetiva y parcializada de las diversas disciplinas, ni de los sujetos sociales ni del profesional, sino de un trabajo estratégico entre distintas miradas disciplinares. Por lo cual, la suma de actividades educativas, informativas, de capacitación o administrativas, no son lo que constituye al Trabajo Social, o no deberían hacerlo, dado que hay que construir otra forma de intervención que no simplemente emule las actividades que también realizan otras disciplinas.

Tello (2008) entonces volverá a darnos una pista sobre lo que constituye lo social. De manera similar a cómo lo dice Carballada, lo social se refiere a ese entramado de relaciones sociales donde el sujeto participa como individuo o como colectivo:

Una acción racional que recae en lo social no es otra cosa que la esencia misma del hacer del Trabajo Social: trabajar en las relaciones sociales, en las interrelaciones, en su estructura, en sus formas, sus dinámicas, su universo, su ámbito. (p. 34)

Tello presenta una de las formas más acabadas conceptualmente de lo social, en donde lo entiende como las relaciones sociales en interrelación, con una estructura y forma. Con ello lo social se concibe, no como algo abstracto, sino como algo que se materializa cotidianamente en las interrelaciones sociales entre sujetos, y que al tener una dinámica no son estáticos. Es ahí, en ese espacio de lo social donde el Trabajo Social debe poner su mirada como primer momento de análisis, lo que se traduce en el análisis de la situación social, entendida desde Matus, para después buscar el punto de intersección que es la situación-problema. Dicho estudio no debe ser solamente analítico, sino que habrá de dar paso a la intervención social, que debe ser un cambio definido por el profesionalista mismo (En: Tello y Galeana, 2008)

El cambio social es, tal cual, un cambio que puede tomar varios sentidos o direcciones. Tello prefiere dejar la opción abierta, aunque menciona algunas de las que históricamente han definido al Trabajo Social, tales como el bienestar, el desarrollo, el mejoramiento de los niveles de vida, etc. En *Apuntes*, Tello (2008) sitúa la intervención como parte de una postura epistemológica desde la cual el profesionalista se vuelve responsable de su acción social. Estas posturas son las propias de las configuraciones aquí mencionadas.

Con relación al bienestar, encontramos la crítica que hace Rozas Pagaza (1988) al término “bienestar social”, que es uno de los conceptos con mayor difusión en el trabajo social contemporáneo:

En la formación académica y la práctica profesional el esfuerzo está centrado en hacer efectivos los objetivos relacionados con el bienestar social, desde una concepción liberal, a través de los niveles de intervención individual, grupal y comunitaria; sin interpelar el carácter teórico e ideológico de dicho concepto, por lo tanto, se lo asume como un concepto que sustenta la intervención profesional en esa dirección (p. 9).

Acto seguido establecerá una relación causal entre el bienestar social y las necesidades sociales, cuando afirma:

En el proceso histórico de la profesión y particularmente en la configuración del “campo problemático” de la intervención, se establece una vinculación casi natural entre necesidad y bienestar social como aspectos que expresan su relación con la “cuestión social” (p. 21).

Otro elemento por resaltar es el de la cuestión social, concepto que reaparece como en Carballada. ¿Qué es esa cuestión social de la que se habla más allá del contexto de la modernidad? La autora no lo explicita, más bien focaliza su atención en pensar la necesidad desde la integralidad que dará como resultado la potenciación de proyectos de vida y las relaciones sociales. (Rozas, 1998)

Entonces la necesidad ya no se ve como una simple carencia, sino como una potencialidad que es capaz de movernos hacia la construcción de espacios y proyectos de vida, desde los cuales damos sentido como sujetos a nuestras

relaciones sociales. Contrario a autoras como Tello, Rozas no da prioridad a las relaciones sociales sino más bien a *la necesidad* como motor de la potencialidad humana, de manera similar a como lo hizo Marx con las capacidades y necesidades. Rozas evoca reminiscencias de la reconceptualización cuando hace un análisis breve de la *mercancía*, estableciéndola incluso desde el punto de vista del valor de uso y valor de cambio.

Rozas interpela a la profesión por haber deformado lo que entendemos por *necesidad*, aludiendo con ello también al sistema opresor, de nuevo retrayéndonos un poco a la reconceptualización, cuando escribe:

El trabajo social, al reducir el sentido de las necesidades al plano de la reproducción biológica del hombre, ha deformado la naturaleza de las necesidades humanas y ha perdido de vista el horizonte de la esencia humana. Asumiendo de este modo, la lógica de la reproducción de necesidades del sistema manipulador (Rozas, 1998, p. 26).

Esta visión del Trabajo Social de tomar un concepto como *necesidad social* y atribuirlo sólo a la reproducción de vida del ser humano es lo que la autora reprocha. En ese sentido, busca dar un salto con respecto a algunos autores de la reconceptualización que también, con la mirada desarrollista, ubicaban desde un punto de vista economicista a las necesidades. Coincide, sin embargo, con ellos en tanto que atribuye esto al sistema social. Y más adelante, coincidiendo ahora con los autores del Trabajo Social Contemporáneo, se ubicará en el espacio de la vida cotidiana como área privilegiada de la intervención, cuando escribe:

Esto es así porque comprendemos que el concepto de vida cotidiana expresa la trama social, en la cual los sujetos articulan su existencia, con relación a la lucha por la satisfacción de sus necesidades. Este escenario es el que marca las coordenadas más importantes para resignificar el campo problemático en la intervención profesional. En este contexto, la cercanía a la vida de dichos sujetos es la clave más importante para desentrañar cómo se expresa la conflictividad de la “cuestión social de hoy (Rozas, 1998, p. 40).

La cotidianeidad es establecida por Rozas como una trama social en la que los sujetos van participando con una serie de acciones que en conjunto -y miradas globalmente- construyen lo que ella y Carballeda entienden como “la cuestión social”. La cercanía a esa trama es la que develará y pondrá de manifiesto qué tipo de intervención requiere hacer el Trabajo Social. En esta trama social es donde los sujetos van construyendo un saber que no es el saber científico ni especializado, sino que es el saber cotidiano y que los posiciona en una postura epistemológica de la que no son necesariamente conscientes pero que el profesionalista es capaz de desentrañar:

La reproducción de estas dos dimensiones (vida cotidiana y saber cotidiano) nos lleva a la idea de una historia que va siendo reproducida por los hombres, pero en condiciones previamente dadas. Estas condiciones dadas están estructuradas a partir de una experiencia vivida y, como tal, saturada de historias personales y colectivas. De alguna manera, podemos decir, que el saber cotidiano muestra cómo los hombres son portadores de objetividad social y a ellos les compete... (Rozas, 1998, p. 41).

Es por ello por lo que se debe encontrar un balance entre la objetividad del profesionalista y un nivel de “objetividad social” que pueda ser aprehendido de los hechos que se dan dentro de la sociedad que contiene tanto al profesionalista como a los sujetos de intervención. Esas condiciones provienen de una estructura que se reproduce en la vida cotidiana y crea y recrea historias personales y colectivas. ¿Qué debe hacer la disciplina al momento de tomar como objeto de estudio estas tramas sociales con sus saberes que se objetivan como fenómenos? La autora expresa que el mundo intersubjetivo del sentido común es sumamente importante para comprender la vida cotidiana de los sujetos sociales (Rozas, 1998). Por ello, es importante centrar la mirada en este aspecto intersubjetivo: para pensar la intervención desde otro lugar y no sólo desde la necesidad o una problemática social, que es la manifestación de esa vida cotidiana.

Buscar los fundamentos de dicha vida cotidiana como fenómeno objetivo nos permite entrar al campo de la cientificidad de la disciplina. Para la autora, el lenguaje juega un papel predominante en este proceso de indagación y

desentrañamiento. Pero finalmente, todo este proceso que es estructural desde el punto de vista de Rozas (1998), tiene como fundamento un núcleo mucho menos visible:

A partir de ella la cuestión social se entiende como la expresión de la relación contradictoria entre capital-trabajo. Esta relación constituye el núcleo central de un proceso que se explicita en la forma de organización económica, social y política que afecta a la clase trabajadora en su proceso de reproducción biológica y social, así como a los sectores sociales no involucrados en dicho proceso productivo (p. 45).

De nuevo, las reminiscencias de la etapa de la reconceptualización se dejan ver cuando se pone sobre la mesa la relación capital-trabajo. En este sentido, la cuestión social -que como concepto no queda suficientemente delineado- adquiere una direccionalidad diferente a la de Carballeda que se centra más en la modernidad como expresión geopolítica en América Latina. Para Rozas la cuestión social se enfoca en la relación anteriormente citada. Ello incluye la dimensión económica, social y política que afecta a los sujetos en su cotidianidad, su trama social y la manera de construir los saberes cotidianos. Pero para la autora no basta con las herramientas epistemológicas legadas de la reconceptualización, mucho menos las de la configuración tradicional, cuando afirma:

Una matriz teórica-crítica posibilita, también, una adecuada lectura de la realidad social, aportando elementos teóricos para ubicar las posibilidades y limitaciones que la profesión tiene con relación a dicha realidad. Establecer una lectura sobre esta relación, de algún modo, es conocer las conexiones específicas de la intervención profesional con la "cuestión social hoy". La misma nos aporta elementos para aprender la particularidad de los sujetos y su vida cotidiana, las aspiraciones respecto a la satisfacción de sus necesidades y su perspectiva respecto a la idea de bienestar social (Rozas, 1998, p. 53).

Dicha matriz teórica-crítica ha intentado construirse a lo largo de la historia de la disciplina y hay algunas perspectivas existentes. Con la mencionada matriz seremos capaces de analizar la cuestión social entendida en su conjunto y con ella tener los elementos para poder intervenir con los sujetos y su vida cotidiana, dando

cabida a la satisfacción de las necesidades, entendidas como posibilidad de alcanzar el bienestar social, en la visión de la autora. Líneas más adelante Rozas (1998) establecerá un momento nodal para lograr esto:

El Trabajo Social puede incidir desde su acción en la vida cotidiana introduciendo una reflexión crítica sobre su saber cotidiano y promoviendo momentos de ruptura y crisis de esta supuesta normalidad de reproducción de relaciones sociales alienadas y enajenadas (p. 55).

Similar a lo que plantea Tello, propone desencadenar momentos de ruptura y crisis en el continuum de “normalidad” de la vida cotidiana de los sujetos, para de esa forma, interrumpir la reproducción de relaciones sociales “alienadas y enajenadas”. Como se hace evidente, estos últimos conceptos son tomados del análisis de Marx y de nuevo nos sitúan en un vaivén entre lo contemporáneo y la reconceptualización. Cabe resaltar que es la reflexión crítica que podamos trabajar con los sujetos en la intervención lo que puede dar paso a los mencionados momentos de ruptura. Rozas (1998) introduce entonces otra inflexión conceptual que la separa de algunas categorías de la reconceptualización, aunque se sirva de ellas cuando escribe:

En este contexto el Trabajo Social como profesión compromete sus acciones en la perspectiva del desarrollo de la calidad de vida de los sujetos sociales con los cuales trabaja, ello implica la satisfacción de las necesidades básicas y las necesidades de identidad (pertenencia, participación, igualdad, desarrollo de capacidades) ... (pp. 55-56).

Ella introduce la necesidad del sujeto de constituirse una identidad, lo cual abona a los aspectos que podrían ser parte constitutiva de las relaciones sociales que se busca modificar, estableciendo como punto de partida para el análisis la situación actual de las necesidades de identidad. En conjunto, este análisis enriquece lo que podría entenderse como “lo social”. Finalmente, la autora termina por explicitar esto, encontrando de alguna manera, cierta coincidencia con la visión de Tello, Ornelas, y Carballeda:

El objeto de intervención profesional, entendido como campo problemático, se constituye en el contexto de producción y reproducción de las relaciones sociales. A nivel más específico, en el contexto de las prácticas que los sujetos cotidianamente desarrollan para poder satisfacer sus necesidades. Ellas se expresan a través de situaciones problemáticas que deben ser analizadas desde una perspectiva teórica que explique la categoría necesidades sociales en su dimensión antropología y ontológica (Rozas, 1998, p. 72).

El espacio cotidiano, la trama social, el saber cotidiano, se juegan en lo social y desde ahí la intervención es en las relaciones sociales como objetivación de lo cotidiano, como manifestación fenoménica. Las relaciones sociales como espacio de intervención son las que posibilitan los momentos o puntos de ruptura. Esta tensión entre el sujeto, sus necesidades materiales y de identidad, su situación social o contexto, y el problema que surge de esa tensión, es desde donde se construye la intervención. Todo este entramado está atravesado por lo antropológico y lo ontológico, pero también lo epistémico, que es lo que se ha tratado de ir construyendo en las líneas citadas anteriormente.

3.2 Metodología

En la dimensión metodológica de esta configuración, Malacalza (2003) en su libro *Desde el imaginario social del siglo XXI: Repensar el Trabajo Social*, resume algunos problemas epistemológicos y disciplinares que aún aquejan al Trabajo Social en su configuración contemporánea. Es importante resaltarlos ya que la producción teórica se nutre de identificar y corregir dichos errores. Uno de ellos es el papel que aún juegan las instituciones en la profesión y que muchas veces, pese a los esfuerzos individuales de trabajadores sociales, limitan la práctica profesional. Malacalza (2003) lo expresa en este párrafo:

Por esto, es posible identificar sectores profesionales que sólo internalizan el discurso, las normas y reglas estatuidas como únicas e inmodificables, y otros que, con su práctica, construyen una realidad institucional que no se corresponde con aquella visión homogénea que supone el sistema institucional (pp. 12-13).

Plantea entonces que existe el peligro de que la producción teórica que se hace, innovadora y direccionada hacia nuevos horizontes, se vea truncada por las lógicas institucionales en donde se desenvuelve el profesional de trabajo social; situación que bien ha hecho evidente Ornelas (2014) en su trabajo de investigación sobre los distintos momentos y maneras de concebir el trabajo social actualmente y las múltiples contradicciones que ello encierra.

Aludiendo a la condición moderna del fin de los meta-relatos o las verdades absolutas, Malacalza llama a abandonar las dicotomías, al igual que en su momento lo hizo Restrepo:

...creo importante remarcar que la pérdida de verdades de las ciencias nos obliga a la superación de esquemas y discusiones históricas que de alguna manera nos paralizaban: asistencia versus asistencialismo, asistencia versus concientización, etc.; y nos coloca en una reflexión mucho más realista (Malacalza, 2003, p. 15).

Las dicotomías citadas anteriormente han truncado y han establecido parámetros de análisis que ya se han abordado extensivamente. Si se quiere ser congruente con la idea de la complejidad, citada por varios autores de esta configuración, es importante evitar dichas dicotomías para avanzar en otro tipo de reflexiones internas.

Por otro lado, tenemos la concepción epistemológica sobre el sujeto:

...quedaría definitivamente superada esa concepción globalizante en que cada individuo era considerado como una síntesis, un microcosmos exacto del arquetipo de su grupo social causa de numerosas frustraciones en nuestro trabajo profesional (Malacalza, 2003, p. 18).

Evidentemente, la construcción que hacemos del sujeto es aún ambigua, pues se ha considerado sintéticamente y desde percepciones a veces arquetípicas. Páginas más adelante expresará de nuevo esta preocupación con otras palabras:

Creo fundamental, para las ciencias sociales, romper con la categoría de "sujeto" como unidad racional y transparente. Esta conceptualización implica otorgar un significado homogéneo a todos los terrenos de la conducta del sujeto (Malacalza, 2003, p. 49).

Acto seguido, Malacalza habla de la integralidad característica del Trabajo Social, también vista desde la transdisciplina, o si se quiere desde la complejidad. Ella refiere que:

Está fuertemente arraigada la idea de los análisis “integrales” para la búsqueda de las causas de tal o cual problema social. Si bien considero que esta concepción es absolutamente correcta, es necesario identificar niveles diferentes de explicación a los diversos procesos que estructuran ese hecho, so pena de encontrar que la dificultad que implica conseguir concretar este tipo de análisis, paralizar la actividad de indagación o conduce a resultados poco profundos que no constituyen un aporte sustantivo (Malacalza, 2003, p. 37).

La estructuración del hecho que se estudia ya sea como situación social, cuestión social, o situación-problema requiere de recortes muy específicos y bien delineados. Por lo cual la postura epistemológica juega un papel importante. Los autores hasta ahora revisados de la configuración toman distintos carices, ya sea como contexto, historicidad, niveles de intervención, y así sucesivamente. Líneas más adelante vuelve sobre este mismo problema cuando afirma que lo social ya no puede simplificarse, dado que ello significaría opacar las situaciones a analizar. (Malacalza, 2003)

Aquí, además de lo anteriormente mencionado vuelve a aparecer, al igual que en otros autores “lo social” aunque Malacalza no lo usa como categoría central de su análisis, pues no aparece con tanta frecuencia. La autora caracteriza lo social como “constitutivamente opaco”, no solamente como fenómeno real concreto, sino también como concepto definido desde el Trabajo Social en los autores de esta configuración. La autora se ve en la necesidad de citar a Castoriadis, quien da una definición muy puntual de lo social como la interrelación de lo humano impersonal, de estructuras dadas que se instituyen y materializan en las relaciones sociales, planteamiento que podría tomarse en consideración.

Por otro lado, la relación entre el sujeto y la estructura social que lo *contiene* es muchas veces obviada y su delimitación es importante para el análisis del Trabajo

Social al momento de diseñar una estrategia de acción, si es que quiere generar procesos de cambio.

Siguiendo esta idea, se plantea la necesidad de indagar sobre la cuestión de la relación entre sujeto y estructura o, dicho de otra forma, de la identidad de los sujetos y sus procesos de conformación, dimensiones que se piensan como de fundamental importancia para la elaboración de estrategias profesionales que contemplen tanto los aspectos asistenciales de la intervención, como los tendientes a generar procesos movilizadores y participativos (Malacalza, 2003, p. 62).

Entonces la autora, sin negar el aspecto asistencial, propone que es necesaria la construcción de estrategias profesionales y no metodologías rígidas que impidan al profesional plantear una estrategia flexible.

Otra propuesta metodológica del trabajo social contemporáneo es la de Tello (2008) que en su libro *Trabajo Social en la Comunidad* expone cómo abordar una situación-problema y desarrolla la siguiente secuencia:

- Delimitación de la práctica
- Aproximación al problema
- Observación
- Contrastación entre la realidad y las referencias.
- Investigación bibliográfica
- Entrevistas informales y profundas
- Investigación cuantitativa
- Construcción de cuestionario
- Análisis de datos
- Elaboración de diagnóstico
- Construcción de escenarios: ideales, posibles, factibles
- Objetivos
- Estrategia de intervención
- Procesos metodológicos de intervención: diálogo, reflexión, análisis, nuevo concepto.
- Roles: coordinador, investigador, gestor social, facilitador, promotor, etc.

Aquí aparece la iniciativa de situar escenarios desde los cuales el profesionista pueda proyectar la realidad que desea construir. En cuanto a procesos metodológicos se propone el diálogo, la reflexión, el análisis y la creación de nuevos conceptos con los sujetos sociales con los que se trabaja.

Después, Tello y Ornelas (2005) presentarán su propuesta en el libro *Estrategias y modelos de intervención de Trabajo Social. Aportes para su construcción*. Ellas amplían la noción de la intervención, pensada a través de modelos y no de acciones inconexas y señalan:

una intervención con estas características requiere del conocimiento de la situación-problema, de la construcción conceptual del cambio buscado y de la construcción de una estrategia de intervención que realizada, estandarizada y validada sea replicable, en cuyo caso estaremos hablando de un *modelo de intervención* (p. 11).

De tal manera que un modelo requiere de científicidad, de una explicación de lo social que sea lógica y sistematizada y sobre todo que tenga una coherencia con lo que se observa en la realidad. Ellas retoman el tema de la historicidad desde donde se habla de unas condiciones previas que son históricas: pertinencia, relevancia, accesibilidad, actualidad; son los prerrequisitos y las exigencias que un acercamiento a la situación-problema debe tener. Así mismo, abordan el tema de las claves epistemológicas que deben guiar la elaboración de un modelo de intervención: coherencia, factibilidad y flexibilidad. Esto sitúa su propuesta en la línea de aquellos autores que han buscado sentar bases teóricas, pero también epistemológicas en el quehacer del Trabajo Social.

En cuanto a los pasos metodológicos ellas establecen los siguientes: Definición del objeto de intervención, diagnóstico integral, construcción conceptual del cambio, estructura metodológica y evaluación y validación. (Tello y Ornelas, 2015) En ese sentido, se alejan del denominado “método básico” para construir desde una perspectiva diferente, centrado no en la investigación social por sí misma, sino en la intervención en lo social. Y entonces señalan el problema que las llevó a dar este cambio de perspectiva:

conocer el problema no es sinónimo de saber cómo intervenir; definirlo en una conclusión diagnóstica, es la condición que lo permitirá. La evidencia demuestra que la desarticulación entre los diagnósticos y las estrategias de intervención que se construyen en TS, es un problema frecuente (Tello & Ornelas, 2015, pág. 21).

Una de las particularidades de esta opción metodológica es la construcción conceptual del cambio, lo cual sería un primer acercamiento para establecer una especificidad disciplinar concreta. Ellas definen este concepto en los siguientes términos:

La construcción conceptual del cambio va más allá de identificar un objetivo definido como parte de la programación o la planeación de acciones. [...] es un momento que establece la diferencia entre el trabajo social operativo que desarrolla actividades y el trabajo social creativo que concibe y construye intencionadamente el cambio social (Tello y Ornelas, 2015, p. 27).

Es esta construcción la que da direccionalidad a la acción del trabajo social y pasa de ser una actividad operativa a una disciplina con una intencionalidad y una pertinencia social, que es la de generar un cambio social. De ahí que, metodológicamente sea vital la construcción de un objeto de intervención al que se subordinará el objeto de investigación.

De manera hegemónica en otras propuestas metodológicas se separa tajantemente la parte teórica de la intervención y no se les vincula más que circunstancialmente; la propuesta de Tello y Ornelas (2015) plantea que la teoría no será ya la manera simplemente de interpretar una realidad social, o un mero marco de referencia para abordar un problema, sino que será el medio para un fin más concreto para la disciplina que es la intervención. En esta propuesta, la intervención toma un papel central en la construcción de un modelo y no de acciones inconexas, resultado del inmediatismo y la improvisación.

Y finalmente, continuando una línea de pensamiento que ya se venía construyendo, las autoras apuntan a modificar y trabajar precisamente en las relaciones sociales como objeto central de la intervención para lograr el cambio social, modificando, trastocando las tramas sociales que se suelen asumir como dadas.

En síntesis, en la etapa contemporánea podemos encontrar conceptos clave que abren nuevos espacios para comprender la disciplina. Sin embargo, esto no necesariamente, ni en todos los casos, se traduce en la construcción de

metodologías que estén vinculadas con esta visión. Hay pocas opciones metodológicas en esta configuración que estén desarrolladas con detalle, pues la mayoría sólo presentan generalidades.

Las metodologías propuestas o bien emulan -en gran parte- al modelo de la reconceptualización en cuestión de los pasos lógicos: investigación, diagnóstico, planificación, ejecución, evaluación, o bien retoman modelos de intervención de otras disciplinas como, por ejemplo, el modelo ECO2. Por ello, la especificidad de la disciplina en ocasiones se ve invisibilizada ante la primacía de las teorías sociales de las que se nutren los autores para hacer sus propuestas, solo algunas veces se utilizan mesuradamente para impulsar las posibilidades teórico-metodológicas del trabajo social; quizá lo importante es que existe esta línea de construcción disciplinar.

Como se aprecia, esta configuración tiene diversas propuestas teóricas y maneras diferentes de comprender lo social, la disciplina, la relación con los sujetos que amplían los horizontes de la disciplina y brindan mayores elementos epistemológicos para nutrir el corpus teórico-metodológico de la disciplina. La posibilidad que se erige para el trabajo social es tener clara la especificidad de la disciplina/profesión; las posibilidades no se agotan, en tanto que el trabajo social contemporáneo aún tiene mucho que ofrecer y construir a partir de los nuevos retos que lo social presenta en la actualidad.

Sin duda, es necesario seguir abonando al concepto de lo social, tan importante para el trabajo social contemporáneo. Este reto es propio de las generaciones que entran en contacto con nuevas problemáticas. Para ello, será necesario que volvamos a analizar la trayectoria de la disciplina, como se ha hecho en el presente trabajo, para no repetir los errores de quienes nos antecedieron.

3.3 Referentes teóricos

Es difícil identificar todas las tendencias dentro del trabajo social contemporáneo, pues mientras que unos hacen una crítica a la modernidad como eje nodal para entender los problemas sociales que podemos identificar en lo social, otros se

centran en problemas sistémicos menos abstractos y entonces asumen el discurso de la inclusión y la exclusión. También tenemos propuestas que encuentran en los discursos más filosóficos y abstractos su sustento, en donde se retoman a autores clásicos, especialmente desde un punto de vista epistemológico, ejemplo de ello lo tenemos con Matus y con Yáñez. Igualmente Galeana de la O (2006) en su libro de *Modelos de Promoción Social en el Distrito Federal* hace una referencia bastante esquemática a “los argumentos filosóficos” detrás de la promoción social asumiendo, en este caso, que se puede entender por filosofía una generalidad en el pensamiento, desprovista la referencia pormenorizada a la referencia al pensamiento filosófico como tal. Es decir, se piensa que hablar de una “filosofía” puede significar una manera particular de hacer algo, o un pensamiento general que conforma toda una manera de interpretar y actuar en el mundo, pero habría que cuestionarse en primer lugar si hay argumentos filosóficos detrás de las argumentaciones de la promoción social, o es de nuevo una manera de legitimar la disciplina utilizando el argot de otras disciplinas o áreas del conocimiento.

Los elementos son múltiples y dado que esta configuración, a comparación de las otras dos anteriores se encuentra en constante cambio y cada vez incorpora elementos muy diversos, resulta complicado establecerlos con tanta precisión como en las anteriores configuraciones. Se retomarán aquellas influencias que se encuentran con mayor recurrencia y que, al mismo tiempo, son mucho más vastas.

En términos de Matus, de lo que se trata es de construir polifónicamente con apoyo de muchas otras aportaciones de las ciencias sociales en una dirección diferente. A juicio de la autora, las diversas teorías que explican la modernidad y la problematización no son suficientes como marco de referencia de la disciplina, así como en la configuración anterior no lo fueron la teoría de la dependencia y el desarrollismo de la CEPAL. Ello no niega la importancia que en su momento tuvieron dichos marcos teórico-conceptuales, sin embargo, el no centrarse en las dicotomías de interpretación permitiría construir la polifonía dentro de la disciplina, es decir, múltiples maneras de interpretar lo social y la intervención propia del Trabajo Social.

El reto para esta configuración será encontrar el equilibrio entre el apoyarse de otras disciplinas para abonar a la nuestra, sin que se conviertan en la centralidad del discurso y el hacer profesional, perdiéndose así el Trabajo Social en discursos y prácticas donde no hay espacio para trabajadores sociales. Conforme avancemos en esta configuración, se verá cómo ésta no escapa del todo a esos peligros, y aún aquellos que defienden la polifonía se dejan seducir en momentos por la tentación de citar autores y exponer sus postulados teóricos como manera privilegiada de construir la disciplina. Lo que queda claro es que resulta difícil desapegarse de esta manera de hacer teoría desde el Trabajo Social. A este respecto, Restrepo (2003) nos incita a hacer las cosas de otra manera:

Para que el trabajo social pueda adentrarse con prestigio en los imbricados recodos de este siglo necesita hacer visibles las estrategias de acción de los sujetos involucrados en sus prácticas, afianzar su empoderamiento profesional ejerciendo control político sobre las acciones y decisiones propias de su actuación, establecer mediaciones entre lo singular y lo global, y profundizar sobre las características y formas de la exclusión (p. 7).

Por tanto, hay que resaltar que el reforzamiento de la teoría se hace con miras de una práctica profesional más contundente y con mayores impactos. Con estrategias de acción sustentadas metodológicamente y si ello requiere del apoyo de las ciencias sociales, habrá de tomarse, pero sin perder de vista que la particularidad del quehacer profesional abre la posibilidad de teorizar internamente. El ejercicio de la autonomía en las acciones de los profesionales de Trabajo Social es parte integral de este proceso, con lo cual, la disciplina se va posicionando, no desde un lugar subordinado, sino protagónico en la intervención en lo social.

Antes de continuar con este análisis, es de crucial importancia situar el contexto histórico que enmarca al Trabajo Social Contemporáneo: la modernidad.

La crítica de la modernidad es un tema que no solamente se presenta en el debate del Trabajo Social, sino que es una temática recurrente en las ciencias sociales. Autores como Bauman, Luhmann, Žižek, Baudrillard, etc. han hecho críticas mordaces a la modernidad, en tanto ha trastocado cada aspecto de nuestra vida.

La crisis planetaria generada por el modelo económico, así como las constantes situaciones de explotación, derivadas del modelo neoliberal como fase actual del capitalismo, son algunos de los temas que trastocan lo social y que son abordados por varios autores del trabajo social.³⁵

Hay múltiples elementos a explorar en cuanto a la modernidad que están interconectados con otros de los temas recurrentes de la configuración: incertidumbre, ambigüedad y complejidad. (Levin, Haldar, y Picot, 2016). Son justamente estos algunos de los temas que autores contemporáneos de la sociología como Bauman y Giddens explorarán en varios de sus libros y ensayos. Para los trabajadores sociales contemporáneos, comprender la modernidad es apremiante, ya que los sujetos sociales con los que se trabajará en contexto - entendiéndolo desde el punto de vista de Tello- son atravesados por dicha condición.

La modernidad se sitúa en un terreno ambivalente, donde por un lado se critican una serie de problemáticas que ha traído consigo y por otro se alude a las posibilidades que se abren para la disciplina. Evangelista (2000) lo define en los siguientes términos:

...en un contexto donde la expansión de la globalización se ha producido paralelamente a la expansión del neoliberalismo, lo que ha traído aparejada la existencia de sociedades periféricas, el debilitamiento del Estado y la consiguiente disminución de su responsabilidad social, la participación creciente de los sectores privados y el surgimiento y amplio protagonismo de la sociedad civil en los diferentes ámbitos de la vida social, política, económica (p. 9-10).

Este impulso que no se detiene, este avance tan rápido que requiere el capitalismo neoliberal para mantener su hegemonía como sistema económico e ideológico dominante, arrastra consigo a aquellos sujetos que no pueden acoplarse o mantener el ritmo de *la vanguardia moderna*. De ahí que se hable de exclusión como concepto recurrente en Trabajo Social, pues es claro que hay sectores sociales que son desechables -siguiendo a Bauman- para esa dinámica.

³⁵ Ver en Carballada (2002, p 21), Yáñez Pereira (2009, p. 18,22,29), Lizana Ibaceta (2014, p. 86.)

Yáñez (2009) por otro lado, utilizará el concepto de la liquidez de Bauman para referirse a la condición de la modernidad, en la que lo efímero de las cosas y las novedades es tan rápida que también termina por confundir a los profesionistas de Trabajo Social al momento de realizar su intervención.

También por su parte, los trabajadores sociales europeos³⁶ hacen una crítica a la privatización de los servicios en las instituciones públicas y la exclusión que mantiene, lo cual genera problemáticas sociales que tienen que ser atendidas recurrentemente. (Levin, Haldar, y Picot, 2016). De esta manera, al ser la modernidad un fenómeno global podemos encontrar múltiples preocupaciones en diferentes latitudes sobre esta concepción.

Giddens, citado en Beriain (2011), remarca el surgimiento de conceptos como marginación, exclusión, etc. en las que los problemas estructurales provocados por la modernidad no dan cabida a los sujetos que no se “alinean” al esquema y la agenda de la modernidad y por lo tanto, aquellos sujetos que desde su diferencia no logran integrarse al mencionado proceso, son excluidos y marginalizados no solamente materialmente, sino también a través de expresiones como racismo, clasismo, discriminación, etc. Estos procesos crean un rechazo estructural hacia el sistema que provoca dichas condiciones. La preocupación de esta configuración comienza a centrarse en este tipo de problemáticas, pues la misma complejidad de lo social genera nuevas preguntas, algunas sin respuesta única o permanente. En este mismo sentido es que la crítica a la modernidad ya no tiene que ver solamente con mirar a los conflictos de manera aislada, sino que ahora se ven como parte de procesos mucho más complejos (Beriain, 2011). De ello también se deriva la necesidad de tener una variedad de propuestas y metodologías científicas que den respuesta a las situaciones tan amplias y complejas como las que produce la modernidad como punto problematizador: pobreza, violencia estructural, explotación, crisis de derechos humanos, crisis ambiental, etc.

³⁶ Como se verá a lo largo de este apartado, hay aportaciones importantes y que encuentran su símil, en tanto a los temas a desarrollar se refiere, así como a algunos conceptos que puentean con el trabajo social europeo. Desafortunadamente el diálogo no se ha dado, ya que ni ellos citan autores de América Latina, ni los trabajos que se hacen desde nuestra geografía aluden a los mismos.

En el trabajo social contemporáneo no todos los autores hacen referencia directa a la modernidad, sin embargo, se pueden ubicar varios temas de la crítica a la misma en los textos de la configuración. Cabe aclarar que algunos autores aluden más bien a la *cuestión social*, como la entiende Carballada y que, aunque con sus propios matices, también señala a la modernidad como condición contemporánea.

Con el tema de la modernidad también viene la discusión sobre la complejidad. La modernidad y su crítica viene de la mano de la comprensión de que la sociedad es compleja y por lo tanto su interpretación también. Es así, como comienza a hablarse de la perspectiva transdisciplinaria. Con ello se afianza una de las múltiples fortalezas de nuestra disciplina, que es la de recuperar varios puntos de vista teóricos y metodológicos para construir desde ahí, la intervención del Trabajo Social. Es en este momento que se le pone más atención al tema de lo complejo, no como un mero proceso de abarcarlo todo, sino de tomar en cuenta los diferentes factores que pueden influir en una situación.³⁷

La complejidad de lo social, como ya se ha mencionado no puede limitarse a tomar una sola teoría, estática e inflexible y pensar que es la única forma de interpretar los fenómenos sociales que como profesionistas analizamos para después intervenir. Por ello, la acepción de lo social o la situación social son más amplias y tratan de encontrar las intersecciones de los diferentes elementos que lo componen, tal como lo hace Tello (2008) cuando acuña el término de la situación problema -intersección entre el sujeto, el problema y el contexto- y no se limitan a pensar la realidad como una totalidad desde la cual sólo se puede interpretar con un solo marco teórico, despojándola de otras dimensiones. Uno de los problemas que la configuración pasada presentaba era la hegemonía que el discurso del materialismo histórico tenía, hablando de la sociedad en términos a veces muy abstractos. La problematización iba en un solo sentido y la interpretación se centralizaba en esta visión.

Sin embargo, hay otra preocupación detrás del tema de la complejidad, y es que, para abordarla, se requiere una multiplicidad de paradigmas. Esta preocupación es

³⁷ Ver en Tello y Galeana (2008, p. 9); Restrepo (2003, p. 20); Yáñez (2009, p. 82).

central para Morín (1999) en su propuesta de la complejidad en el ámbito educativo: la desfragmentación del conocimiento. La lectura de la complejidad se da desde los mismos ámbitos comunes, pero al parecer, cuando se piensa en ella se abre la posibilidad de derribar los paradigmas tradicionales de la disciplina. Cabe resaltar que la complejidad se integra a la disciplina como epistemología desde la cual se conoce e interpreta la realidad social, y de ello se apoya en marcos teóricos que sustentan esta visión.

Ello deviene en un concepto fundamental para Morín, que es el de la *unidad*. Tello y Ornelas (2015), así como Malacaza (2003) abordan este tema de la unidad, aunque brevemente, como parte de su perspectiva disciplinar.³⁸

Por su parte, María Ximena Méndez Guzmán (2009) en *Ensayos sobre Trabajo Social* recalca la importancia que tiene el tema de la complejidad para la construcción identitaria y la necesidad de deconstruir lo que hemos entendido por trabajo social hasta ahora. Así, la complejidad es, sin duda, un tema recurrente en esta configuración, sin embargo, aún falta explorar más a detalle la posibilidad de ubicar la complejidad dentro de las propuestas metodológicas, no solamente como enunciación, sino como una propuesta real y acabada. Autoras como Natalia Hernández citada en Lizana (2014), se rebelan contra aquellos que en el pasado o el presente no quieren asumir la complejidad como una perspectiva fundamental para el trabajo social contemporáneo:

en último término, se reniega de la complejidad de lo real, actuando solo desde tradiciones fijas y aceptadas, sin considerar que se tiene al alcance posibilidades de rebelarse en contra de posturas estáticas que no aportan a los procesos de desnaturalización de esta condición, generando un cambio que fomente la pasión motivadora (Lizana, 2014, p. 74).

De igual manera, Morín (1999) cita a Claude Bastien y anota que “la evolución cognitiva no se dirige hacia la elaboración de conocimientos cada vez más abstractos, sino hacia su contextualización” (p. 36). Esta tendencia, aunque no es mayormente explicitada, muestra que una constante en lo contemporáneo es la

³⁸ Ver en Tello y Ornelas (2015, p. 28); Malacaza (2003, p. 49)

búsqueda de conceptos y categorías propias, o bien, contextualizar de acuerdo con las necesidades de la disciplina en el presente.

Los trabajadores sociales europeos integran de igual forma como perspectiva contemporánea el tema de la complejidad. Shelia Fish en su ensayo *“Complex issues, complex solutions: applying complexity theory in social work practice”* presenta un panorama bastante amplio con respecto al uso de esta “teoría” en los sistemas sociales, dado que fueron importados primero de las ciencias naturales, y esta perspectiva debe ser asumida con cautela. (Levin, Haldar, y Picot, 2016). Sin embargo, los problemas generados por la modernidad se han vuelto tan complejos, que requieren una perspectiva en la que se asuma la interdependencia de los diferentes subsistemas que componen a una sociedad.

Y es precisamente la división de sistemas que encuentra una recurrencia también en el discurso de los trabajadores sociales, así como en las propuestas metodológicas que hacen para la intervención. Una de las teorías que encontró mayor arraigo en el discurso de los trabajadores sociales contemporáneos es la Teoría General de Sistemas, que viene a continuar con la línea discursiva del estructural funcionalismo. La idea de Luhmann consiste en pensar que, aunque la sociedad es un sistema, es necesario parcelar en distintos sub-sistemas que están dentro del mismo: lo político, lo social, lo económico, lo cultural etc. Advierte sin embargo que los sistemas se ven coaccionados a selecciones entre sus propios elementos, no pueden poner en marcha todo al mismo tiempo. (Camou y Castro, 1997) Es decir, que es necesario que los diferentes elementos se vean por separado, pues para el objeto de la sociología o demás ciencias sociales, es imposible verlos todos al mismo tiempo.³⁹

Según esta teoría, los sistemas tienen su propia lógica, y son los sujetos los que están al servicio de los mismos. Para cambiar los sistemas, se requiere de una acción premeditada, racional y científica, precisamente lo que el trabajo social pretende con su intervención. Evangelista, por ejemplo, subdividirá y separará

³⁹ Esta preocupación es central para Morín en su propuesta de la complejidad en el ámbito educativo: la desfragmentación del conocimiento. (Morín, 1999)

varios elementos en su metodología sobre lo cultural y los diferentes actores que intervienen para poder dar sentido y coherencia a la intervención social desde lo cultural. (Evangelista y Castro, 2000, p. 23) Al mismo tiempo, el Meta-Modelo ECO2⁴⁰ recurre también a esta subdivisión de la teoría de sistemas:

Al hablar de modelos nos referimos a esquemas que sirven para ordenar, en forma sintética y abstracta, elementos de la realidad. Estos esquemas tienen, junto a sus principios y métodos explícitos y declarados, un sustrato epistémico e ideológico que la mayoría de las veces no es explícito (Machín y Mendoza, 2015, p. 39).

De igual manera, en *Modelos de Promoción Social* se habla de los diferentes factores que inciden en la acción del promotor social, ya sea lo social, cultural, político y económico. (Galeana, 2006). Este reconocimiento de que, a diferencia de la configuración anterior, ya no se trata a la sociedad o al sistema económico como la totalidad, sino que se asume que la sociedad tiene varios sistemas que interactúan entre sí, que son interdependientes y que no se puede solamente enfocar a uno u a otro; todos tienen su nivel de importancia. En este mismo sentido Evangelista (2000), al hablar del desarrollo local que debe propiciar el promotor cultural, nos habla de los subsistemas en donde hay que incidir:

...todo proceso de cambio, transformación o desenvolvimiento que se genera en alguna esfera de los entornos biológicos, naturales, económicos, políticos, sociales o culturales (p. 51).

Como se observa, Evangelista ya comienza a hablar, aunque no en términos de subsistemas, pero sí de esferas y separa lo social en distintos ámbitos de actuación para la intervención. No se puede soslayar el enfoque epistemológico que otorga a la intervención el hacer esta clase de divisiones de la sociedad humana. Importante no solamente como elemento de análisis, sino también porque en ocasiones el abrir el panorama de esta manera, genera que el trabajador social se pierda entre los múltiples sistemas, aludiendo a todos pero sin enfocarse en ninguno. En otras

⁴⁰ El Meta-Modelo ECO2 no es propiamente una metodología del trabajo social, ya que sus orígenes no están en la disciplina. Sin embargo, es importante resaltar que es un modelo utilizado en las prácticas escolares de la ENTS-UNAM y su manera de proceder encuentra eco en varios de los elementos que se recuperan en esta configuración por otros autores.

palabras, por querer enfocarse en todas las “esferas” de la sociedad se hace alusión a todas, pero la intervención no se centra en ninguna, lo que provoca que al momento de problematizar y guiar la intervención los profesionistas terminan realizando funciones que no corresponden al perfil del Trabajo Social.

Werner Schirmer y Dimitris Michailakis⁴¹, tienen una tesis interesante con respecto a la teoría de sistemas, en las que sitúan al Trabajo Social en uno de los subsistemas más importantes: el de la asistencia. Partiendo de que una de las características de la teoría de Luhmann es la diferenciación funcional, es decir, que cada sistema asigna diferentes roles dependiendo de la naturaleza del mismo, el Trabajo Social situaría su propio rol o funcionalidad en el sistema antes citado, adicionalmente:

El sistema asistencial se refiere a la ayuda organizada que da el trabajo social, la cual consiste en servicios públicos y privados para las personas identificadas como necesitadas. ⁴² (Levin, Haldar, y Picot, 2016, p. 74)

Aunque en América Latina tenemos nuestras reservas sobre el asistencialismo, es importante reconocer que la perspectiva de los autores sitúa al Trabajo Social dentro de una funcionalidad muy específica, y que finalmente es la que establece la identidad del Trabajo Social. No debe, por ello, confundirse el asistencialismo propiciado por los programas gubernamentales, sino el quehacer del Trabajo Social en la sociedad como tal.

Otro de los temas centrales de la configuración es la historicidad y la influencia que esta tiene al momento de interpretar lo social, y por otro lado, de hacer una interpretación sobre la disciplina. Ello viene fuertemente aparejado por el cuestionamiento de la identidad del trabajador social. Algunas veces ambos temas vienen de la mano, y otras veces se tratan por separado, pero en la configuración es recurrente este cuestionamiento, tanto por la necesidad de construir una nueva manera de hacer Trabajo Social, tanto como por la necesidad de leer el contexto actual para intervenir, lo cual se relaciona directamente con la especificidad disciplinar.

⁴¹ Trabajadores sociales de la Universidad de Suiza

⁴² The help system refers to the organized help that is provided by social work, that is public and private social services for people identified by the system as needy. (Traducción Propia)

Conclusiones

Hemos hecho un recorrido de las tres configuraciones del Trabajo Social. Hemos visto como el Trabajo Social Tradicional tuvo la ardua tarea de situar los primeros fundamentos de una disciplina que fuese parte de las ciencias sociales. Primero, con una pretendida intención de hacer del Trabajo Social una “ciencia” utilizando para ello los elementos que tuvo a su alcance de los constructos teóricos de su época, principalmente el positivismo. En segundo lugar, se tenía la intención de caracterizar al Trabajo Social y diferenciarlo de otro tipo de ciencias sociales. Estas exigencias aún siguen vigentes cuando se busca caracterizar al Trabajo Social como una ciencia, como una disciplina, una técnica o inclusive un “arte”. En todo caso, aún podemos reconocer estas exigencias que no han sido completamente satisfechas. Así mismo, todavía muchos autores siguen caracterizando al sujeto de intervención como un sujeto institucionalizado y que por tanto, tal vez sin percatarse, ello signifique adaptar o adecuar al individuo a las exigencias institucionales.

La segunda configuración se caracteriza por aludir a una transformación de la estructura social en su conjunto, que como ya se vio, está cercana a los posicionamientos del materialismo histórico dialéctico que busca la emancipación humana en una siguiente etapa o fase social que supere las contradicciones internas del capitalismo. Esta configuración también se caracteriza por centrar la intervención en lo comunitario. Uno de los fuertes cuestionamientos fue la relación sujeto profesional-sujeto de intervención, como una relación más horizontal y menos de adaptación o coerción. Este debate entre lo normativo vs lo subjetivo aún está pendiente, en tanto que algunos profesionistas aún piensan que el espacio privilegiado del Trabajo Social es dentro del marco institucional a fin de modificar la normatividad vigente reflejada en las leyes, mientras que otras posturas se inclinan más por el sujeto y su situación problemática. La posibilidad de existencia de la segunda opción tiene mucho eco en los cuestionamientos propiciados por la mencionada configuración.

Finalmente, el Trabajo Social Contemporáneo presenta un mayor reto ya que su movimiento interno está dándose y modificándose a una mayor velocidad que las anteriores configuraciones. Los esfuerzos por caracterizar esta configuración aún no encuentran una clara definición y es también objeto de nuestro estudio comprender más de cómo se ha ido configurando este momento. Vale la pena ahondar mucho más en cómo se configuran las diferentes propuestas contemporáneas y nutrir las. Si es posible construir un nuevo Trabajo Social que sea realmente una ruptura con respecto al pasado que ha marcado y definido nuestra profesión, será por el esfuerzo de los profesionistas y estudiantes del momento histórico presente que nos acontece. Esta ruptura, por supuesto, no debe ser gratuita y debe estar motivada por la caracterización de un contexto social problemático que nos impele a reconfigurar nuestro pensamiento, a moverlo epistemológicamente y desde ahí proponer alternativas.

¿Qué podemos concluir del recorrido que se ha hecho de los discursos construidos en las diferentes configuraciones del trabajo social? A la luz de ello ¿cómo podemos entender lo que son los fundamentos del Trabajo Social? Podemos entenderlo como una serie de proposiciones conceptuales que tangencialmente han sido parte del corpus teórico de la disciplina, o podemos verlo como el constructo epistemológico y discursivo sobre el que se sustenta no solamente lo teórico-metodológico sino también la manera de entender la especificidad del trabajo social. Si lo entendemos de la primera forma lo único que tendremos será una lista de referentes teóricos que den cuenta de las posibles maneras de interpretar la realidad social. Si optamos por la segunda vía, que fue el objeto de este trabajo, podemos entender el cómo se fue conformando la manera de entender el objeto de estudio de la profesión, aunado a la manera en que la disciplina se concibe a sí misma.

¿Por qué insistir en este punto? La autoreflexión por la que proponemos que transite la disciplina no puede limitarse a un recorrido histórico de sistemas de pensamiento que han aportado a la construcción de la disciplina. De ser esto así, de nuevo habremos invisibilizado a la disciplina misma y la habremos subordinado

a la dinámica de los sistemas de pensamiento propios de otras disciplinas. Y aunque este recorrido es importante, es tiempo de optar por la segunda vía. Mirar a las tres configuraciones en sus respectivos movimientos internos y sus transformaciones en voz de sus propios autores nos permite situar cómo el pensar y la construcción disciplinar se ha ido conformando. Esta conformación, como hemos visto, no se limita a ser una serie de incorporaciones teóricas de otras disciplinas, sino que ha pasado también por un movimiento epistémico en la manera de concebir los objetos de estudio, y la relación sujeto profesional-sujeto de intervención. Esto último es lo que hemos dado en llamar una epistemología del trabajo social.

Así mismo, nos hemos encontrado con un momento de origen que difiere del imaginario que hasta el día de hoy algunos profesores manejan, que es el del origen mítico desde tiempos de las antiguas civilizaciones o del *ethos* religioso de la caridad. Nos hemos encontrado, en su lugar, con un origen positivo de la disciplina desde donde se busca constituir un objeto de estudio propio que sustente una práctica social ya existente. Es, desde esta perspectiva que debemos mirar el andar de la disciplina históricamente. Esta desmitificación es importante, en tanto que nos permite prescindir, por un lado, de falsos estereotipos relacionados con actitudes caritativas e incluso de actuación moral en el mundo; por el otro lado, comprender que la disciplina desde ese momento trató de consolidarse como tal, y que esta labor está inacabada dadas las malas interpretaciones que hemos hecho de nuestra propia historia disciplinar.

Al mismo tiempo, los entretrejimientos de los diferentes discursos desde la disciplina reflejan no solamente una manera de situarse conceptualmente, sino también una intencionalidad que no siempre es explicitada como tal. No basta con pensar en términos generales y definir una época en la que existen diferentes discursos que, aunque con sus marcadas similitudes, también matizan diferenciaciones que son muy sutiles. Desafortunadamente, no fue posible desarrollar algunos otros discursos que no son hegemónicos y que, por tanto, quedan invisibilizados en la literatura de Trabajo Social.

Aún hace mucha falta regresar a los textos del Trabajo Social escritos en otros momentos históricos para interpretarlos a la luz de nuestra propia época. Partimos de la idea de que los textos son relevantes en tanto nos sirvan para comprender el presente. Hoy día, se vuelve de suma importancia comprender los orígenes y los diferentes movimientos internos de la disciplina, si queremos construir con mayor claridad modelos de intervención, o proponer metodologías aplicables a los contextos actuales. Por ejemplo, regresar a leer algunos pasajes o postulados de Richmond, la propuesta para la elaboración de un Diagnóstico con Scarón y Genisans, la seriedad teórica de Kisnerman, etc.; dependerá de la postura de cada profesionalista pensar hacia qué autores hay que voltear la mirada y poder hacer uso de esa trayectoria de construcción teórico-metodológica para seguir enriqueciéndonos.

De esta manera, se identificaron las diferentes fluctuaciones epistemológicas entre sujeto-objeto, sujeto-sujeto, objeto de estudio, objeto de intervención, etc. Son estos elementos los que no siempre han sido abordados en los libros que pretenden hablar de los fundamentos teórico-metodológicos de la disciplina, pues no basta con hacer una exposición historiográfica del momento en que irrumpen los conceptos, sino también con los mencionados elementos. De esta investigación, hemos podido constatar la variedad de maneras de percibir, de enfocar y de problematizar lo social.

¿Qué es entonces lo que sigue? Sin duda, hace falta trabajar más en la segunda parte, pues algunas de las interpretaciones que se han hecho de los autores, pasan por alto los matices y la complejidad con la que hoy podríamos analizar estos textos. No fue el objetivo de este trabajo hacer un trabajo tan detallado por autor pero sin duda el debate actual sobre la forma de hacer Trabajo Social podría nutrirse de propuestas – algunas inacabadas- de las diferentes configuraciones.

En este sentido, es importante continuar con este tipo de debates abiertos. Nos hemos abocado mucho a hacer congresos sobre diversas problemáticas sociales, pero pocas veces congresos en donde miremos autoreflexivamente a nuestra propia disciplina para someterla a análisis. Algunos de estos intentos derivan en

comentarios sobre autores de otras disciplinas y una plática sobre corrientes de pensamiento, que, si bien han influido en maneras de interpretar la realidad social, no necesariamente han influido en la manera de pensar la disciplina. El reflexionar en torno a nuestra propia disciplina no es solamente el intercambio de experiencias empíricas, sino también, el cómo la manera de abordar los problemas que se nos presentan como disciplina en el terreno práctico son influenciados por nuestra manera de concebir a la disciplina misma y el sinuoso camino que recorreremos al momento de tener un marco de referencia teórico: ya sea como limitación o como posibilidad de potenciar nuestra práctica profesional.

Se perfilan propuestas actuales de autores contemporáneos, tradicionales y de la reconceptualización que requieren de un continuo trabajo teórico-conceptual que, posiblemente, podría constituir escuelas de pensamiento dentro de la disciplina. ¿Qué sentido tiene pensar en una escuela de pensamiento? Puede pensarse como la posibilidad de innovar en la manera en que se piensa y se actúa desde el trabajo social en una sociedad cada vez más compleja, cambiante y que exige una mentalidad diferente desde la academia en general o puede optarse por continuar siguiendo viejos esquemas que están agotados para las exigencias de nuestras sociedades globalizadas modernas. Podemos optar por aferrarnos a cuerpos teóricos, volvernos expertos en ellos, citarlos en nuestros trabajos irreflexivamente, o podemos optar por hacer un uso adecuado de la interpretación de estos textos para romper con los límites de nuestros propios parámetros de análisis.

Podemos pensar, por ejemplo, en la exigencia histórica que fue marcada en cada una de las configuraciones, de lo tradicional, a la reconceptualización, a lo contemporáneo, que como ya se expuso, cada una tuvo como catalizador un momento histórico social que exigió una reevaluación por parte de la disciplina para cumplir con dichas exigencias. ¿Estamos viviendo alguno de estos momentos? Es difícil afirmarlo con seguridad, sin embargo, el enfoque que hay que tener sobre el pasado puede arrojar luz sobre la naturaleza de dichos cambios.

En nuestro país nos estamos enfrentando a nuevas realidades que escapan, en cuanto a atención e intervención, a nuestras herramientas metodológicas.

Podemos tener diagnósticos muy acertados sobre la realidad social emergente, y podemos hacer un aporte en esta materia, pero al momento de proponer modelos de intervención, incluso intervenciones emergentes, seguimos recurriendo de manera generalizada, a las mismas fórmulas caducas de pensar que un taller de dos horas, trípticos con información detallada de una problemática, etc. tienen un impacto estratégico de propiciación de cambio.

En el presente, estamos siendo testigos de iniciativas para conformar un cuerpo teórico-metodológico propio. Sin embargo, habrá que ser cautelosos para que ello no derive de nuevo en un conjunto de teorías entremezcladas, sino un conjunto de reflexiones que sean capaces de sustentar una práctica propia de nuestra disciplina. Han sido varias décadas de trabajo práctico continuo, experiencias que, sin duda, pueden comenzar a recuperarse y analizar con tal detalle que abonen a las escuelas de pensamiento que se proponen aquí como posibilidad de futuro.

¿Pero en qué habrían de fundamentarse estas escuelas de pensamiento? A nuestro juicio, la iniciativa de Richmond es aún vigente, en tanto que es necesaria la fundamentación epistemológica de pensar el método que convenga a la disciplina para evitar pensar en términos dicotómicos de verdad y falsedad. Sin duda, esta discusión debe pasar por lo que entendemos por sujeto y no asumir que entendemos de qué se está hablando cuando sólo se le enuncia. Es decir, el sujeto en tanto histórico debe ser posicionado desde los contextos actuales. Por otro lado, debemos continuar revisando la relación que existe entre el sujeto y lo social.

En este sentido debemos profundizar aún más en las propuestas vigentes del Trabajo Social. Hemos construido pequeñas parcelas de pensamiento que muchas veces no alcanzan a profundizarse. Conceptos y propuestas que utilizamos pero que aún requieren llenarse de un mayor contenido que las explique y que no quede a juicio del lector una interpretación laxa. Por ejemplo, ¿Cuándo hablamos de sujeto, de qué sujeto estamos hablando? ¿Qué proceso epistémico nos ha influido para concebir qué es un problema y el cómo problematizar? Estas son cuestiones que a veces damos por hecho, pero que en el momento de discusiones metodológicas y de análisis nos hacen caer en la contradicción y en el error.

Otro elemento importante es la situación y distinción que se ha hecho entre objeto de estudio y objeto de intervención. Sin duda, este segundo elemento es característico de nuestra profesión y aún debe estudiarse a profundidad qué implicaciones tiene para la disciplina, como se problematiza y qué utilidad tiene separar ambas categorías conceptuales. ¿Es pertinente seguir hablando de necesidades y problemas sociales? De ser así, qué se entiende por necesidad, que posibilita conceptualmente en la intervención y qué implicaciones tiene verlo como carencia o como posibilidad. Pensar este tipo de asuntos es entonces pensar epistemológicamente a la disciplina y no solamente hacer el recorrido historiográfico de los conceptos.

Por otro lado, el aspecto teleológico no siempre es desarrollado con claridad. Tenemos propuestas como el cambio social, la transformación social, el bienestar social, etc. y estas no siempre son delineadas con el suficiente cuidado para servir de marco de referencia. A manera de hipótesis, tal vez es esto lo que ha influido en el creciente activismo de los profesionistas que, a falta de una perspectiva más amplia en sus espacios de trabajo, se vuelven agentes operativos, más que agentes con una intencionalidad específica.

Como estos, hay una serie de asuntos que se dan por hecho, como si fueran parte de decálogos implícitos. Tal vez sea momento de hacerlos explícitos a fin de construir marcos de referencia o escuelas de pensamiento que puedan dar una direccionalidad más concreta a la disciplina. Ello requiere un trabajo conjunto mucho más ambicioso en el que se abran líneas de investigación relacionadas con la disciplina misma, y no tanto con temáticas sociales concretas. De no ser así, la tilde “desde la perspectiva del Trabajo Social” seguirá dando cuenta de la necesidad de enfatizar que el Trabajo Social sí puede tener una perspectiva propia de lo que acontece en lo social. De esta forma, podremos entablar diálogos transdisciplinarios mucho más enriquecedores, sin el temor que a veces tienen algunos profesionistas de sentirse amenazados por la claridad que profesionistas de otras disciplinas tienen sobre su materia y su propio campo profesional.

El análisis presentado en este trabajo de investigación pretende esclarecer algunos de los discursos disciplinares y su entramado en el momento histórico en el que fueron escritos. Nos corresponde ahora continuar construyendo nuevas propuestas teórico-metodológicas que continúen con algunas de las tradiciones e intencionalidades de quienes nos precedieron, y al mismo tiempo, aprender de sus equívocos: la enunciación de un discurso particular integrando conceptos de otras disciplinas no necesariamente significa que ese discurso conceptual se integra al proceso metodológico; el paso indiscriminado del método inductivo al deductivo en cuanto a la particularización de los casos, el abandono de conceptos clave a una interpretación laxa por parte del lector, etc.

Ello es la condición de posibilidad para pensar en un nuevo Trabajo Social que no sea simplemente la unidad anexada a una institución, el auxiliar o administrativo de otras profesiones, tampoco el gestor de un proyecto social o de los servicios sociales. Estamos en un momento de redescubrir qué es el trabajo social contemporáneo pensando a través de sus posibilidades reales de ser lo que queremos llegar a ser como disciplina y como gremio. No basta la pasión por el Trabajo Social, sin embargo, es un elemento importante para darse a la ardua tarea de reconfigurarlo.

Para concluir es importante mencionar que hace falta una nueva forma de pensar en el campo del Trabajo Social. Esta nueva forma de pensar no solamente tiene que ver con el pensar los constructos teórico-metodológicos, sino con un movimiento en nuestra lógica de mirada y de pensamiento, de tal forma que posibilitemos la construcción de nuevos conocimientos. Hemos analizado la relación dialéctica entre el pasado-presente de nuestra disciplina. El futuro se nos presenta en la incertidumbre. El futuro no es un elemento cognoscible en tanto no disponemos de elementos para ver el futuro con precisión, sin embargo, tenemos la capacidad de predecir o proyectar. Queremos aquí adoptar la posición de la proyección para visualizar un futuro posible para la disciplina.

Esta nueva actitud de pensamiento requiere otro tipo de formación. Una formación aún más crítica, en la que los profesionistas tengamos la capacidad de hacer una

lectura del presente mientras este acontece, con una visión propia derivada del análisis de lo social, el sujeto, los márgenes de acción de la disciplina y una visión estratégica. Este movimiento epistémico debe dar cuenta del cómo nos relacionamos, a un nivel analítico, con el sujeto de intervención y el contexto social que lo engloba, donde fuera del margen de idealización o la construcción de meta-sujetos que respondan más a nuestras exigencias metodológicas, podemos aprehender al sujeto en tanto es, en tanto se nos presenta y en tanto interactuamos con él. Así mismo, en lugar de asumir las agendas de Estado, ser capaces de construir nuestras propias temáticas de análisis a partir de necesidades reales y sentidas por la población. Esto podría subsanar nuestra incapacidad para establecer nuestras propias líneas de investigación, incurriendo en el error de asumir que todo lo puede intervenir el profesionista en Trabajo Social, convirtiéndolo así en un “todólogo”. Sin antes pensar en otras maneras de formarnos como profesionistas, ni cuestionarse por la manera en que se nos enseña a problematizar y hacer una lectura de la realidad con preguntas concretas, no podremos entender la dimensión y límites de nuestra intervención.

Estos movimientos en el pensamiento requieren del deseo de profundizar con seriedad en las contradicciones y problemáticas internas que hoy se encuentran en nuestra disciplina. De lo contrario, si optamos por quedarnos en los límites de lo ya conocido, de lo ya sabido, de lo que hemos dado por sentado que es una verdad, podremos gozar de la tranquilidad de situarnos en lo que nos es familiar; pero si optamos por dar saltos más allá de los límites de lo ya sabido, de lo ya instituido, aunque corremos el riesgo de tambalear, ser interpelados, sentirnos incómodos, podremos abrir paso a un Trabajo Social que responda a las exigencias del momento presente, desprovisto de la añoranza por un pasado eterno e inamovible.

Fuentes de información

- Alayón, N. (2005). *A 40 años de la reconceptualización*. Buenos Aires: Espacio.
- Amín, S. (2001). *Crítica de Nuestro Tiempo*. México: Siglo XXI Editores.
- Ander Egg, E., Kruse, H., Kisnerman, N., M. De Young, E., G. de Chamorro, H., Chirico, R., . . . B. Sierra, S. (1970). *Reconceptualización del Servicio Social*. Buenos Aires: Humanitas.
- Ander-Egg, E. (1972). *Servicio Social para una Nueva Época*. Madrid: Euramérica.
- Ander-Egg, E., & Kruse, H. (1984). *Los congresos panamericanos de servicio social*. Buenos Aires: Humanitas.
- Beriain, J. (2011). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- Berryman, P. (1989). *Teología de la Liberación*. Siglo XXI Editores.
- Brown, J. (1933). *The Rural Community and Social Work Case*. Nueva York: Family Welfare Association of America.
- Camou, A., & Castro, J. E. (1997). *La sociedad compleja: ensayos en torno a la obra de Niklas Luhmann*. Trianna Editores.
- Carballeda, A. J. (2002). *La intervención en lo social: exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- Comte, A. (1980). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Buenos Aires: Aguilar.
- Cortés, M. (2016). José Arico: traducir el marxismo en América Latina. *Nueva Sociedad*(262), 147. Obtenido de www.nuso.org
- De Young. (1970). *Reconceptualización del Trabajo Social*. Buenos Aires: Humanitas.
- Dubini, O. (1985). *Trabajo Social en América Latina*. Buenos Aires: Humanitas.
- Durkheim, E. (2016). *Las reglas del método sociológico*. México D.F.: Quinto Sol.
- Esquivel Corella, F. (2014). Prolegómenos para aprender el surgimiento del Trabajo Social: Transformaciones Sociohistóricas en Francia (Siglos XVIII-XIX). *Reflexiones*, 85-101.
- Evangelista Martínez, E., & Castro Sánchez, A. E. (2000). *Acción Cultural y Trabajo Social*. México: Entorno Social.

- Evangelista, E., & Castro Sánchez, A. E. (2000). . *Acción Cultural y Trabajo Social: una propuesta metodológica para la promoción cultural liberadora*. . México D.F.: Entorno Social.
- Fernández, S., & Comuzzi, I. (2007). *Teoría Social: Conocimiento de la realidad social. Práctica científica y periodística*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina.
- Fink, A. (1942). *The field of social work*. New York: H. Holt.
- Freire, P., & Shor, I. (2014). *Miedo y Osadía: la cotidianeidad del docente que se arriesga a practicar una pedagogía transformadora*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Galeana de la O, S. (2006). *Modelos de Promoción Social en el Distrito Federal* . México D.F.: Plaza y Valdez.
- Gallardo, H. (2009). *Crítica Social del Evangelio que Mata*. Costa Rica: UNA.
- Gallardo, M. Á. (1973). *La praxis del Trabajo Social en una dirección científica*. Buenos Aires: Ecro.
- Gaona, J. (1951). *Introducción al estudio del trabajo social*. México D.F.: Cultura.
- Godio, J. (1980). *Historia del movimiento obrero latinoamericano Tomo I*. México DF: Nueva Imagen.
- Gutierrez, E. (2009). *Teorías del Desarrollo en América Latina*. Trillas.
- Habermas, J. (1988). *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.
- J. Aguilar, S., Calzada Lemus, F., & De la Cruz Lugardo, P. I. (s.f.). *La investigación social desde la óptica del Trabajo Social* . México D.F.
- Kisnerman, N. (1970). *Reconceptualización del Trabajo Social*. Buenos Aires: Humanitas.
- Kolakowski, & Leszek. (1993). *La filosofía positivista: ciencia y filosofía*. México: Rei.
- Kruse, H. (1970). *Reconceptualización de Servicio Social*. Buenos Aires: Humanitas.
- Kruse, H. (1970b). *Filosofía del siglo XX y Servicio Social*. Buenos Aires: Ecro.
- Levin, I., Haldar, M., & Picot, A. (2016). *Social Work and Sociology: Historical and contemporary perspectives*. Reino Unido: Routledge.
- Lima, B. (1983). *Contribución a la Epistemología del Trabajo Social*. Buenos Aires: Humanitas.

- Lizana Ibaceta (comp.), R. (2014). *Trabajo Social e Investigación*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- López Medina, A. (1971). *Hacia una elaboración técnica y metodológica de un trabajo social latinoamericano*. Buenos Aires: Ecro.
- Machín, J., & Mendoza, A. (2015). *Meta-modelo ECO2: Apuntes sobre la prevención y reducción de riesgos y daños asociados al consumo de sustancias psicoactivas*. México: CAFAC.
- Macías, E. (1973). *Hacia un trabajo social liberador: una introducción al trabajo social reconceptualizado*. Buenos Aires: Humanitas.
- Malacalza, S. (2003). *Desde el imaginario Social del Siglo XXI: Repensar el Trabajo Social*. Espacio.
- Marx, K. (2006). *Manúscritos económico filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Colihue Clásica.
- Matus, T. (1999). *Propuestas contemporáneas en Trabajo Social: Hacia una intervención polifónica*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Mejía, M., & Awad, M. (2003). *Educación Popular hoy en tiempos de globalización*. Bogotá: Aurora.
- Morín, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO.
- Netto, J. P. (1975). *Desafío al Servicio Social ¿Crisis de la reconceptualización?* Buenos Aires: Humanitas.
- Ornelas, A. (2015). *¿De qué trabajo Social hablamos? Reflexiones en torno a la concepción del trabajo social en los procesos formativos*. México, D.F. En proceso de impresión.
- Ornelas, A., y Brain, M. L. (2015). *Aportes para la Reflexión del Trabajo Social Contemporáneo*. Ciudad de México: ENTS-UNAM
- Ornelas A. y Brain, M.L. (2015) *“Influencia de las producciones teórico-metodológicas de Trabajo Social en la formación de trabajadores sociales en la Escuela Nacional de Trabajo Social: El caso de la práctica comunitaria, periodo 2005-2015*, Ciudad de México, ENTS-UNAM
- Ornelas A. y Brain, M.L. (2014) *Valoración y Percepción del Trabajo Social: un acercamiento a las áreas de la salud y la asistencia social*, Ciudad de México, ENTS-UNAM.
- Pagaza, M. R. (1998). *Una perspectiva teórico metodológica de la intervención en Trabajo Social*. Espacio.

- Puiggrós, A. (1984). *La educación popular en América Latina*. México: Nueva Imagen .
- Restrepo, O. L. (2003). *Reconfigurando el Trabajo Social: Perspectivas y tendencias contemporáneas*. Buenos Aires: Espacio.
- Richmond, M. (2001). *¿Qué es el trabajo social con casos individuales?* Buenos Aires: Lumen.
- Richmond, M. (2005). *Diagnóstico Social*. Madrid: Siglo XXI.
- Rodríguez, O. (s.f.). *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. Siglo XXI Editores.
- Rumney, J. (1978). *Spencer*. México: FCE.
- Scarón Quintero, M. T., & Genisans, N. (1974). *El diagnóstico social*. Buenos Aires: Humanitas.
- Stuart Mill, J. (1972). *Augusto Comte y el Positivismo*. Argentina: Aguilar.
- Tello, N. (2008). *Trabajo Social en la Comunidad*. México: Estudios de Opinión y Participación Social AC.
- Tello, N., y Galeana, S. (2008). *Intervención Social* . Ciudad de México: ENTS-UNAM.
- Tello, N. (2008). *Apuntes de Trabajo Social*. EOPSAC. México
- Tello, N. y Ornelas, A. (2015). *Estrategias y modelos de intervención de trabajo social*. ENTS-EOPSAC. México.
- Vidales, R. (1988). *Desde la tradición de los pobres*. CRT.
- Yáñez Pereira, V. R., Melano, M. C., Méndez Gúzman, M. X., Arias Rojas, J., Molina M., M. L., & Quintero Velásquez, Á. M. (2009). *Ensayos en torno al Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Zemelman, H. (2011). *Configuraciones críticas*. Siglo XXI Editores